ESTEBAN HERNÁNDEZ
EL RENCOR DE CLASE MEDIA ALTA Y EL FIN DE UNA ERA
FOCA

ESTEBAN HERNÁNDEZ
EL RENCOR DE CLASE MEDIA ALTA Y EL FIN DE UNA ERA
FOCA

foca investigación

192

Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Esteban Hernández, 2022

© Ediciones Akal, S. A., 2022

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

facebook.com/EdicionesAkal

@AkalEditor

ISBN: 978-84-16842-78-0

Esteban Hernández

El rencor de clase media alta y el fin de una era

Entender el sentido y la profundidad de los cambios justo en el momento en que están produciéndose es una habilidad que aparece en muy pocos autores. Esteban Hernández consigue aunar actualidad y profundidad gracias a un lúcido análisis con el que asoma al lector a un tiempo crucial.

Esta época marca un punto de inflexión que definirá nuestra sociedad en las próximas décadas. Más allá de la descripción de las grandes tendencias que la recorren y de las transformaciones políticas, geopolíticas, económicas y sociales que están sucediéndose, la obra aporta las claves precisas para comprenderla y afrontarla.

Con una visión penetrante y reflexiva, conjuga posiciones teóricas que van desde Marx hasta el Ortega y Gasset de España invertebrada, ensayo al que rinde homenaje en su centenario, y ahonda tanto en acontecimientos internacionales como en las transformaciones en la vida cotidiana: en sus páginas se dan cita la

nueva guerra fría, la desorganización europea, los cambios en las costumbres y en los valores, los sentimientos que recorren la sociedad y los nuevos resentimientos. Y, como no podía ser de otra manera, señala posibles vías de salida a partir de las lecciones de la Historia, de las que quizá deberíamos tomar nota.

Esteban Hernández es jefe de la sección de Opinión en El Confidencial. Licenciado en Derecho, ha trabajado en medios como El Mundo, La Vanguardia o Ruta 66. Analista político reconocido por la calidad y el rigor de sus textos, sus principales intereses se centran en los problemas de la economía global y los conflictos en el seno de la sociedad actual. Entre sus libros cabe mencionar El fin de la clase media (2014), Los límites del deseo. Instrucciones de uso del capitalismo del siglo

xxi

(2016) o Así empieza todo (2020). En Ediciones Akal ha publicado El tiempo pervertido. Derecha e izquierda en el siglo

xxi

(2018).

▪

CAPÍTULO 1

Más es menos

El futuro y el exterior

Escipión Emiliano no pudo reprimir las lágrimas al contemplar la destrucción de Cartago. Su ejército había prendido las llamas que consumían la ciudad y, una vez cumplida la misión, la emoción le desbordó. Polibio, su amigo y mentor, le preguntó por el motivo del llanto. El asedio resultó durísimo, llevó años tomar la ciudad y, conseguido finalmente el objetivo, Escipión parecía inconsolable. Emiliano respondió con un fatalismo lúcido: «Es un momento glorioso, Polibio, pero tengo el terrible presentimiento de que algún día este mismo destino caerá sobre mi país», y citó a continuación un verso de Homero: «Llegará un día en que la sagrada Troya perecerá, y Príamo y su pueblo serán masacrados»[1].

La reducción a cenizas de Cartago prefiguraba un futuro que inevitablemente tendría lugar. Los imperios no son eternos y el destino de Cartago sería algún día el de Roma. Escipión aprehendió, en ese instante revelador, la fugacidad del poder. Y nadie mejor que Polibio para comprender el sentido de la respuesta, ya que fue un teórico de la naturaleza cambiante de los órdenes políticos y entendía perfectamente que la movilidad esencial de la Historia pondría a Roma, temprano o tarde, en el lugar de la derrota definitiva.

Escipión no podía saber que el final de Roma tardaría muchos siglos en llegar, pero tampoco le era posible imaginar cómo el episodio de la Cartago derrotada y asolada iba a acelerar la caída de la república. Fue un factor importante de lo que puede denominarse un largo siglo romano, por el que pasaron los Gracos, Sila, Mario, Catilina, Cicerón, Catón el Joven, Craso, Pompeyo o Marco Antonio, y que finaliza con la llegada de Julio César al poder y con la consagración de Augusto. Fueron años en los que los problemas internos de Roma se multiplicaron, la sangre inundó la ciudad con demasiada frecuencia y el orden institucional se degradó hasta extremos insospechados[2].

La desaparición de Cartago supuso la hegemonía completa de Roma sobre el Mediterráneo, la incorporación de más territorios, fértiles y ricos, y la afluencia de grandes fortunas a la ciudad. Pudo haber sido un momento de notable bienestar material, pero significó todo lo contrario. Las riquezas introdujeron la relajación en las costumbres, primero de las elites romanas y después del cuerpo social –«Por una coincidencia fatal, el pueblo romano adquirió al mismo tiempo el gusto por el vicio y la licencia para satisfacerlo»[3]–, y generaron una notoria desigualdad que fue el centro de las tensiones políticas republicanas. Las elites se hicieron mucho más opulentas, acumularon mayor poder y se quebraron en disputas entre ellas. Con frecuencia recurrían al pueblo para inclinar la balanza de un lado o de otro, normalmente valiéndose de prácticas corruptas.

El ejército, la base de la potencia romana, vivió momentos complicados. Hasta la fecha, las campañas habían sido cortas, lo que permitía que los soldados regresaran a casa y compatibilizasen el cuidado de su hacienda, en general pequeñas tierras, con el servicio a la república. Las guerras púnicas alteraron enormemente ese equilibrio, pues exigían años de servicio, de modo que, cuando los legionarios volvían a su hogar, sus bienes estaban a menudo en un estado ruinoso o habían sido vendidos. Las tierras se fueron concentrando en pocas manos a consecuencia de la ambición de los grandes propietarios y de las deudas que acuciaban al pueblo. Y, dado que para alistarse en el ejército era necesario contar con alguna propiedad (así lo establecían las leyes romanas), el número de soldados era cada vez menor.

En ese escenario, los problemas sociales comenzaron a acumularse. La gran afluencia de esclavos, resultado de guerras victoriosas, limitó el número de empleos disponibles para los ciudadanos romanos y las tribus itálicas, y obligó a alquilar su fuerza de trabajo a un precio bajo. La plebe urbana comenzó a cobrar peso en una ciudad bulliciosa y de precios elevados, por eso las obras públicas y la provisión subvencionada de grano eran tan relevantes; mientras los itálicos aspiraban a ser considerados ciudadanos romanos, con escasa fortuna, las clases medias rurales estaban desapareciendo, y los publicanos, gestores de los contratos estatales, se enriquecían enormemente gracias a la explotación de las provincias. Era un

entorno explosivo que necesitaba de medidas correctoras sustanciales en el orden social, pero la rigidez de los senadores, las ambiciones crecientes de los que coronaban la pirámide social y las frecuentes oportunidades para su enriquecimiento provocaron que, cada vez que se debatía públicamente una reforma necesaria, se desencadenaran luchas de poder acerbas y a menudo sangrientas. Desde el asesinato de Tiberio Graco, la república estaba condenada a la decadencia. Polibio sabía bien que las repúblicas aristocráticas pueden y suelen transmutarse en oligarquías, y eso es lo que estaba ocurriendo en una Roma que seguía expandiéndose hacia el exterior mientras que internamente era cada vez más frágil e inestable.

La derrota de Cartago tiene algunas semejanzas con lo ocurrido en Occidente tras la caída del régimen soviético. La ausencia de rival permitió a EEUU, acompañado por algunos socios europeos, iniciar una expansión mundial a la que se dio el nombre de globalización. Los efectos que ha generado en todo el mundo han sido inmensos, desde el aumento hasta extremos impensables de la cantidad de riquezas y el número de millonarios hasta la salida de la pobreza de países asiáticos, pasando por el declive de la clase media, el aumento de la desigualdad y el deterioro institucional en la esfera occidental. La aceptación global de la hegemonía estadounidense, la difusión de los valores liberales y democráticos, y la construcción de una arquitectura económica e institucional de dimensiones mundiales han sumido a Occidente en la misma contradicción sufrida por Roma: expansión exterior, aumento de riquezas y sustanciales debilidades internas.

El motor de la globalización fue un cambio de mentalidad que transformó todo. Nuestro sistema, una vez que Thatcher y Reagan modificaron radicalmente las funciones que debían realizar los Estados, y que la URSS se disolvió como si el Muro de Berlín hubiera sido un decorado, fijó su mirada y sus objetivos en el porvenir y en el exterior. El foco en el futuro incluía un gran optimismo respecto de lo que nos traería la Historia en términos de opciones personales, desarrollos tecnológicos y estabilidad política: era el fin de la Historia y el principio de las sociedades basadas en la autorrealización. El porvenir se revestía de promesas enormes: el ser humano viviría muchos años más gracias a los adelantos científicos, las sociedades podrían gobernarse de una manera más

democrática con ayuda de las herramientas participativas aportadas por internet, los trabajos alienantes desaparecerían, la prosperidad sería guiada por la creatividad. Occidente debía convertirse en un espacio de innovación, proactivo y de alto valor añadido, la clave para que el bienestar se ampliase. La tecnología y la ecología se presentaban como grandes oportunidades para cambiar el mundo, y los instrumentos con los que se contaba para avanzar eran cada vez más poderosos: la biotecnología, el blockchain, la geoingenería, la inteligencia artificial, la nanotecnología o la computación cuántica. En esa sucesión de promesas, siempre reformuladas para mejor, vivió la era global, al principio con propuestas más modestas y después muy ambiciosas.

Los únicos enemigos que encontró en ese proyecto fueron aquellos que deseaban regresar al pasado. Era muy evidente en el plano internacional, donde la resistencia estaba abanderada por religiosos integristas, como los yihadistas, que combatían a Occidente en nombre de valores casi medievales. Cuando esa amenaza dejó el primer plano, el reemplazo llegó de la mano de las democracias iliberales y las dictaduras, que ocuparon el mismo lugar simbólico, el de reaccionarios que, mediante fórmulas ancladas en el pasado, deseaban acabar con décadas de prosperidad y entendimiento comercial.

En la economía, el foco en el futuro tuvo otras perspectivas. La primera cronológicamente fue la que insistió en que los sistemas políticos y económicos occidentales estaban poco preparados para las aventuras que nos esperaban, por lo que debían emprender reformas sistemáticas que los hicieran más flexibles y eficientes, desde la misma estructura organizacional hasta la estatal, y que fomentasen la resiliencia institucional. El futuro era una gran ola que debía saber surfearse; si se contaba con la pericia suficiente, se podría disfrutar de playas maravillosas. Esa necesidad de reorientación tocaba también de lleno a unos ciudadanos acostumbrados a la seguridad en el empleo, a las actitudes burocráticas y a la falta de iniciativa. Existía una tarea educativa importante que debía realizarse para sacar partido a todas las posibilidades del porvenir.

Junto con ese discurso, fue cobrando peso la necesidad de asegurar

las expectativas, sobre todo en el ámbito financiero. Dado que las inversiones eran cada vez más considerables, era preciso que se construyera el clima adecuado para que la rentabilidad quedase asegurada. Los controles a empresas y Estados se intensificaron a través de una suerte de chequeos periódicos que certificaban la buena salud de los examinados; si los análisis daban los resultados correctos, se podía estar seguro de que las deudas iban a devolverse y las inversiones encontrarían su rentabilidad. El porvenir, en este orden, suponía organización rígida y vigilancia, dado que los riesgos siempre estaban presentes, y a menudo a causa de perturbaciones políticas.

Al mismo tiempo, la globalización supuso una necesidad continua de posicionarse en el exterior. Ya que las tensiones bélicas desaparecían, salvo en áreas aisladas, los Estados tenían que dejar de pensar en términos territoriales y adecuarse lo más rápida e intensamente posible a la internacionalización. Debían empujar a sus empresas a crecer y expandirse en otras áreas del globo, animar a sus innovadores a desplegar sus energías en todas partes, ya que la globalización permitía tener éxito en cualquier lugar del mundo, y ayudar a las pequeñas firmas a pensar a lo grande. Asimismo, los Estados estaban obligados a abrirse y a poner énfasis en la creación de contextos internos sanos y sólidos que atrajesen a los inversores internacionales, que era la única manera de crecer, pero también tenían que apostar decididamente por aprovechar las oportunidades del mundo global, que favorecía la fabricación de bienes mucho más baratos. Las fórmulas de la salida de la Segunda Guerra Mundial, con Estados firmemente aferrados a sus fronteras, habían quedado obsoletas. Se trataba de generar opciones para que el capital internacional crease empleos, así como de abandonar los límites culturales que los territorios imponían para adquirir una visión ganadora. La apertura global implicaba interconexiones profundas, dilución de los anclajes territoriales y gobiernos proactivos que gestionasen sus sociedades para hacerlas más atractivas a los ojos exteriores.

La desglobalización ha cortado de raíz ambas tendencias. La apuesta por el futuro y por el exterior nos ha dejado expuestos en muchos sentidos, y la guerra de Ucrania se ha encargado de constatarlo. El mundo es muy diferente de esa paz global, tejida por

las normas y por los intereses mutuos, que se impuso como ideología y que probablemente sólo fuera realmente creída en Alemania (y, por extensión, en la UE). Ahora sabemos que el porvenir puede ser oscuro y que fijar todas las expectativas en el exterior resulta mucho más problemático que beneficioso. Era fácil de adivinar, pero se está viviendo como si fuera una enorme sorpresa.

En qué consiste la política

Estamos en un momento de cambio sistémico y nada va a quedar como está. Resta por definir la dirección que tome, cómo se rearticularán las relaciones internacionales y se reconfigurarán los sistemas políticos, así como el papel que desempeñará Occidente en el nuevo escenario. Todas ellas son grandes preguntas, y nos estamos moviendo ya hacia las respuestas. La desglobalización no es más que un periodo de tránsito, puesto que las fuerzas que definieron las décadas precedentes no son las mismas que las actuales. Podemos ignorar el carácter metamórfico de los tiempos y continuar pensando que, con algunos ajustes en defensa y energía, y actuando con firmeza ante Rusia y China, se podrá regresar a los tiempos pasados o a unos muy semejantes, pero no es cierto. Este es un instante histórico, en el mejor y en el peor sentido, y hay que afrontarlo como tal.

El regreso de la geopolítica es uno de los signos más evidentes de esta transformación. El momento sistémico no tiene que ver únicamente con la reconfiguración de las relaciones internacionales, ni tampoco con la constatación de que el sueño de un mundo global regido por reglas y por instituciones internacionales está desvaneciéndose; ni siquiera con la aparición de una nueva guerra fría. La geopolítica implica algo más profundo, más conminante, más desnudo: versa sobre relaciones de poder entre naciones y bloques, sobre ataque y control, dominio y enfrentamiento, batallas y guerras libradas a través de medios evidentes y opacos, expresos y disimulados.

La geopolítica pone encima de la mesa aquello que ha constituido la política en lo nacional y en lo internacional desde el principio de los tiempos: las asimetrías de poder y la forma en que se lidia con ellas. Desde ese punto de vista, hablar de regreso de la geopolítica se antoja un tanto cándido, ya que la política existe precisamente porque las asimetrías han estado siempre presentes y, con ellas, el impulso de resguardar y aumentar el poder propio, así como las

exigencias de distribuirlo, el deseo de ganarlo y el temor a perderlo. Lo que hace diferente esta época de las inmediatamente anteriores es la manera en que las asimetrías se revelan más explícitas, y cómo la parte que cuenta con mayor potencia trata de aprovecharla en su favor de una manera más decidida. Este movimiento provoca la pérdida de equilibrio, en el interior de los países y entre ellos, y aboca a un entorno en el que la estabilidad, a menudo surgida de acuerdos y consensos, parece difícilmente alcanzable. Hay una sensación de cierre y de repliegue; es un instante de vínculos precarios y, por lo tanto, escasamente civilizatorio.

Esta creciente preocupación por las tensiones internacionales tiene mucho de razonable, y más cuando la posibilidad de una confrontación nuclear asoma por el horizonte, pero también bastante de ingenuo. Es un tipo de sorpresa que sólo puede darse en quienes habían creído en la desaparición del poder de la Historia, en un cierre hegemónico permanente a partir del cual las diferencias y los intereses se habían diluido en normas y reglas, en relaciones comerciales cruzadas e intercambios económicos en aumento. La convicción de que, una vez derrotada la URSS, el poder blando y la interrelación económica tejían un orden que apartaba la política y el poder de la escena, fue un espejismo frecuente. Parecía que, si nos liberábamos de las estructuras y si se dejaba el suficiente espacio a la autonomía individual y a la autorregulación social, las cosas marcharían por sí mismas. Esa ha sido nuestra ideología en las últimas décadas, y sus consecuencias las estamos padeciendo ahora. Al actuar de esa manera, Occidente ha pasado por alto todo aquello que da forma a la sociedad y sentido y cohesión a un territorio, cualquiera que sea su tamaño; y ha olvidado también las condiciones de posibilidad de una relación internacional estable. En buena medida, ha abdicado de la política para disfrutar de un absurdo idealismo que ha conducido a Europa hacia una posición de debilidad sistémica.

Una concepción más realista de la política debe empezar por constatar que su desaparición es interesada. Parte de su desvanecimiento proviene del hecho de que hoy es percibida como un estorbo mucho más que como una forma de solucionar los problemas comunes. El tono de indignación y desazón de las poblaciones occidentales cuando se refieren a los políticos o cuando

aluden a las frecuentes inacciones de las instituciones, subraya hasta qué punto se han convertido en una diana del malestar. En el terreno internacional, esa tentación se abre paso con demasiada frecuencia, como si los problemas encontraran una explicación obvia en el carácter perverso de los líderes: es fácil atribuir a la locura de Putin la guerra de Ucrania o a la sordidez de Trump el deterioro institucional estadounidense.

En realidad, la política siempre ha sido una molestia, porque la gran mayoría de los ciudadanos prefiere, con razón, dedicar su tiempo libre a otras tareas, a lograr grandes metas o saborear las pequeñas cosas, a apoyar a su equipo de fútbol o disfrutar de los amigos, a las relaciones afectivas, a enfrascarse en discusiones interminables sobre una serie o un videojuego, o incluso a leer un libro, que de todo hay en la vida. Pero esta visión se devela falsa en la medida en que la política es precisamente lo que hace posible todo eso. Lo que queremos hacer depende de los demás porque nuestra vida lo es en sociedad, y porque la forma en que se organiza el espacio en el que crecemos determina gran parte de nuestras posibilidades, adónde nos es dado llegar, las metas que podemos alcanzar o los sufrimientos a que nos vemos sometidos. La política es el problema previo, el que permite, una vez solucionado, que nos podamos dedicar a otra cosa, sea esta la contemplación de la naturaleza, la creación de grandes inventos o ver crecer las plantas. La política contiene la organización de la vida social, desde los instrumentos para resolver los pequeños conflictos hasta la forma de distribución de los recursos, desde las normas para vender agua embotellada hasta la determinación de qué libertades disfrutamos y en qué medida.

La concepción de la política como prescindible, como molesto elemento secundario, estuvo permanentemente presente en la era de la globalización. La construcción de una esfera experta, tanto en las instituciones internacionales como en la dirección de los bancos centrales, que quedaban fuera de la acción democrática –a la que habitualmente marcaban el paso–, suponía una lógica correlación a escala mundial de la tendencia que se había impuesto a nivel nacional. Los Estados debían despolitizarse, esto es, dedicarse a gestionar y a crear un marco en el que la autonomía individual y la autorregulación social se desarrollasen, y lo mismo trataron de

hacer en la esfera internacional. Surgió así una concepción según la cual las asimetrías, los conflictos y los diferentes intereses quedarían sepultados por un mundo global, de instituciones mundiales supervisoras y económicamente interconectado, en el que las disputas violentas serían muy limitadas y siempre ceñidas a áreas geográficas concretas. Como toda expresión idealista, muestra sus deficiencias especialmente cuando triunfa. Al hacer ideología en lugar de política, no pudo dejar de generar serias contradicciones.

Tanto en el plano estatal como en el global, ese idealismo se olvidó de que lo político siempre está ahí y configura un marco concreto a partir del cual la política se ejerce. Lo político no son sólo ideas, sino todo aquello que le da forma: conflicto, relaciones de poder, fuerzas sociales, tensiones entre elites, entre estas y la población, combates larvados y explícitos… Pero ese aspecto feo y sucio no es el punto de llegada, sino de partida: la consciencia de esta realidad es la condición de posibilidad para que la política aparezca y provoque sus efectos.

Esto se percibe claramente en el terreno internacional, y más en estos instantes. La ideología angélica de comprensión, entendimiento, multilateralismo y reglas de derecho que había sido difundida como triunfante, ha encontrado factores perturbadores. La aparición de China como gran potencia y la guerra de Ucrania han desatado lo que estaba latente, y se ha regresado al conflicto, a la política de bloques, a las tensiones territoriales. Ser conscientes de que en la relación entre Estados hay una asimetría de poder permanente nos inclina a pensar que esa es la esencia de las relaciones internacionales, que estamos presos de lo que John Mearsheimer denominaba la maldición de las grandes potencias, que no es otra que la de estar permanentemente ocupadas en incrementar el poder propio y disminuir el ajeno. Pero, siendo esta una afirmación inobjetable, marca el terreno en el que se inicia el juego, no el final de la partida.

Los conflictos han atravesado las sociedades y los territorios de forma continua, y sólo la presencia de un mal mayor (la potencia completamente destructora de las armas) ha tejido un equilibrio que ha permitido que las guerras tengan en las últimas décadas una presencia localizada. Esta estabilidad ha sido excepcional y

deberíamos aspirar a que se prolongara lo máximo posible. Esa certeza nos lleva a apreciar mucho más los extraños lapsos en los que las relaciones de poder están acotadas, medidas y parceladas, y los equilibrios entre ellas permiten una vida relativamente tranquila. Pero la paradoja es que la estabilidad y la paz no se construyen con un idealismo que renuncia a la política: el conflicto constituye la política. La fuerza, las jerarquías y las asimetrías están ahí permanentemente, y hay que estar preparados para desenvolverse con ellas.

La política en el plano internacional es cuestión de fuerzas y de armas propias: potencia económica, recursos naturales, capacidad de disuasión y de influencia, cohesión interna. Sólo los territorios que cuentan con bazas de esa clase pueden aspirar a gozar de un nivel suficiente de autonomía, es decir, a ejercer su soberanía. Da igual, a esos efectos, que nos refiramos a una unidad territorial como España o a una mayor como la Unión Europea: el futuro será mejor para quienes posean armas de esa índole, y mejor será cuanto más poder tengan. Mas lo cierto es que España y la Unión Europea no están preparadas para jugar a este juego. La fantasía de la construcción de un mercado mundial ha terminado por debilitar todo aquello que podía proporcionar autonomía y capacidad de decisión, y ese es un movimiento que precede a la decadencia. No entender en qué consiste lo político aboca a la pérdida de influencia, porque la política también es la habilidad de urdir los mimbres a partir de los cuales las palabras y las ideas son tenidas en cuenta: supone contar con el poder suficiente como para ser escuchado; sin él, no hay diálogo posible, porque ni siquiera le invitan a uno a la reunión.

Una paradoja atraviesa la perspectiva que adoptan los realistas, por un lado, y la que defienden los idealistas, por otro. Al malentender la naturaleza de la política y aferrarse a sus respectivas interpretaciones, ocupan una posición que la hace imposible: los primeros, porque lo reducen todo a posiciones de poder y fuerza; los segundos, porque se refugian en unos valores que no permiten la resolución de los conflictos más que mediante la imposición. Tan peligrosos son los unos como los otros, pero especialmente los segundos, a la hora de impulsar los enfrentamientos últimos: las guerras. Ninguno tolera la asimetría de poder, ya que los realistas

son partidarios de ejercerla en cuanto se deja sentir y los idealistas piensan que su mera enunciación rompe su mundo de fantasía. Sin embargo, es manifiesto que sólo reconociendo la existencia de diferentes posiciones, intereses y necesidades, y siendo conscientes de que el diferencial de poder desempeña un papel fundamental, es posible rebajar la conflictividad, llegar a acuerdos y establecer reglas que puedan ser respetadas. En eso también consiste la política, en especial en entornos como el internacional, en el que las asimetrías van a estar permanentemente presentes. Incluso en las épocas hegemónicas, la manera en que la gran potencia lidiaba con los países subordinados señalaba claramente qué tipo de política hacía valer: ha habido potencias integradoras y otras disgregadoras, unas que trataban de unir mediante la legitimidad y otras mediante la simple fuerza. La historia tiene caminos insospechados, pero cabe señalar que las potencias del primer tipo suelen durar más y tienen una vida más pacífica que las del segundo. En ser conscientes de estas lecciones históricas también consiste la política.

Expansión exterior, debilidad interior

La globalización ha sido un desastre en muchos sentidos y ha resultado beneficiosa en otros, y en ese doble carácter subyace una lección no suficientemente comprendida sobre la importancia de la cohesión interna, factor decisivo en última instancia, de la que el final de la república romana es un buen ejemplo. El largo siglo de Roma supuso continuos triunfos bélicos en el exterior que debilitaron las instituciones, los valores y la convivencia en la ciudad. Cuando la desorganización social hizo acto de presencia, las elites romanas trataron de solventarla por un camino que compatibilizaba, al menos teóricamente, el apaciguamiento social y su provecho privado: los territorios conquistados aportaban ingresos, bienes, esclavos, pero también recursos para calmar, si bien temporalmente, a las clases descontentas. Sin embargo, había un fuego latente y existían aspiraciones no resueltas que intentaban hacerse valer en un contexto de corrupción y de pérdida de confianza institucional del que las distintas facciones trataban de sacar partido, incluso recurriendo a la violencia. No se vacilaba en romper las reglas de la república si eso generaba algún beneficio partidista. Todos esos factores operando a la vez produjeron tantas contradicciones que sólo encontraron la solución de las guerras civiles.

La globalización se diseñó por caminos muy distintos, ya que la expansión tuvo lugar fundamentalmente mediante instrumentos financieros y tecnológicos, pero fue producto de fallos políticos similares, en la medida en que generó, en los países que la alentaron, tanto crecimiento económico como desorganización interna. También se utilizaron medidas compensadoras para intentar paliar las disfunciones cada vez que el descontento cobraba dimensiones sustanciales, pero su alcance fue muy limitado. Lo cierto es que, cuando se rompía algún hilo interno, la era global proponía como solución más expansión y más enfoque hacia el exterior y hacia el futuro, lo que sólo podía empeorar los problemas: es difícil recomponer una sociedad con las mismas

acciones que la debilitan. La desglobalización ahonda más en esa contradicción, porque la manera de abordarla es plenamente deudora de las certidumbres pasadas. La constatación de que hay potencias en auge, como China, que ponen freno decidido al crecimiento, obliga, o bien a abandonar el plan de expandirse absorbiendo cada vez más áreas económicas en otros países, o bien a luchar de manera decidida contra el Estado emergente. En eso consiste la nueva guerra fría, que será cruenta en lo económico. La trampa de Tucídides, que, a menudo, mucho más que un resorte mecánico, es la trampa en la que caen dirigentes sin visión histórica, está de fondo.

Mientras tanto, el arreglo interior sigue pendiente en los tres planos en los que la globalización ha supuesto problemas serios para los países occidentales. El primero, y el que se señala con más insistencia, es el territorial, porque ha quebrado los puntos de conexión que reunían a ciudades, regiones y Estados. La bifurcación de países que se han beneficiado de la globalización y de aquellos que han resultado perjudicados es un fenómeno que se ha reproducido en distintos niveles. Las diferencias entre un puñado de ciudades globales que han visto su vitalidad multiplicarse, mientras las ciudades medias y pequeñas que las rodeaban han caído en una espiral decadente, o entre una serie de zonas urbanas con una elevada calidad de vida y barrios que sufrían declinación de su nivel económico, han sido una constante en EEUU y Europa. Esa separación ha desarticulado los espacios comunes a pequeña y gran escala. La UE no ha sido inmune a ello: el sur ha perdido potencia y recursos, mientras Alemania y Holanda se beneficiaron de la arquitectura del euro (el primer país por la vía industrial y el segundo a través de la logística y de las exenciones impositivas), y las naciones del este se sumaron con vigor a la ola reindustrializadora gracias a las deslocalizaciones de la industria germana, al tiempo que el norte de Europa mantenía relativamente su prosperidad. Un bloque con países y regiones en situaciones muy desiguales, y con tendencia hacia una separación mayor, hacía difícil una articulación mínimamente sólida. Algo similar ha ocurrido en EEUU, que se ha roto entre los estados del interior y los de las costas.

La tendencia de la época los empujaba hacia situaciones económicas

y culturales muy distintas que hacen muy complicado que la unidad pueda recomponerse a través de las instituciones comunes: los intereses y los valores alejan unos territorios de otros, lo que se traduce en tensiones políticas, sea cual sea su expresión. En España, estas se han notado especialmente, ya que se trata de uno de los países europeos que más ha sufrido las crisis, que ha visto cómo los secesionismos crecían y cómo la separación radical entre sus ciudades globales, Madrid y Barcelona, y unos territorios interiores desgastados y en decadencia hacía la brecha más profunda.

La segunda gran desorganización, que disparó las asimetrías de poder, ha sido la económica. Un reforzado sector financiero que recogió grandes cantidades de capital empujó decididamente hacia una reorganización productiva en Occidente. Sus inversiones se centraron en el futuro y en el exterior, lo que implicó transformaciones sustanciales respecto de los sectores y lugares en los que se asignaba el capital. La búsqueda de oportunidades globales deterioró los sectores productivos, que en su mayoría se deslocalizaron en países lejanos donde los costes eran mucho más bajos. La entrada en 2001 de China en la Organización Mundial del Comercio favoreció decididamente este movimiento. La reconducción de los ahorros occidentales hacia los fondos, el papel de los bancos centrales a la hora de controlar la inflación, la apertura de las grandes empresas públicas a la privatización y la reorientación de las firmas cotizadas hacia el accionista dieron forma a una nueva estructura económica. El predominio de esta visión derivó en la desindustrialización de Occidente y en la construcción de complejas cadenas de suministro globales, de las que los países occidentales conservaban únicamente los desmaterializados ámbitos de la gestión y la promoción, así como algunos sectores de alta cualificación. En este nuevo capitalismo, el trabajo occidental tuvo lugar sobre todo en el sector servicios. Ese cambio de modelo dio alas a China, que se benefició enormemente del capital, los puestos de trabajo, la tecnología, la propiedad intelectual y la innovación que se le brindaron. En veinte años, Pekín logró trazar líneas estratégicas sólidas que la convirtieron en la segunda gran potencia y aumentó radicalmente su influencia en Asia, África, América Latina e incluso Europa.

A Occidente no le fue tan bien. Durante la pandemia, la escasez de

material sanitario y las peleas entre países por conseguirlo mostraron hasta qué punto Europa había colocado en manos ajenas elementos imprescindibles para su seguridad. Muchos componentes de bienes estratégicos estaban siendo fabricados en muy pocos lugares, muy alejados de los mercados de destino, y en países con los que se mantenían lazos coyunturales. En la salida de la pandemia hubo escasez de suministros, dada la elevada demanda, y los precios aumentaron como consecuencia del poder de fijación de precios propio de un mercado concentrado y del coste del transporte. Dado que, producto de la obsesión con el just-in-time, tampoco se habían almacenado suministros para solventar las eventualidades, la inflación se disparó. La guerra de Ucrania no hizo sino añadir presión, ahora en bienes de primera necesidad, como la energía y los alimentos. El desprendimiento de capacidades propias en aras de una mayor eficiencia mostró todas sus fallas en los instantes clave, como un airbag que sólo se abre cuando no se sufre un accidente. Por un lado y por otro, la orientación hacia el exterior, con la consiguiente dependencia, ha supuesto graves problemas estratégicos para zonas como la europea.

Ni siquiera la nueva guerra fría ha convencido a Occidente de que los problemas externos y los internos están íntimamente ligados; que fue el aumento de las asimetrías de poder y recursos en sus territorios la causa primera de la desorganización interior, del ascenso chino y de la insurgencia rusa. Incluso ahora, se sigue propugnando una desglobalización selectiva, y no por prudencia: no se trata de que las complejas e intrincadas interconexiones tejidas en las décadas anteriores deban ser desenredadas con pasos cautelosos, sino que se pretende continuar en el mismo marco, salvo en dos o tres áreas vitales para librar la guerra fría.

La tercera desarticulación ha tenido lugar en términos de clases sociales. Las crisis han constituido un momento especialmente nítido en cuanto al desplazamiento de recursos hacia el vértice de la pirámide social, pero no fueron otra cosa que el instante más claro de una tendencia general: la relación entre capital y trabajo que había dominado Occidente se quebró y, con ella, los equilibrios y los instrumentos de corrección que daban estabilidad y seguridad. El efecto ha sido la generación de sociedades de dos direcciones, ya que la mayor parte de los ciudadanos occidentales vieron cómo se

reducía su nivel adquisitivo (primero mitigado por el crédito, después empobrecido por las deudas), se debilitó enormemente a las pequeñas y medianas empresas tradicionales y a los productores de los bienes y servicios (especialmente a los trabajadores), y la industria local y nacional perdió muchas de sus opciones. Mientras una parte de la sociedad, la ligada al sector financiero y tecnológico, ha aumentado sus posibilidades, el resto ha visto cómo sus recursos y su estatus decaían. Este movimiento, muy parecido en todo Occidente, creó una nueva clase global a la que las clases medias altas nacionales aspiraron a pertenecer (a menudo sin suerte), provocó el declive del resto de las clases medias y la disminución de los recursos para las capas menos favorecidas.

A partir de esta transformación estructural se abrió una distancia sustancial en los aspectos culturales, es decir, en los valores comunes, que se fragmentaron enormemente. Mucho más allá de las discusiones habituales sobre lo woke, la brecha abierta tiene que ver con las aspiraciones, los deseos, los valores y los temores de las clases con más recursos, formadas, de un lado, por directivos, profesionales de éxito, intermediarios en el circuito del capital global y la parte favorecida de la clase creativa, y, de otro, una mayoría de la población que continúa atada a sus territorios, que no puede acceder, aunque lo intente, a la vía rápida de circulación global, cuyo humor se aleja del optimismo respecto del futuro y que necesita una esperanza que no encuentra. A veces tradicionalista, a veces nostálgica, en unas ocasiones puramente aspiracional y en otras insurgente, esa mayoría simplemente sueña con un lugar que no es este.

En los distintos planos, las asimetrías de poder y recursos se han disparado. Aquellas promesas de un mundo integrado, próspero, tecnológico e interconectado se han resuelto acrecentando las distancias entre países, regiones y clases sociales, conformando sociedades de dos direcciones y provocando debilidades estratégicas. La expansión exterior debilitó la fortaleza interior.

Una temeridad idealista

El olvido de lo político está en el centro de esa sorprendente pérdida de influencia en la que EEUU y Europa, muy pocas décadas después de su inapelable triunfo en la Guerra Fría, están inmersos. El desplome de la URSS fue provocado por diversos factores, pero uno de los más relevantes fue la conciencia de que las poblaciones occidentales gozaban de un nivel de vida y de libertades mayores que los del bloque soviético. Fue una victoria económica y cultural, sustentada en una legitimidad interna que el régimen soviético fue perdiendo, también por comparación. Desde esa perspectiva, resulta más significativo aún el hecho de que, en los últimos años, EEUU haya perdido hegemonía y Europa influencia, que sus sistemas políticos estén agrietándose y que sus poblaciones carezcan de confianza en el futuro. Cuando Occidente dejó de estar atado a la competición hegemónica, se olvidó de aquello que le había proporcionado fortaleza, así como de la mirada estratégica precisa para asentarse a largo plazo, y lo pagó con un proceso de declive.

El éxito en la Guerra Fría no supuso la constatación de la derrota de los adversarios, sino la ausencia de los límites que esa confrontación suponía. Una vez que el Muro cayó, se concluyó que la guerra no había sido ganada por un país o por una serie de ellos, sino por un sistema: el capitalismo liberal. Era un orden político investido de una superioridad que provenía de la creencia en que su ideología lo había llevado al triunfo: no sólo era el mejor sistema de los conocidos; permitía, además, que los países que se acogían a él fueran más justos, más eficientes y, por tanto, más sólidos. El impulso subsiguiente fue extenderlo lo máximo posible.

Ese desprendimiento de las exigencias que reclamaba la competición ideológica lo fue también de sus frenos. La caída de la URSS supuso una suerte de liberación de las ataduras, ya sin la distracción permanente que implicaba la existencia de un enemigo sistémico. Llegaron nuevos tiempos en los que la prioridad fue la transformación interna porque las sociedades no eran eficientes

para enfrentarse al futuro.

El giro que se produjo desde los años 80, y en especial tras la caída del Muro de Berlín, conllevó una nueva manera de gestionar las sociedades que provocó efectos en las relaciones internacionales, en el papel que debían desempeñar los Estados y en la organización de estos. Hasta entonces, el Estado-nación era el horizonte que articulaba las relaciones sociales: el núcleo lo establecían las fronteras, las grandes empresas nacionales, un equilibrio siempre precario entre capital y trabajo, y unas normas más o menos rígidas que ordenaban la vida social. Las vidas occidentales tras la Segunda Guerra Mundial se construyeron con orden, control y continuidad, siempre al servicio de la estabilización del sistema frente al enemigo ideológico.

Sin embargo, al carecer los ganadores de un rival, fueron olvidándose de lo político, decretaron el fin de la Historia y se centraron en diseñar nuevas formas de crecimiento económico. Hubo tres movimientos sucesivos: el primero fue la reorganización del orden internacional para permitir que los capitales circulasen fluidamente y pudieran ser invertidos en condiciones de seguridad, con la consiguiente apertura de mercados nacionales al eliminar las trabas para el capital extranjero; un segundo movimiento lo constituyó el impulso enorme de la innovación, que tuvo lugar, en primera instancia, como rearticulación de los modelos de negocio, con la reestructuración flexible de las empresas, y más tarde con el desarrollo creciente de la tecnología como vector de futuro; el tercero se desarrolló mediante la entrada en áreas hasta entonces vedadas a la inversión, como eran las grandes empresas de titularidad estatal.

Para que esos cambios fueran posibles se precisaba una arquitectura internacional diferente, con mayores poderes y con mayor capacidad de influencia en los Estados-nación. Ese orden jurídico y político se conformó a través de instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio, los tribunales de arbitraje, los bancos centrales alineados en los mismos objetivos o el SWIFT (Society for World Interbank Financial Telecommunication). En esa época de expansión había muchos impedimentos en el nivel

nacional y regional que dificultaban la circulación fluida de capitales y mercancías, y debían ser disueltos.

Se produjo así una novedosa especialización, una reorientación de las cadenas de producción y una nueva división mundial del trabajo. Por citar algunos elementos significativos, Estados Unidos y Reino Unido, Wall Street y la City, actuaron como focos mundiales de las finanzas; la producción se trasladó a Asia y sobre todo a China; el papel de la industria de alta cualificación quedó reservado para Silicon Valley (más un puñado de acompañantes, ya fuera en Alemania, Italia, Corea del Sur o Taiwán). A España le correspondió convertirse en lugar de vacaciones. Las empresas, en consecuencia, comenzaron a despegarse de sus países de origen, bien porque buscaron nuevas fuentes de beneficio a través de su conversión en compañías globales, bien porque ampliaron sus áreas de actuación y entraron en sectores muy diferentes de aquellos en los que operaban tradicionalmente, bien porque fueron adquiridas, en todo o en parte, por firmas de la competencia o por fondos internacionales. En todos esos casos, los vínculos entre las empresas y el país en el que tenían su sede se hicieron más débiles. Además, las nuevas posibilidades que trajo la digitalización permitieron a algunos sectores como el financiero alejarse, no ya de los territorios, sino de la misma realidad. Su innovación consistió sobre todo en la invención de nuevas formas de hacer dinero, y de esas apuestas poco comprensibles y muy arriesgadas surgió la crisis de 2008, el high frequency trading, los derivados financieros y tantas otras maneras de obtener beneficios sin pisar la economía real o a costa de ella.

Esa reconstrucción global marcó un desarrollo nacional muy diferente. No sólo porque se puso el acento en la economía financiarizada en lugar de en la productiva, sino porque los Estados modificaron sus funciones. La integración en las cadenas globales supuso, además de nuevas reglas de gobernanza internacionales, una reorganización de la actividad estatal dirigida a la competencia en el mercado. Lo que definía un Estado fuerte era su capacidad para resultar atractivo, que sus empresas contasen con recorrido global, que sus emprendedores idearan proyectos escalables, que su mano de obra estuviera formada y su mercado gozara de condiciones idóneas para el capital internacional. Fue un giro

radical respecto de la concepción de los Estados de la época precedente, ya que su misión no era asentar lo interior, sino impulsar, mediante la eliminación de trabas, la comunicación fluida con el exterior. La planificación, las empresas ligadas al Estado, la intervención en la economía y la vigilancia en la correcta relación entre capital y trabajo dejaron paso a una acción muy similar, pero en sentido contrario, que aspiraba a construir un mercado global libre de interferencias y diques.

Se construyó un orden internacional diferente, con una velocidad económica y otra política que no sólo no iban acompasadas, sino que en muchos sentidos estaban enfrentadas, porque lo político, que incluía las necesidades propias de los Estados, resultaba inconveniente para la expansión del nuevo orden y la velocidad que este requería. Se creyó que esa articulación alrededor del comercio y de la circulación de capitales establecería una garantía completa de que la era de las tensiones sistémicas y las grandes confrontaciones entre países no regresaría, o que lo haría únicamente por el lado de la innovación, la habilidad económica y las pugnas entre compañías por crecer. El nacimiento y el desarrollo de la Unión Europea, y la forma en que tuvo lugar (pivotando alrededor de una moneda y la acción del Banco Central Europeo, aunque sin la necesaria integración fiscal, política y militar que exigiría para ser realmente eficaz), subrayan hasta qué punto ha sido la economía, y no la política, la que ha dibujado el nuevo mapa.

La expansión internacional y la arquitectura global sufrieron del mismo mal: no había instituciones de gobierno políticas que fueran a la par de las económicas, que pudieran encauzar y dar forma a los nuevos tiempos, con lo que los problemas de gobernabilidad y de estabilidad no tardaron mucho en aparecer. Primero fueron puntuales y manejables, después crecieron hasta hacerse sistémicos. Se forjó una estructura que carecía, tanto por el lado nacional como por el global, de aquellos instrumentos que dan forma a la unión entre territorio y población, que fijan las normas y que establecen el poder coercitivo para hacerlas cumplir. Disparar la interrelación económica sin un gobierno efectivo era una temeridad idealista.

Los efectos de esta desorganización deficiente se están dejando

sentir ahora de manera palpable. La reconfiguración del orden internacional, con una hegemonía estadounidense amenazada por China, una Europa declinante y un actor claramente desafiante como es Rusia, es parte de ese proceso. Los Estados occidentales, en especial los europeos, perdieron capacidades estratégicas, justo aquellas que les permitían desempeñar un papel importante en el plano internacional, pero también las que posibilitaban activar sus economías nacionales o regionales. La interdependencia aumentó en exceso, y a menudo con socios poco convenientes. La reorientación económica partía de un principio que dio en llamarse trickle-down o «efecto goteo», cuya premisa era que, si se creaba la suficiente abundancia en la parte de arriba de la sociedad y si los beneficios fluían hacia ella como consecuencia de un mercado liberado de trabas, después se filtrarían hacia el resto de clases e irían permeando hasta construir la prosperidad común. En lugar de esto, se ha provocado que las pequeñas empresas vivan en condiciones complicadas, que las firmas nacionales tradicionales hayan desaparecido o estén atravesando grandes dificultades, así como el empobrecimiento de los autónomos y de gran parte de los trabajadores. Las clases medias, que fueron el centro del sistema, se han debilitado sustancialmente y las trabajadoras han visto reducido su nivel de vida, lo que ha resultado en una inestabilidad notable, con matices realmente preocupantes en EEUU. Al tiempo que se desgastaron los Estados, también lo hizo la cohesión interior. En lugar de la trickle-down economics, se ha provocado la trickle-down politics, en la que la inestabilidad ha ido impregnando las distintas capas de la sociedad hasta configurar entornos realmente divididos y enfrentados. La abdicación de lo político generó (no podía ser de otra manera) una política polarizada, fragilidad geopolítica y dificultades económicas.

Dos ganadores muy diferentes

Si hay un Estado que debería haber salido beneficiado con la globalización, ese es EEUU. Su potencia militar, su desarrollo tecnológico, su poder blando y su posición hegemónica constituían fortalezas incuestionables. Además, poseía el control del acceso al sistema financiero internacional a través de la moneda de reserva: el dólar. Tras el fin de Bretton Woods, en el Gobierno de Nixon, EEUU pasó a contar con un arma adicional, ya que se convirtió en el espacio de captación de capitales por excelencia, y tenía la facultad, en última instancia, de crear más dinero cuando fuera necesario. Podía asumir grandes déficits sin problema alguno para financiarlos. Como «gran parte del mundo ha sufrido políticas de crecimiento que recompensan a las elites nacionales a costa de una demanda interna estructuralmente débil y un exceso de ahorro, la única manera de que los países mantengan grandes y persistentes superávits es reciclar estos en activos externos de países que estén dispuestos y puedan soportar déficits persistentes. En la práctica, esto significa adquirir activos de países en desarrollo, que son demasiado arriesgados y, en el mejor de los casos, demasiado ilíquidos, o de las economías anglófonas, de las cuales EEUU es, con mucho, la más significativa»[4]. De modo que el capital fluye en dirección a EEUU, a menudo hacia los activos considerados más seguros, los bonos del Estado, lo que permite al Gobierno estadounidense financiar sus déficits persistentes. Esa continuidad le ha posibilitado mantener gastos elevadísimos en seguridad y defensa sin preocuparse de las consecuencias. En la misma medida, sus bancos de inversión y fondos se han beneficiado del exceso de ahorro del capital global, que, en lugar de revertir en la economía productiva de los países, era colocado en la esfera financiera anglosajona. Ambos movimientos dieron forma a la globalización, lo que ofreció enormes ventajas al Estado hegemónico.

Es su fortaleza en ambas áreas la que ha conducido, paradójicamente, a que EEUU haya perdido hegemonía y capacidades estratégicas, y a que sus ciudadanos hayan salido

económicamente dañados en estas décadas. Se trata de una contradicción que define la era global con enorme precisión.

Los países occidentales han deteriorado notablemente su soberanía. Este concepto debe entenderse no sólo como la capacidad de un territorio de gozar de autonomía en sus decisiones, sino desde la remisión a un momento anterior: el de la condición de posibilidad para que las decisiones sean tomadas. Toda unidad territorial presupone la existencia de una organización, de unas normas comunes, de un control sobre su cumplimiento y de una potestad sancionadora. Las instituciones se crearon precisamente para otorgar ese marco común al que todos los ciudadanos de un país (o de una asociación de ellos, como la UE) deben estar sujetos. Esa arquitectura constituye, en última instancia, la salida del estado de naturaleza y la entrada en el estado de derecho. Sin embargo, la globalización ha consistido precisamente en abrir una serie de puertas para que actores influyentes escapasen de esa clase de poder. La ausencia de una esfera política institucional a la altura de la económica ha construido una estructura internacional débil, así como ha facilitado la fragilización del poder estatal y permitido que las vías de evasión de la soberanía hayan aumentado. No se trata de que, como subrayaba Carl Schmitt, la organización institucional quede en manos de un decisor, el realmente soberano, el que dicta el estado de excepción, sino de que la configuración contemporánea del poder permite continuas excepciones a las leyes comunes, de forma que un grupo de actores es capaz de poner legalmente en suspenso las normas en su propio beneficio.

Nuestra sociedad de la excepción no se articula a partir de un poder centralizado que pone entre paréntesis las normas democráticas con el objetivo de incrementar la vigilancia y el control. Al contrario, la ley rige y está presente de continuo en nuestra vida cotidiana, sólo que no para todos los actores sociales. Los impuestos son un buen ejemplo: la mayoría de los ciudadanos de un país no pueden elegir pagarlos en paraísos fiscales, pero muchas firmas globales sí cuentan con esa opción, legalmente autorizada. La capacidad fiscal es una más de las posibilidades abiertas para determinados grandes operadores que, producto de un mercado muy concentrado, poseen el poder, los recursos y los instrumentos necesarios para funcionar de manera desterritorializada. También ocurre en sectores

delictivos, como los provenientes del narcotráfico y de la corrupción, que se mueven en una esfera paralela que no les impide derivar hacia entornos legales los beneficios de sus delitos. Al no disponer las instituciones globales de la solidez de los Estados-nación, la descompensación entre lo local y lo global ha permitido toda clase de excepciones. Y cuando esa suspensión del derecho es habitual, por no estar todos los actores sometidos a las mismas reglas, la globalización se vuelve ingobernable. Las consecuencias para los Estados son graves, en la medida en que muchas de sus decisiones quedan supeditadas a la acción de actores que pueden evitar con sencillez su capacidad de control. En ese entorno no cabe hablar de soberanía, sino de un mundo desestructurado en el que la política, al carecer de su condición de posibilidad, se vuelve mucho más difícil. El Estado no actúa como imperium in imperio, sino como subordinado a reglas que lo sujetan en sus actividades más necesarias, también en las estratégicas.

Y esto no sólo es producto de una diferencia de regulación organizada desde las brechas locales que abre lo global. Las dificultades de la misma potencia hegemónica tienen que ver con esta ausencia de soberanía sobre su propio territorio. Constituye uno de los problemas fundamentales de nuestra época y, sin embargo, de los más obviados: la diferencia entre las agendas de los Estados y las de los colectivos con mayor poder dentro de ellos, que deberían estar subordinados a las primeras. Un buen ejemplo de este desajuste lo desveló un militar, Cameron Holt, subsecretario adjunto de Adquisiciones de la Fuerza Aérea estadounidense, el departamento que supervisa la compra de material, que comprende desde drones hasta misiles nucleares. En una interesante conferencia[5] avisó de que EEUU podría perder en un futuro conflicto militar con China, simplemente porque Pekín puede adquirir más armamento y de manera más veloz, ya que el coste es sustancialmente menor: China consigue con un dólar lo mismo que EEUU con veinte. Los contratistas de defensa poseen un gran poder de mercado por su posición oligopólica, de forma que están en disposición de ofrecer precios bajos para conseguir los contratos, lo que elimina a la competencia, pero, como conservan la propiedad intelectual sobre los bienes vendidos, pueden inflar los precios posteriormente. Esa posición dominante lleva incluso a la falta de innovación, porque a las empresas les es más provechoso estirar al

máximo la rentabilidad de lo que ya están produciendo que aportar capital para generar mejoras en sus productos. Un informe enviado por el Pentágono al Congreso estadounidense en 2021 lo formulaba de una manera más explícita: «Un clima empresarial estadounidense que ha favorecido las ganancias de los accionistas a corto plazo, la desindustrialización y una visión abstracta y radical del "libre comercio", sin la aplicación del comercio justo, ha dañado gravemente la capacidad de Estados Unidos para armarse hoy y en el futuro»[6]. No se trata únicamente del área militar: la tendencia permanente hacia la concentración en la esfera empresarial y sus vínculos con Wall Street (el ganador final gracias a los dividendos y las recompras de acciones) está generando disfunciones profundas en muchos otros ámbitos, desde la sanidad hasta la alimentación. Se crea de esta manera una sociedad en la que, por así decir, los nobles están por encima del rey: el Estado queda supeditado a las excepciones que él mismo permite. Desde este punto de vista, el ganador de la globalización no ha sido EEUU, lo que se puede afirmar en términos simplemente nominales, sino esa serie de actores que se apoyan en el Estado norteamericano y terminan operando por encima de él.

El otro gran ganador de la era global ha sido China. Del mismo modo que los paraísos fiscales vivieron un auge enorme en las últimas décadas, también se pusieron en marcha paraísos laborales, en los que las empresas occidentales podían producir sin sujetarse a sus normativas nacionales, a la escala salarial que habían acordado en sus propios países, sin necesidad de regulaciones ambientales y manejando toda clase de medidas ambiguas para que los productos deslocalizados pudieran venderse en los países occidentales, los de mayor poder adquisitivo. Las firmas necesitaban una mano de obra que les ofreciera la misma excepcionalidad que habían encontrado en el resto de ámbitos en que operaban. De todos esos paraísos laborales, China era el más propicio: gran cantidad de población, salarios muy bajos, un orden político rígido que garantizaba la paz social y un Gobierno empeñado en el crecimiento. China se convirtió en la fábrica de Occidente, y lo consiguió precisamente porque podía funcionar al margen de las reglas que regían en Occidente. El idilio entre la economía financiarizada, la que buscaba el beneficio a corto plazo para los grandes accionistas, y el Gobierno chino se prolongó durante muchos años, y todavía sigue

vigente.

Sin embargo, y al contrario que los paraísos fiscales, China no era un país minúsculo, sino uno con historia, orgullo y una mentalidad que cree en los beneficios del largo plazo. A la hora de adaptar su economía a los parámetros occidentales, evitó los errores rusos cometidos desde Gorbachov y rechazó el paquete de soluciones que le proponían desde las instituciones internacionales creadas por los vencedores de la Guerra Fría (la liberalización de golpe de todos los precios, la privatización, la liberalización del comercio y la estabilización, en forma de políticas monetarias y fiscales estrictas) [7]. Los cambios se aplicaron con el ritmo y la intensidad que el Gobierno de Pekín creyó conveniente, y siempre en los tiempos que estimó precisos. Cuando el desarrollo chino ya era notorio, Occidente despreció su auge, al entender que, por un motivo u otro, su florecimiento tenía techo: las emergentes clases medias chinas causarían problemas al Partido Comunista porque exigirían más libertades, el liberalismo se abriría paso en una sociedad que aumentaba su prosperidad, las presiones exteriores llevarían a Pekín a abrir su mercado a las empresas internacionales, y tantas otras predicciones erróneas que llevaron a Occidente a cerrar los ojos. China estaba construyendo su futuro y lo hacía con sus propias reglas. Sin embargo, se hizo una excepción con este país, porque desacoplarse de él significaba dar marcha atrás en la arquitectura comercial mundial y eso significaba menos ingresos para los sectores financieros y empresariales ligados a los beneficios de los productos deslocalizados. Frenar a China implicaba reorientar los procesos económicos, lo que era inaceptable para el idealismo dominante en la época. Se optó por ignorar las amenazas futuras, y China siguió adelante con planificación y con sentido del largo plazo hasta que logró convertirse en la segunda potencia mundial y puso en peligro la hegemonía de la primera. Entonces regresaron de un modo expreso las palabras fuertes, la lucha entre potencias y la geopolítica. Pero, una vez más, las declaraciones y los hechos no van acompasados. Por más que se insista en que China es un rival sistémico y que su expansión es una amenaza que ha de afrontarse, lo cierto es que muchas empresas occidentales siguen fabricando allí, que algunas de ellas han solidificado sus lazos y que firmas de inversión como BlackRock han anunciado grandes planes de inversión en el país asiático. De nuevo, el desacople significaría dar

marcha atrás en el idealismo occidental, lo que beneficiaría a sus poblaciones, pero perjudicaría a su entramado comercial y financiero.

Los dos grandes ganadores de la globalización lo han sido por caminos que, si bien eran distintos, resultaban totalmente complementarios. Pekín y Wall Street pudieron intervenir en el juego imponiendo sus propias reglas, alejadas de las que operaban para el resto de participantes, y eso les otorgó una gran ventaja. China consiguió condiciones excepcionales, entre ellas la preservación de buena parte de su soberanía, lo que aprovechó para construirse como imperio. En EEUU el movimiento fue inverso, pues fue un grupo de actores privados el que obtuvo el beneficio de la excepcionalidad. Esa contradicción explica en gran medida las tensiones presentes, el giro desglobalizador y los nuevos tiempos políticos.

El mal asoma por la puerta

Las grandes cuestiones de la época apenas aparecen formuladas en la política contemporánea, más allá de simplificaciones como la lucha entre la democracia y las dictaduras, y cuentan con menos espacio aún en las reflexiones y en los programas de los partidos que tienen opción real de gobernar. No afrontar los tiempos ni sus desafíos es la causa de la inmensa banalidad de nuestra esfera pública, inmersa en la reproducción de debates del pasado, a menudo superados por los acontecimientos, y con un retraso de al menos una década en análisis y soluciones. Nunca se alcanza el hueso, de modo que la política suele circular entre simples fantasías, promesas que nunca se cumplirán y reacciones sorprendidas a circunstancias sobrevenidas. Esta pobreza en la reflexión es uno de los peores males que nos aquejan, porque conduce a actuar azarosamente. Sin el conocimiento de las causas y sin la comprensión de los dilemas estructurales es mucho más difícil encontrar caminos de salida.

Ninguno de los partidos españoles tiene un plan para el futuro, una visión estratégica, ideas para jugar la partida de la geoeconomía o una posición definida respecto de cómo mejorar una España necesitada de un gran impulso. Las fórmulas se debaten entre el habitual adelgazamiento del Estado mediante el saneamiento de las cuentas públicas y la defensa del Estado de bienestar por la vía de la inversión en sanidad y educación. Estas visiones parciales y viejas conducen a la reducción de la política a vivos enfrentamientos por asuntos secundarios y a la discusión plagada de matices hiperbólicos. Los combates cruentos por temas menores son típicos de las épocas decadentes, ya que obedecen a una constante: cuando el poder disminuye, aumentan las tensiones internas por conservar el que queda. Al no existir visión de futuro, se vive en la pelea por el espacio que resta sin ulteriores metas.

En el caso español, estas tensiones se manifiestan especialmente en el terreno institucional, con las continuas alusiones a la necesaria

conservación de la independencia judicial, al respeto a la monarquía, a la responsabilidad con que deben actuar los medios de comunicación o a la unidad territorial del país; por el otro lado del espectro político se insiste en una mejor relación con los nacionalismos periféricos, en unos jueces demasiado derechistas, en la inconveniencia de la monarquía o en el papel de las cloacas del Estado, pero no se sugiere ni una sola idea acerca de cómo jugar la partida en el nuevo mundo. En el terreno europeo, la pobreza propositiva ha sido similar y se ha limitado a prestar especial atención a las vulneraciones del rule of law por parte de los países del Este, a los lugares comunes sobre la ociosidad y el despilfarro meridionales y demás conceptos manidos, pero sin planteamientos serios sobre cómo reforzar y cohesionar la UE. Ni siquiera ahora que la urgencia lo demanda hay un corpus intelectual o una voluntad política decidida para conseguir que Europa y los países que la integran reaccionen poderosamente, conforme los tiempos exigen.

En la medida en que la política vive en esta impotencia, sus argumentos únicamente pueden ser efectivos cuando subrayan los errores o las equivocaciones de los rivales. Más que una propuesta positiva, la acción electoral se organiza alrededor de los intentos de deteriorar la aceptación social del resto de líderes, insistiendo a menudo en las características puramente personales. Los calificativos gruesos se convierten así en elementos frecuentes de la acción política. En realidad, los contendientes tratan de afianzarse mediante la culpabilización y la caricaturización de los rivales a partir de un marco establecido de confrontación: cada uno de ellos culpa al otro de las disfunciones sistémicas, y se aprovecha cada ocasión para proclamar la esperanza de que, si se evita el triunfo del enemigo en las siguientes elecciones, los problemas serán mucho menos graves. Es una promesa vana, pero que ha funcionado durante décadas.

A esta batalla continua que se denomina polarización, se añade un elemento que complica aún más las cosas. La conciencia de que la sociedad está en declive, de que las bases de la vida en común comienzan a agrietarse, no suele provocar una reflexión general, sino que acentúa la intensidad del enfrentamiento. La sensación de que hay que introducir cambios profundos está presente, pero se

materializa de un modo hostil: vamos hacia el desastre, los culpables son los otros y hay que hacer todo lo posible por evitarlo. Ese mal asomando a las puertas que se ha instalado como ideología común en el interior de Occidente, es el otro componente esencial de nuestra política.

Hasta no hace demasiado tiempo, las dificultades se solventaban mediante cambios de personas en los partidos y de siglas en los gobiernos. La premisa era que el sistema funcionaba, y las dificultades que se soportaban provenían de los errores de los gobernantes, con lo que bastaba sustituirlos para regresar a la normalidad. Los distintos Ejecutivos españoles fueron de mandatos largos hasta la crisis de 2008. Desde entonces hemos entrado en un ciclo de aceleración en el que la inestabilidad sistémica ha consumido rápidamente a los antiguos partidos, que han desaparecido en distintas partes de Europa (como Francia o Italia), han visto reducida su capacidad de acción (véase el caso del bipartidismo español) o se han transformado en algo muy diferente (como ha ocurrido con el partido conservador británico o con el estadounidense). Ese segundo ciclo ha finalizado con el covid, y las consecuencias son cada vez más palpables, con una tensión en aumento y la creciente demanda de cambios radicales.

La guerra de Ucrania ha abierto aún más el marco. Se ha extendido la sensación de que el tren terminará descarrilando y de que hace falta que alguien pise el freno rápidamente. Ese sentimiento katejónico, sin embargo, sólo ha conseguido incrementar la polarización: en la medida en que las disfunciones están causadas por la otra parte del espectro ideológico, cuantos más problemas percibamos, más peligrosos para el bien común se vuelven los rivales. Esta reconducción de las debilidades occidentales hacia la búsqueda de causantes más que hacia las soluciones, provoca reacciones cada vez más hostiles y llenas de riesgos para la estabilidad del sistema. Sucede también en el plano internacional: la recomposición geopolítica, que tiene causas diversas y complejas, es fácilmente resuelta mediante la culpabilización subjetiva. Basta con señalar a Putin para que el esquema político interno se repita en el exterior. Puesto que hay alguien intrínsecamente malvado, la solución es combatirlo y, si se vence, se arreglarán los problemas. Es el tipo de solución falsa y simplista que nos repetimos para

tranquilizarnos.

Derecha e izquierda, contra sí mismas

Mientras tanto, la hostilidad interna crece. Por cuanto existe un creciente humor social que entiende que las debilidades de la democracia son muchas, por la corrupción, por las peleas partidarias o por la incapacidad de los políticos, aumenta el ánimo que aspira a una resolución de los problemas por nuevas vías. Hasta ahora han hecho acto de presencia dos modelos de hombres fuertes como posibilidad de salida. El liderazgo a lo Trump es uno de ellos; el segundo es el tecnocrático, en el que figuras como Draghi o Macron han emergido como las adecuadas para manejarse en la complejidad de los nuevos tiempos. Siendo perfiles completamente diferentes, ambos nacen de la corrosión de la democracia y de la necesidad de poner fin a los problemas mediante figuras de autoridad, aunque se apoyen en legitimidades diferentes: la de la firmeza o la del experto. Sin embargo, estas nuevas figuras parecen ya agotadas para hacer frente a unos tiempos que se muestran difíciles, amenazantes e inciertos. En todo caso, señalan de manera palpable hasta qué punto las transformaciones sistémicas demandan variaciones en el liderazgo que sean capaces de establecer nuevas legitimidades.

La crisis de las ideologías dominantes, que se ha producido en ambas partes del espectro político, posee un papel relevante en la corrosión de las democracias. En la derecha es evidente, por cuanto vive en una contradicción difícilmente salvable. Por una parte, ha sido la opción más activa en la defensa del libre mercado y del orden comercial internacional, y sus propuestas triunfaron en las décadas precedentes. La percepción del Estado como un entorpecedor continuo de la iniciativa privada, la insistencia en el control de los déficits públicos, la apertura del máximo número de áreas a la gestión privada, la reducción del peso del factor trabajo en la ecuación social, la necesidad de enfocarse en el exterior como prioridad económica, la disminución de los controles y regulaciones institucionales y la rebaja decidida de impuestos construyeron una ortodoxia apenas refutada. Pero, junto con esta perspectiva,

también hacía hincapié, y con más vehemencia en los últimos años, en la unión y fortaleza de la patria, en el respeto a la autoridad, en las familias sólidas y tradicionales, en la seguridad y, a menudo, en la importancia de los valores religiosos.

Ambas direcciones chocan entre sí hasta el punto de que la primera hace prácticamente imposible la realización de la segunda. El tipo de sociedad instigada por el comercio global ha debilitado ese nacionalismo que había sido seña de identidad del conservadurismo, ha fomentado formas de vida menos sólidas, familias con vínculos más débiles y el desprecio altivo respecto de las creencias religiosas. La derecha se acercó a un tipo antropológico, el sujeto proactivo, emprendedor, innovador, tecnológico, siempre pendiente de nuevas metas que descubrir, que despreciaba las antiguas reglas e inventaba nuevas, y que se oponía radicalmente a lo que los valores tradicionales defendían. Las nuevas formas de vida, el auge del individualismo, el desapego respecto de las raíces y la creciente interconexión con otras culturas iban en la dirección de una fluidez que desestructuraba la visión del mundo típica de la vieja derecha.

Esta reconversión del ideario del liberalismo ofreció un notable recorrido electoral a los partidos de ese espectro político, pero al precio de sostener discursos muy ambiguos: resultaba muy difícil mantener en equilibrio fuerzas que se combatían. En esta era de desglobalización, el lado conservador está regresando con fuerza, y las derechas populistas lo priorizan frente a la ideología liberal, aunque no evitan la contradicción de fondo. Las banderas nacionales que defienden han perdido la vivacidad de sus colores; los Estados occidentales cada vez tienen menos soberanía, menos capacidad de decisión sobre asuntos cruciales, aumenta progresivamente su dependencia de actores globales, como las tecnológicas, y se han desprendido de buena parte de su capacidad productiva y de su fortaleza estratégica. En ese contexto, las apelaciones a la grandeza nacional suenan extemporáneas y el amor a la patria sólo puede proclamarse desde un punto de vista puramente defensivo.

En consecuencia, se vuelven opciones ideológicas cuya prioridad es combatir al enemigo, al que acusan de haber producido aquellos

males cuyo principal causante es el sistema económico que impulsaron: China se convierte en el gran peligro en el plano exterior y los progresistas que debilitan las formas de vida tradicional constituyen el enemigo interior. No obstante, sus argumentos no son más que una simple proyección, ya que las sociedades con raíces y vínculos que fueron su seña de identidad y que tratan de recuperar, difícilmente pueden tener lugar en un contexto tan fluido e individualista como el presente, y menos aún con clases medias y trabajadoras pauperizadas. Estados Unidos es un buen ejemplo de esta tendencia, ya que muestra claramente las debilidades ideológicas de una derecha que, ante la disyuntiva de dar marcha atrás, ha optado por apretar los dientes y profundizar en las ideas económicas que causaron su inestabilidad, al mismo tiempo que se vuelve más hostil con sus rivales e incluso con antiguos socios.

La izquierda, cuya esencia era la transformación social en términos económicos, ya fuera persiguiendo la utopía o el mero equilibrio en la relación capital-trabajo, también sufrió enormemente con el giro que el mundo emprendió a partir de los años 80. Sus principales valores fueron desdibujándose, y aunque se conservaron en forma de protección de derechos adquiridos, como la sanidad o la educación públicas, la realidad fue que cada vez tuvo menos suerte a la hora de defenderlos. Al igual que la derecha, hubo de recomponerse construyendo un nuevo tipo antropológico que entroncaba directamente con las necesidades del liberalismo, sólo que el acento se puso en lo individual. La capacidad de autodeterminarse, la ampliación de libertades, la idea de un futuro en el que cada cual podría construir su propia identidad, se compaginaron con las nuevas posibilidades de la tecnología, que abrían la puerta a una relación social horizontal y menos impositiva, y con una visión mucho más ecológica, que puso la lucha contra el cambio climático como prioridad. Tampoco han alcanzado demasiada fortuna en esos propósitos: la red está dominada por firmas monopolísticas y el impulso hacia el green deal ha quedado cortado de raíz.

En lo social, su apuesta por la inclusión en un mundo que estaba dejando muchos perdedores se fijó más en las partes que en el todo, de modo que las izquierdas se reconvirtieron en una opción

combativa para reducir las desigualdades de género y las generacionales, y las causadas por el racismo y la xenofobia. Ese desplazamiento ideológico se encontró con una doble dificultad. El viraje hacia nuevos públicos, en especial hacia los jóvenes progresistas urbanos, generó resistencias entre sus viejos votantes. El lenguaje hiperbólico que se adoptó, las posturas maximalistas y la sensación de traición que se extendió entre los antiguos electorados contribuyeron a que su proyecto no fuera compartido por buena parte de la población. Llegó un instante en que la insistencia en cuestiones culturales se volvió en contra de las izquierdas (circunstancia que aprovecharon las derechas populistas), y su intento de recomposición ideológica quedó lejos de construir un nuevo sentido común.

En segundo lugar, esa fijación con las partes en lugar de examinar el todo condujo a un error analítico que hacía más complicado encontrar nuevas ideas y nuevos apoyos sociales. Al dejar de lado la cuestión esencial, cómo están construidas las redes de poder en Occidente, cuáles son las estructuras que las sostienen y de qué modo lo hacen, quedaron en tierra de nadie. Abrazaron la ideología económica liberal, a la que aportaron matices correctores y a la que superaron en lo relacionado con el desarrollo individual, pero eso las condujo a un espacio políticamente reducido. Podían hacer valer el temor a que gobernasen las derechas utilizando el recurso del combate contra el fascismo latente, mas fue un camino corto, especialmente porque, al fijar su marco político en una suerte de combate del futuro contra el pasado, pagaron el precio de olvidar las cuestiones de clase. No supieron identificar las recomposiciones sustanciales en el estatus y en los recursos que la estructura global y sus ramificaciones locales supusieron para Occidente y su organización social. Y en un instante histórico en el que la competición por el poder y los recursos da forma a las relaciones internacionales, a la organización económica y a las posibilidades vitales de los ciudadanos, olvidar el análisis estructural supone una debilidad política que es rápidamente percibida por sectores sociales que están necesitados de una acción mucho más profunda y contundente.

Ambas partes, la derecha y la izquierda, han desarrollado sus propuestas políticas evitando lo estructural, aquello que otorga

organización y jerarquía a nuestro mundo, a todos esos asuntos que componen el poder real y que determinan las posibilidades de las personas; es en ese sentido que puede afirmarse que se han olvidado de lo material. Se puede abogar por una familia más unida o por el combate contra el cambio climático, pero ambas opciones tienen una condición de posibilidad: la de reorganizar el orden general en términos que hagan viables sus propuestas. Y dado que ninguna de las dos fuerzas es capaz de encarar de forma decidida los males generales, sólo queda señalar a los rivales como los causantes de las disfunciones. Por eso la pelea política termina sustanciándose en el combate antifascista o en la pelea contra la agenda 2030, contra la España reaccionaria que defiende el partido mayoritario de la derecha o contra el progresismo inane del partido mayoritario de la izquierda.

Ninguna de estas opciones está arrostrando los problemas reales, los que tienen que ver con la organización del poder, con la competición geopolítica, con la estrategia y la mirada a largo plazo, con la reconstrucción de los valores, con el tipo de economía necesaria para fortalecer España internamente, con el papel que debe desempeñar la Unión Europea y con la importancia esencial de la cohesión interna, en todos los sentidos, para afrontar la nueva época. Para esa tarea las lecciones del pasado son particularmente pertinentes, y España invertebrada de Ortega y Gasset nos muestra algunas de ellas.

---

[1] Polibio, cit. en Mike Duncan, Hacia la tormenta, Barcelona, Ariel, 2018, p. 38.

[2] Hay una abundante producción bibliográfica sobre ese periodo. Los textos que considero particularmente relevantes son Grandeza y decadencia de Roma, Vol. 1., y Nueva historia romana, de Guglielmo Ferrero, Historia de la decadencia y caída del imperio romano, de Edward Gibbon, Historia de Roma. Libro V. Fundación de la monarquía militar, de Theodor Mommsen, Historia de la república romana, de Arthur Rosenberg, La revolución romana, de Ronald Syme, y Julio César, de Luciano Canfora.

[3] Tito Livio, cit. en Duncan, op. cit., p. 42.

[4] Michael Pettis [https://twitter.com/michaelxpettis/status/1504242390491873283?s=20&t=iThXne29ap2z3z_N8QnlWg]. Su obra Trade Wars are Class Wars, escrita en colaboración con Matthew Klein, es especialmente recomendable para entender estos desequilibrios.

[5] [https://www.youtube.com/watch?v=uyxJ36I2dLo].

[6] Citado en «Nancy Pelosi, China and the Slow Decline of the U.S. Military» [https://mattstoller.substack.com/p/nancy-pelosi-china-and-the-slow-decline]. Matt Stoller es autor del recomendable Goliath, una lectura particularmente interesante acerca del poder de los monopolios, y de BIG, una newsletter esencial en este ámbito.

[7] Isabella M. Weber, How China Escaped Shock Therapy, Londres, Routledge, Routledge Studies on the Chinese Economy, 2021, p. 4.

CAPÍTULO 2

Desvertebración

La España inexistente

España no ha existido en las últimas décadas. Bajo ese nombre ha convivido un colectivo disperso, lleno de intereses particulares y visiones culturales distintas, tejidos por fragmentaciones territoriales, económicas y sociales que nunca han terminado de recomponerse. Las fracturas se han explicado desde diversas perspectivas, pero siempre poniendo las conclusiones por delante de los análisis: el atraso secular, los populismos, los nacionalismos, la desconfianza en las instituciones, la inadecuación de nuestras empresas a un mundo global, el vínculo con el turismo y el ladrillo, la ausencia de reformas o la corrupción eran las causas preestablecidas de los males nacionales. En lugar de profundizar en la comprensión del momento español, se exhibían convicciones definitivas, a menudo ancladas en un teórico carácter nacional que reducía constantes humanas a una expresión meramente ibérica.

Hace un siglo se publicó España invertebrada, de José Ortega y Gasset, y su radiografía de la situación nacional suena demasiado contemporánea. Uno de los méritos del texto de Ortega es que va al hueso en lugar de detenerse en aspectos secundarios. Ofrece una lección de realismo político que se aleja de los lugares comunes y trasciende las visiones políticamente dominantes con un aliento de mayores dimensiones, como se aprecia especialmente en su análisis del problema territorial (que sirve tanto para España como para Europa).

Los nacionalismos, con la difícil asimilación de las diversas culturas que conviven en España, han sido señalados insistentemente como un problema no resuelto que debilita profundamente las capacidades españolas. Usualmente se considera que la manera de mantener unido un territorio depende de su articulación institucional, de las cuotas de poder que sean atribuidas al centro y de las que se destinen a la periferia: la forma en que se encare ese reparto hará posible un equilibrio que satisfaga o disguste a unas partes u otras, y que, en consecuencia, genere una mayor o menor

unión. Desde un extremo político se subraya que la causa de la desvertebración es una organización que privilegia las partes y en la que el Estado conserva un escaso poder coordinador; desde el otro lado, se aboga por una distribución federal de las competencias, de modo que se permita más libertad a los territorios para la toma de decisiones. La falta de centralización o de descentralización es percibida como la causa última de que la cohesión territorial sea tan frágil y, como resultado, de la ausencia de una mirada nacional común. En momentos de dificultad, como son los presentes, los partidarios de la centralización completa o de la desmembración cobran más fuerza, unos porque creen que el Estado necesita mucho más músculo, otros porque piensan que su recorrido ha quedado agotado y que hay zonas de España que deberían tener una existencia desvinculada del conjunto.

Este error habitual arranca de la tentación, tan común en nuestra época, de buscar arreglos institucionales a lo que son escollos de mayor calado: confían en que en esa esfera se pueda reconstruir lo que otros problemas separan. Además, esa perspectiva encuentra una dificultad añadida, como es la reducción de lo político a lo relacional, una fórmula demasiado presente en las últimas décadas a la hora de abordar el poder. Así, la democracia consiste en tomar decisiones consensuadas y transparentes, de modo que todo lo que se acerque a ese objetivo formará parte de la solución; la empresa aboga por estructuras de trabajo descentralizadas y por los acuerdos entre los equipos que ocupan los puestos de valor añadido, y la educación apuesta por el destierro de las clases magistrales y por la utilización de técnicas que atraigan la atención de los alumnos. Del lado contrario, la solución que se ofrece es también relacional: se necesita más firmeza, más concentración del poder, más energía y autoridad, como si el inconveniente primero fuese el carácter impositivo o dialogado de las decisiones.

Ortega evita esas trampas contemporáneas y prefiere dirigirse hacia mayores profundidades, hacia la naturaleza propia de los Estados, preguntándose qué los crea, cómo permanecen unidos, cuándo se produce su auge y en qué condiciones, y cuándo comienza su declive. Constata el hecho ineludible de la necesaria diversidad entre territorios: todo anhelo de homogeneización ha sido negado por la historia. Los Estados no se unen porque los territorios se

parezcan, ni porque la identidad de la región dominante absorba al resto, una pretensión poco realizable y que siempre generará fricciones. No hay unidad porque formemos parte de una misma sustancia o de una misma esencia, sino porque esas diversidades que confluyen en un territorio deciden vivir en común a pesar de las disparidades. Los Estados no son una familia, no dan forma a un conjunto de homogeneidades sujetadas por vínculos genéticos. Los lazos, los elementos históricos o el carácter son aspectos secundarios a la hora de tejer la unidad de los Estados, ya que la cantidad de lo que reúne y de lo que separa a las partes no es muy distinta. Tampoco muestra Ortega especial consideración por la forma de reparto del poder, sobre si la relación equilibra o separa el centro y la periferia. El modelo explicativo que utiliza, el ejemplo histórico de Roma o de Castilla, lo deja claro: «La Roma total, la unión de la comuna asentada en el monte Palatino y la de la colina del Quirinal, no es una expansión de la Roma palatina, sino la articulación de dos colectividades distintas en una unidad superior»[1].

Si la unidad nacional no nace de la coexistencia de colectivos ligados a un carácter o una cultura, podría entenderse que la unidad parte de ligamentos sociales y de intereses económicos, pero tampoco esa variable resulta fundamental para Ortega, como no lo es, de facto, en nuestra época: las capas sociales no están reunidas alrededor de fuerzas que las definan, los grandes partidos se han convertido en «atrapalotodo», la política se ha vaciado de contenido de clase y las capas medias son lo suficientemente indefinidas y están demasiado divididas como para coaligarse en espacios que defiendan intereses comunes. Esa gran fragmentación dificulta la aparición de puntos de conexión nítidos que faciliten una recomposición unitaria.

Luego si la coincidencia no se da en esencias o caracteres, hay que buscar la clave en otro lugar, que Ortega encuentra en un núcleo insoslayable: «La potencia verdaderamente substancial que impulsa y nutre el proceso es siempre un dogma nacional, un proyecto sugestivo de vida en común […]. Los grupos que integran un Estado viven juntos para algo: son una comunidad de propósitos, de anhelos, de grandes utilidades. No conviven por estar juntos, sino para hacer juntos algo […]. Eso es lo que une a los países, eso es lo

que les desune. La historia de la decadencia de una nación es la historia de una vasta desintegración. Es preciso, pues, que nos acostumbremos a entender toda unidad nacional no como una coexistencia interna, sino como un sistema dinámico. Tan esencial es para su mantenimiento la fuerza central como la fuerza de dispersión»[2]. Lo que nos mantiene unidos en momentos de fragmentación grande, lo que puede recomponer lo alejado, es únicamente un proyecto, una idea de acción en común. Ese es el centro del diagnóstico orteguiano, y la realidad es que ni el poder público ni el poder privado han ofrecido a España una visión cohesiva sobre cómo actuar en el presente. Más al contrario, sus propuestas de reformas, en lo político y en lo económico, nos han incitado a permanecer en el enfrentamiento.

Desde la perspectiva de Ortega, este proyecto común serviría también para solucionar el problema de las clases sociales y de la tensión entre ellas. Son partes de un todo, se necesitan, dependen unas de otras, y en la medida en que esa conciencia esté presente, en que cada una de ellas comprenda que su papel no queda aislado del resto, se dará forma a una razonable salud nacional. Nada de eso ocurre en el momento histórico en el que Ortega expone su idea de la vertebración, ya que las tensiones territoriales y las sociales ocupan la vida cotidiana, como venían haciéndolo desde tiempo atrás, y terminarán por explotar violentamente años después. Su explicación de los motivos de esa desintegración social posee caracteres en los que es fácil reconocer a la España del presente. Ortega lo denominó particularismo, un término con el que definía esa situación en la que «cada grupo deja de sentirse a sí mismo como parte, y en consecuencia deja de compartir los sentimientos de los demás. No le importan las esperanzas o necesidades de los otros y no se solidarizará con ellos para auxiliarlos en su afán»[3]. Esos particularismos tienen el efecto añadido de desatar la hipersensibilidad en los malos tiempos: aquello que es soportado sin demasiada molestia en momentos de cohesión se vuelve intolerable en época de desagregación.

En términos territoriales, la España de Ortega hacía equilibrios entre el cariz agresivo de los particularismos de Bilbao y Barcelona, potencias económicas del país, y el resentimiento sordo, ausente de protestas pero también de adhesión, de regiones como Galicia.

Entre la retórica secesionista de unos y el nihilismo de otros se desenvolvía la vida nacional. Del mismo modo, las diferentes clases sociales comprendían el momento desde sí mismas, y ni la monarquía ni la Iglesia, asegura Ortega, pensaban más que en ellas; igual ocurría con los industriales o con los obreros, que trataban de imponer su idea de país al identificar España con sus intereses. En ese terreno, los males nacionales se explicaban no sólo por la ineficacia de los dirigentes sino «por la inmoralidad de nuestros industriales y financieros. Por grandes que sean la incompetencia y desaprensión de los políticos, ¿quién puede dudar que los banqueros, negociantes y productores les ganan el campeonato?»[4]. Y tampoco espera mucho de los obreros, ya que, al encarnar ellos a la totalidad, conforme señala la lucha de clases, no dejan espacio al resto en la sociedad futura. La España que describe Ortega, en la que los intereses de cada estrato son particularistas, conduce a un horizonte esperado, el de la imposición de una sociedad monocolor: la vencedora en el enfrentamiento. Eso fueron la Guerra Civil y los años posteriores de Franco.

Eso ha sido España durante mucho tiempo y no hemos salido de ello. El diagnóstico de Ortega tiene en la ausencia de un proyecto, imposibilitado por los particularismos territoriales, sociales y políticos, el mal primero. Es la existencia de esa perspectiva de futuro lo que impulsa las uniones, y su inexistencia lo que las deshace. Pero esta ausencia también puede ser traducida a un lenguaje menos maximalista o, si se quiere, con raíces más profundas: la legitimidad de los sistemas y de las uniones depende de su éxito. En la medida en que las cosas funcionan, en que la acción en el presente permite esperar un futuro mejor, las distintas partes de la sociedad van encajando en la nueva perspectiva. El desarrollo cohesivo de un país genera estabilidad, ya que las diferencias tienden a disminuir: los beneficios son mayores que los perjuicios. Y este es un punto de vista radicalmente distinto del enfoque en el futuro y en el exterior que la sociedad global ofrecía como proyecto, en la medida en que prioriza la acción constructiva en el aquí y ahora, y que no parte de un porvenir dado al que hay necesariamente que aclimatarse. Implica un proyecto en construcción, que no está cerrado y que se dirige hacia una integración de la sociedad en una visión común y cohesiva.

No es un asunto menor, ni para España ni para Europa. El modo de encarar la anterior Guerra Fría partió de estos presupuestos: había que reconstruir Europa, asentar sus capacidades y generar estabilidad social a través de una prosperidad que alcanzase a todas las capas sociales, lo que aportaría una legitimidad mayor. La visión que forjó esa manera de actuar, la de un presente que avanzaba hacia un sitio mejor, duró muchos años, incluso cuando Occidente dejó de creer en ese proyecto. La inercia conservó la esperanza. No es ya el caso, porque el humor es declinante y la convicción de que el futuro será mucho más complicado que el presente ha arraigado en España y en Europa. La fe en el porvenir no pertenece ya al viejo continente, y tampoco a los países del bloque occidental. En esta nueva guerra fría, esa carencia es un lastre enormemente pesado.

Todo comienza en el centro

Cuando la desvertebración se manifiesta, cuando la sociedad queda constituida por una serie de actores territoriales o sociales que buscan su exclusivo beneficio, regresan al primer plano los reproches acerca del egoísmo dominante, de las características propias de cada uno de esos grupos, ya convertidas en estereotipos. El aire público se envenena de lugares comunes y las acusaciones cruzadas se suceden, al mismo tiempo que surge una suerte de fatalismo, como si estuviéramos encadenados a vínculos ancestrales de los que no es posible desprenderse. El correlato de ese enfrentamiento, una vez percibidas esas partes de la sociedad como irreformables, o al menos como irreductibles al diálogo y los acuerdos, es el arraigo de una mentalidad excluyente: para avanzar más rápido hay que prescindir del fardo que suponen compañías indeseables; no hay posibilidad de avance sin doblegar a todos aquellos que suponen una permanente rémora.

En realidad, sucede todo lo contrario. En toda clase de sistemas, con independencia de la ideología a la que se acojan, el origen de los males es el mismo: es el centro del sistema el que acaba decidiendo el destino de los regímenes, no sus partes. Es el mal funcionamiento del motor el que termina frenando el conjunto y, una vez que eso ocurre, las tensiones entre las partes se multiplican. Por formularlo de otra manera, cuando una sociedad se consume víctima del particularismo es porque el primero que se ha hecho particularista ha sido su centro. Los cambios del sistema suelen iniciarse, y a menudo concluir, de manera violenta, a partir de una peculiar ceguera, ligada a las ambiciones egoístas, de quienes tienen mayor peso en el régimen. La descripción de España que realiza Ortega lo subraya sin ambigüedades: «Castilla ha hecho a España y Castilla la ha deshecho. Núcleo inicial de la incorporación ibérica, Castilla acertó a superar su propio particularismo e invitó a los demás pueblos peninsulares para que colaborasen en un gigantesco proyecto de vida común. Inventa Castilla grandes empresas incitantes, se pone al servicio de altas ideas jurídicas, morales,

religiosas; dibuja un sugestivo plan de orden social; impone la norma de que todo hombre mejor debe ser preferido a su inferior, el activo al inerte, el agudo al torpe, el noble al vil. Todas estas aspiraciones, normas, hábitos, ideas se mantienen durante algún tiempo vivaces. Las gentes alientan influidas eficazmente por ellas, creen en ellas, las respetan o las temen»[5]. Pero cuando ese empuje se detiene, todo se convierte en cartón piedra: «Las palabras vivaces de antaño siguen repitiéndose, pero ya no influyen en los corazones: las ideas incitantes se han tornado tópicos. No se emprende nada nuevo, ni en lo político, ni en lo científico, ni en lo moral. Toda la actividad que resta se emplea precisamente "en no hacer nada nuevo", en conservar el pasado –instituciones y dogmas–, en sofocar toda iniciación, todo fenómeno innovador»[6].

Esta parálisis ha tenido una expresión territorial sustantiva. En la era global, las grandes ciudades encontraron nuevas alianzas, ligadas a las posibilidades de interconexión, a las comunicaciones inmediatas y a la concentración de las actividades en una serie limitada de núcleos urbanos. Las grandes poblaciones nacionales, las que impulsaban y se aprovechaban de la actividad de sus Estados, desataron los vínculos existentes con sus entornos y formaron nuevas redes: fueron urbes globales, como Nueva York, Londres, París, Milán, las que cobraron auge y a las que las capitales nacionales trataron de sumarse. El reparto funcional del capitalismo, con la rapidez creciente en el transporte y la movilidad incesante del capital, con la descentralización empresarial y sus empresas distribuidas, permitió que los centros de las firmas se situaran en metrópolis globales continuamente interconectadas, mientras sus fábricas se ubicaban en localidades remotas a muchísimos kilómetros de distancia. Esa nueva configuración geográfica desconectó a las urbes nacionales de su entorno, al mismo tiempo que multiplicó su actividad, sus opciones laborales y su poder respecto de la economía. El resto de los territorios perdieron oportunidades, habitantes y actividad; la emigración aumentó, especialmente entre los jóvenes; la economía se contrajo, fruto también de las deslocalizaciones. Las regiones desfavorecidas entraron en una espiral peligrosa de menores ingresos, mayor deuda, despoblación y falta de opciones: se quedaron sin futuro. Fue un fenómeno típico de Occidente que modeló una nueva clase de sociedad, con grandes brechas abiertas entre el interior de EEUU

y sus costas, entre Londres y Gran Bretaña, entre París y Francia, entre Milán e Italia.

En España, el fenómeno tuvo una expresión particular, en la medida en que aquí fueron dos las urbes que se desarrollaron, Madrid y Barcelona, y que entraron en clara competencia. Tras la crisis de 2008, esa pugna se decantó definitivamente en favor de Madrid y las elites catalanas se abrazaron al secesionismo como elemento ilusoriamente compensador. Esa red creó también unas nuevas elites globales, una reterritorialización hacia arriba, una nueva distribución geográfica de los recursos y del poder que pensaba en términos egoístas. No promovía un impulso general, no tiraba de su territorio, ni contaba con un proyecto común, simplemente trabajaba para conectarse a la red global. Era un movimiento de desvinculación en el que cada parte trabajaba desde el particularismo, con la peculiaridad de que querían ingresar en una competición que estaba cerrada: sólo unas cuantas ciudades podían jugar en esa liga. Se rompieron los vínculos tradicionales ligados al Estado-nación y surgieron otros nuevos, definidos por dinámicas puramente utilitarias. La España vacía es una consecuencia más de esa tendencia, con el declive de las ciudades intermedias y pequeñas como principal problema.

Lo cierto es que nuestra realidad es consecuencia de una España agotada que, desde hace demasiado tiempo, se desempeña como un país secundario y cuyas elites, es decir, sus centros de poder, se han limitado a aceptar el signo de los tiempos sin la menor iniciativa y con nula preocupación acerca de cómo las nuevas condiciones abocaban al país a su declive. Han aprovechado el momento, han sacado el partido que les era posible, han señalado culpables cuando las cosas se torcían, pero no han puesto en marcha un camino de salida. Las elites españolas se han comportado como esos hijos de la nobleza que viven de un patrimonio familiar que imaginan inagotable hasta que los acreedores comienzan a llamar todos los días a la puerta.

La desvertebración social es un resultado más de la acción particularista del centro, territorial y económico. En las mismas urbes ganadoras, la distribución espacial fue reformada para trazar un claro alejamiento de lo común: las urbanizaciones fueron para

las elites, los PAUs para las clases medias y medias altas, los barrios populares para los emigrantes y el centro gentrificado de la ciudad para los hijos de las clases con recursos. Al mismo tiempo, las clases altas de esas poblaciones trataron de escapar de ellas mediante las conexiones con las elites de otras grandes ciudades. Por una y otra parte, el espacio común, local o nacional, fue desapareciendo, dejando en su lugar las huellas de la huida.

El resultado fue una llamativa fragmentación interior, en la que el punto de reunión, el Estado y sus instituciones, se constituyó como un espacio de reparto más que de potenciación. Fue un lugar de compromisos entre distintos particularismos, gracias al cual las partes con más poder, económico y territorial, lograban sistemáticamente recursos mayores, o mucho mayores, que el resto. Esto no sólo implicaba un perjuicio para muchas regiones o la pérdida continua de posibilidades de las clases medias y de las trabajadoras, sino que subrayaba hasta qué punto el instrumento de poder por excelencia, el Estado, no ejercía como tal, sino que se convertía en la máxima expresión de los particularismos en lugar de en su freno.

Las razas formidables

El otro lado del problema entronca con una de las críticas habituales a la disfuncionalidad de las comunidades autónomas: la descoordinación que generan y su conversión en lo que se denomina despectivamente «reinos de taifas»; una crítica que no deja de contener cierta realidad. En España, el combate entre centralismo y periferia se ha tejido como el intento simultáneo de reforzar los intereses de la capital y los de los nacionalismos periféricos, y ambos han sido bastante exitosos, con la consecuencia obvia de que el resto de regiones han quedado relegadas, por su menor peso político y económico, en ese reparto. No se puede analizar España únicamente desde una perspectiva, como si el eje central detrajera sistemáticamente los recursos estatales en su beneficio, o como si el poder en el Congreso de las formaciones nacionalistas les permitiera obtener más ventajas que el resto, porque es un movimiento que va a la par. En este sentido, Ortega subrayaba algo relevante, que también es muy pertinente hoy. Si bien el inicio de la decadencia de las uniones comienza por su centro, también quienes podrían reemplazarlo como motor nacional deciden renegar del papel principal que podrían desempeñar: «Si Cataluña o Vasconia hubiesen sido las razas formidables que ahora se imaginan ser, habrían dado un terrible tirón de Castilla cuando esta comenzó a hacerse particularista, es decir, a no contar debidamente con ellas. La sacudida en la periferia hubiera acaso despertado las antiguas virtudes del centro y no habrían, por ventura, caído en la perdurable modorra de idiotez y egoísmo que ha sido durante tres siglos nuestra historia»[7].

Una vez que el centro pierde la vitalidad, quienes se hallan en el siguiente escalón deberían aprovechar el frenazo para convertirse en nuevos motores e impulsar el conjunto en nuevas direcciones. Cuando la parte central se detiene, es el momento para que den el paso adelante nuevos actores, en especial los mejor posicionados, y despierten al sistema en su conjunto. En España, quienes podían empujar en el sentido de una mayor integración e impulsar un

proyecto eran Cataluña como segunda región de España y el País Vasco por su situación privilegiada, pero eligieron remedar los vicios del centro. La primera ha sido un buen ejemplo, y no sólo por la deriva soberanista, sino mucho antes de ella. Su opción fue reproducir todo aquello con lo que Madrid estaba favoreciéndose, para lo que trató de construir su propio entorno financiero y energético, de conectarse aún más al circuito global, y a cambio se olvidó de la industria, debilitó a sus pequeños y medianos empresarios, y contribuyó a la tendencia general de deteriorar el peso de los servicios públicos. Paradójicamente o no, todos estos sectores en declive figuraron entre los seguidores más fieles del secesionismo.

En el instante en que Madrid comenzó a conectarse con las ciudades globales y a olvidarse de España, también el País Vasco podía haber empujado al Estado en otra dirección. No fue así: Euskadi inició una reconstrucción industrial exitosa que podría haber servido como modelo para el conjunto de España, pero la limitó a su territorio, apoyándose en las ventajas especiales que tenía sobre otras zonas del país. El motor se paró y los mismos particularismos que aparecieron en el centro se reprodujeron en las comunidades más afortunadas. Eso explica tanto el equilibrismo permanente de los gobiernos españoles como la decadencia generalizada: al velar cada parte únicamente por sí misma, se genera una tensión frecuente entre territorios que no puede ser rebajada; aquello que lo haría posible exige una mirada amplia e integradora de la que todos ellos carecen. En lugar de pensar en cómo crecer, lo hacen en qué van a conseguir del reparto.

La detención del motor no ha ocurrido únicamente en el plano territorial: ha contado con una correspondencia evidente en las clases sociales. El particular cierre sobre sí mismas de las elites de un sistema, su desconexión con el resto de la sociedad, su desinterés por otra cosa que no sea su propio desarrollo (que es la causa primera del fracaso de los sistemas), aparece con insistencia en España. La torpeza e inmoralidad de las elites de la época, subrayadas por Ortega, demostraban hasta qué punto las clases con más poder y, por tanto, con mayor capacidad de actuar se habían refugiado en sí mismas, habían dejado de ejercer un papel colectivo y trataban de dirigir la nación hacia sus intereses privados. En

nuestro tiempo ocurre algo muy similar, en la medida en que las elites se han convertido en un cuerpo extraño, a medio camino entre lo que han sido y lo que son, cada vez más dependientes del exterior: el declive de su poder económico dificulta a buena parte de ellas poseer algo más que dinero, les hace caer en tierra de nadie respecto de esas elites globales con las que aspiran a igualarse, y su capacidad de influencia nacional disminuye. Tampoco han encontrado un relevo en otros sectores: los pequeños y medianos empresarios, mayoritariamente ligados a la economía productiva, han dado su apoyo a las opciones que reforzaban las dinámicas económicas que les eran perjudiciales; las clases trabajadoras no han estado presentes como fuerza social; el sindicalismo conserva únicamente fuerza en el sector funcionarial, y las clases intelectuales han quedado supeditadas por completo a un mundo experto que produce justificaciones para el statu quo. Este proceso arroja a una coagulación de las ideas en palabras inanes y conceptos cada vez más vacíos, al repliegue sobre los dogmas, al sofocamiento de la innovación. Todo ello encuentra un reflejo en la vida política, que se vuelve, como España, cada vez más «suspicaz, angosta, sórdida, agria»[8].

Esta parálisis produce efectos también sobre la elección de los dirigentes de toda clase, políticos, económicos, directivos, intelectuales o especialistas; sujetos a mecanismos de selección, no pueden escapar a la dinámica particularista general, que termina por reproducir en lo personal lo que sucede en lo sistémico. Cada posición debe ser funcional: los distintos particularismos necesitan un núcleo dirigente y esferas de influencia que encajen en los objetivos. La preferencia por los «envilecidos» en lugar de por «los irreprochables» que señalaba Ortega, es una consecuencia lógica: se selecciona a aquellos que saben ganar las guerras de territorios, a los más leales y a los que mantienen las filas firmes en lugar de a quienes se distinguen por su honestidad, su capacidad o su talento. Desde una gran empresa hasta los entornos institucionales, pasando por los mismos partidos políticos, los perfiles que han proliferado han sido los tácticos, los fieles y los ejecutores, mucho más que los planificadores, los especialistas o los creadores.

La falta de creencia en ideas o proyectos, producto de esa reducción a la funcionalidad, provoca que se repitan eslóganes y conceptos vacíos. La palabrería se ha convertido en una constante en las empresas, en los partidos políticos y en las instituciones; abunda la enunciación continua de significantes, siempre importados y ajustados a las modas, que generen sensación de modernidad, de innovación, de engarce con los tiempos. Sin embargo, de puertas adentro, lo que se revela fundamental es la propia carrera, la vinculación con las personas precisas, la elección del caballo adecuado en esas peleas por el espacio que se producen en toda organización. Es un clima puramente pragmático, cuando no meramente hipócrita: «Son gente tan interesada en su país como en la poesía que leyeron en su lejana juventud. Son unos apasionados del bien público en los libros, en las cenas, en los foros y en los seminarios que imparten, pero raras veces en su propia vida, en la que despliegan todas las tipologías del cinismo»[9].

Este desplazamiento desde la profesionalidad hacia la supervivencia produce consecuencias obvias en la realización de sus tareas: la visibilidad se convierte en el objetivo, como la sensación de éxito o la exhibición del trabajo realizado, mucho más que un buen desempeño. Es una lógica contraria a los fundamentos de cualquier profesión, pero estas se debaten hoy entre la realización correcta del trabajo y las exigencias de rentabilidad, sea para ganar las batallas territoriales, sea para forjarse una carrera privada. No es extraño, pues, que suelan hacer carrera no los más capacitados, sino los más vivos, los arribistas o los fieles. Los irreprochables ya no son necesarios, en cambio sí lo son aquellos que saben adaptarse a los intereses particularistas, que encajan en el ambiente y saben cómo desenvolverse, que conocen y manejan las normas implícitas: aquellos que resultan funcionales al poder. El precio es que se conforma un sector dirigente, en la política, en la economía y en la tecnocracia que las acompaña, muy preparado y muy mediocre, tanto en sus aspiraciones vitales como en sus aportaciones intelectuales.

El efecto obvio es la descualificación generalizada en el trabajo, público y privado, y, con ella, la escasez de personas con conocimiento, profesionalidad, experiencia y sentido común. En tiempos precedentes, la mediocridad provenía de entornos jerarquizados y burocratizados que minaban la creatividad de los empleados. Ahora el péndulo está en el otro lado: tenemos demasiados artistas y estrellas, y falta gente que sepa hacer bien su trabajo (o simplemente gente que lo haga). En aquel tiempo, el seguimiento de las normas nos volvía grises; hoy la imitación de las grandes visiones nos convierte en incompetentes. Estos entornos anquilosados, que acogen y promueven personalidades formadas, con currículo y con expertise, pero cerradas al exterior y sin mayores aspiraciones que su mejora en estatus y recursos, son el centro de la pobreza intelectual contemporánea.

Es difícil, en este contexto, abordar los problemas de fondo. Cuando salen a relucir, lo hacen aplanados, sin aristas y sin filos. Incluso si la conversación pública gira hacia asuntos relevantes, en estas manos mediocres es complicado que encuentren una solución, porque sólo se manejan lugares comunes. Siendo este uno de los males españoles más relevantes, no es exclusivo. La cantidad de

estupidez funcional que se ha desarrollado en las democracias occidentales en las últimas décadas es apabullante, y sin ella no podría explicarse nuestra decadencia.

Una sucesión de pronunciamientos

En este escenario de humor tenso, de nivel de vida en descenso y de descreimiento institucional, no es extraño que haya crecido un fortísimo sentimiento antielites. La sensación de declive y la correspondiente indignación encuentran en los políticos una diana preferente, como si fueran los únicos responsables. La idea de que son personas vulgares e interesadas, que emprenden la carrera pública únicamente como medio de obtener ventajas privadas, está en el centro de la percepción social. Ese defecto de partida, la convicción de que al final nuestra sociedad se desenvuelve en la hipocresía y que los políticos son los peores de todos porque invocan las grandes palabras para conseguir poder y riqueza, es el que impulsa las opciones antisistema. En la medida en que los nuevos líderes rebeldes aseguran desprenderse de la falsedad constitutiva de la política contemporánea y se muestran más sinceros y desacomplejados, han suscitado simpatías y apoyo.

Pero ese planteamiento tiene algo de falso, como señala Ortega. Los políticos no constituyen un corte con el resto de la sociedad; no son una parte corrupta que, convenientemente amputada, permitiría que la vida pública funcionase correctamente: «Diríase que los políticos son los únicos españoles que no cumplen con su deber ni gozan de las cualidades para su menester imprescindibles. Diríase que nuestra aristocracia, nuestra Universidad, nuestra industria, nuestro Ejército, nuestra ingeniería, son gremios maravillosamente bien dotados y que encuentran siempre anuladas sus virtudes y talentos por la intervención fatal de los políticos. Si esto fuera verdad, ¿cómo se explica que España, pueblo de tan perfectos electores, se obstine en no sustituir a esos perversos elegidos? Hay aquí una insinceridad, una hipocresía»[10].

Los políticos no son un mundo aparte, sino una cristalina expresión de la relación de fuerzas sociales y de sus preferencias, y también de las formas de actuar y de ser de un país. No hay dos categorías, los políticos y los españoles, tan sólo una: formamos parte de lo mismo,

y es complicado atribuir defectos generalizados excluyéndonos de ellos. Es cierto que la capacidad de decisión de los representantes públicos es mucho mayor que la del ciudadano común, pero también lo es que su marco de acción es cada vez más estrecho, que actúan, en cuanto parte de las elites españolas, como representantes territoriales del poder global y que, por tanto, no dejan de ser meros lugartenientes. Sin embargo, es la capa social que concita los mayores odios, se los convierte en cortafuegos que impiden que el sentir antisistémico se propague. Personalizar las críticas y referirlas a personajes concretos y a sus cualidades negativas resguarda las esencias.

No obstante, no se puede abrir una brecha de desconfianza en la política sin dañar las instituciones en sí. Una vez el aliento antipolítico ha prendido, tiende a extenderse, no a limitarse. Por eso los líderes de la derecha populista se han mostrado como políticos antisistema, ya que han sabido leer el sentimiento latente en las poblaciones, así como la profundidad de la crisis de legitimidad. La antipolítica crece, pero no como propuesta de una sociedad diferente, lo que sería profundamente político, sino como un juego que bordea los límites y cuyo objetivo último suele ser convertir a los oponentes en peligrosos para la democracia. Esta prolongación de los particularismos, en la que cada facción representa el orden legítimo, autoriza a amenazar a las opciones diferentes con la expulsión del espacio público, ya sea por fascistas, comunistas, populistas o totalitarios. El elemento dañino último de los rivales no son sus acciones, que pueden incluso ajustarse a derecho, sino su esencia misma.

Por eso buena parte de las declaraciones, de los eslóganes y de las ideas que se manejan en el debate público se parecen demasiado a aquello que dio en llamarse pronunciamientos y que Ortega describía con nitidez. Los enuncian gentes seguras de sus ideales, pero no desde una convicción racional, sino perversa: «Cuando un loco o un imbécil se convence de algo, no se da por convencido él solo, sino que, al mismo tiempo, cree que están convencidos todos los demás mortales. No consideran, pues, necesario esforzarse en persuadir a los demás poniendo los medios oportunos; les basta con proclamar, con “pronunciar” la opinión de que se trata; en todo el que no sea miserable o perverso repercutirá la incontrastable

verdad»[11]. Los alzamientos militares consistían exactamente en esta convicción: no se preocupaban de las fuerzas con las que contaban, puesto que, siendo tan evidente aquello que promovían o reclamaban, en cuanto su voz se hiciera oír, la población española se sumaría inevitablemente a la revuelta. Creían que «con dar ellos el “grito” en un cuartel toda la anchura de España iba a resonar en ecos coincidentes»[12]. No iban, pues, a luchar, sino a tomar posesión del poder. Esta dinámica está demasiado presente en nuestra sociedad, ya que las posiciones ideológicas no se apoyan en argumentos y declaraciones que pretendan convencer, sino que reclaman en voz alta el lugar que les corresponde, toda vez que están enunciando una verdad incontestable. La antipolítica, en última instancia, no consiste en el rechazo del sistema, sino en una sucesión de «pronunciamientos».

La lucha de clases entre letrados e iletrados

Después de realizar un diagnóstico preciso, en el que señala la necesidad de un proyecto que ejerza de motor unificador y aborda las diferentes brechas que amenazan a la sociedad española, Ortega llega a una conclusión sorprendente, porque desplaza el razonamiento a un plano muy distinto del inicialmente propuesto. En lugar de ahondar en las partes con más peso en la estructura social, pone el acento en el sentimiento antielitista como responsable primero de las disfunciones: «En las horas decadentes, cuando una nación se desmorona, víctima del particularismo, las masas no quieren ser masas, cada miembro de ellas se cree personalidad directora, y, revolviéndose contra todo el que sobresale, descarga sobre él su odio, su necedad y su envidia»[13].

Desde la perspectiva de Ortega, en toda sociedad, sea cual sea su organización política, late una realidad histórica, que es la acción de la minoría sobre la masa. Cuando esta se resiste a seguir a la minoría directora, la sociedad se desmiembra y sobreviene la invertebración social. «Las épocas de decadencia son las épocas en que la minoría directora de un pueblo –la aristocracia– ha perdido sus cualidades de excelencia, aquellas precisamente que ocasionaron su elevación. Contra esa aristocracia ineficaz y corrompida se rebela la masa justamente. Pero, confundiendo las cosas, generaliza las objeciones que aquella determinada aristocracia inspira, y, en vez de sustituirla con otra más virtuosa, tiende a eliminar todo intento aristocrático. Se llega a creer que es posible la existencia social sin minoría excelente»[14].

Ortega deshace todo el camino recorrido para encontrar una explicación peculiar a los males españoles: la incapacidad de la gente común para someterse voluntariamente a los dictados de los mejores. No es una conclusión ideológicamente extemporánea, ya que responde a la desconfianza latente en la época, y en especial en la esfera política a la que el filósofo pertenecía, respecto de la inmanejabilidad de las sociedades. Durante el siglo xix, subyació

una prevención profunda entre las elites con relación a los efectos que podría producir la incorporación de las masas a la política, que fue inevitable tras la implantación del sufragio universal. El principio del siglo xx reforzó ese sentimiento, por cuanto las clases obreras se estaban articulando en partidos de masas, y las tensiones imperialistas habían mostrado sus consecuencias en la Primera Guerra Mundial. Cuando Ortega publica España invertebrada, toda Europa está sometida a tensiones profundas, ancladas a los problemas económicos que supuso la posguerra, los cambios culturales generados por la industrialización y las transformaciones políticas de calado. La presencia de las masas en la política y en las instituciones parecía inevitable, por lo que la desconfianza se trocó a menudo en alarma.

La visión de Ortega coincidía con el planteamiento que Gustave Le Bon había hecho popular con La psicología de las masas, su obra de 1895. Las multitudes eran percibidas como un riesgo civilizatorio, ya que la simple reunión de seres humanos en muchedumbres suponía una regresión instintiva. Convertía a personas razonables en seres impulsivos e irritables, movidos por las pasiones y carentes de voluntad duradera. En el anonimato, y refugiados en la impersonalidad de la multitud, se dejaban llevar por las emociones: volvían a ser bárbaros.

Ortega ahondará en ese sentimiento en La rebelión de las masas, donde subrayará lo que apunta en España invertebrada y construirá una tipología en la que muestra cómo la influencia de las multitudes ni siquiera necesita de la reunión física para hacer efecto. El carácter y la mentalidad de los ciudadanos se han transformado hasta el punto de que el hombre común ha interiorizado los rasgos emocionales regresivos típicos de las masas. Los seres humanos que «se niegan a atender a nada ni a nadie» y que «son incapaces de dejarse dirigir por ninguna orden»[15], cuya indocilidad se alía con el capricho y que exhiben una negativa tozuda a escuchar las voces que podrían guiarles, son demasiado comunes en la época y constituyen la esencia última de sus males. La atribución a elementos culturales de lo que era una invertebración en todos los órdenes no es más que uno de esos movimientos, tan propios de nuestro tiempo, que confunden interesadamente causas y consecuencias. Tras analizar con energía y

rigor la importancia de un proyecto y la necesidad de un motor, después de constatar que las partes principales de la sociedad, tanto en su aspecto territorial como de clase, se habían convertido en particularistas, lo que había provocado que la sociedad se detuviera, Ortega trata de evitar las consecuencias lógicas de su análisis y encuentra una salida intempestiva: el hombre común se ha vuelto tan individualista que se niega a escuchar a las elites.

En un entorno de decadencia, los ciudadanos tienden a interiorizar los defectos de sus sociedades, y el deterioro de los valores colectivos arraiga en los individuos: el egoísmo, la búsqueda del interés particular, el deseo de placeres inmediatos o de poder y riqueza fáciles se vuelven mucho más comunes. Esas tendencias conforman también nuestra época, y conviene no obviarlo. Sin embargo, atribuir el declive a esas pulsiones es un desplazamiento ideológicamente interesado. La esfera liberal elitista a la que pertenecía Ortega estaba presa de una visión que recorrió el siglo xix, que desapareció tras la Segunda Guerra Mundial y que ha vuelto a emerger con mucha fuerza en los últimos tiempos. En el fondo de su razonamiento aparece el fantasma del pueblo como peligro para una configuración razonable de la democracia.

Es un sentimiento que estuvo presente en todo el pensamiento antiparlamentario europeo del siglo xix, ya fuese como preocupación ante un pueblo que era incapaz de entender los valores últimos que sostenían a las instituciones, como alerta ante fuerzas emergentes que pretendían romper el orden vigente o, con mucha más frecuencia, como desdén por los aventureros de clase baja que concurrían a la política para obtener riquezas y para ello engañaban a sus votantes con promesas falsas. Un pueblo dominado por las pasiones era presa fácil para sujetos ambiciosos que excitaban los bajos instintos. Resulta sencillo encontrar aquí la correspondencia con los argumentos que el liberalismo institucional pone en juego hoy para conservar su posición, que parten de la misma base y alientan la misma lectura: los ciudadanos crédulos que se tragan las falsedades que circulan por las redes o que escuchan en medios de comunicación antisistema, son una continuación de esas masas iletradas y regresivas que resultan muy fáciles de engañar con mentiras y promesas falsas. Basta con comparar lo que Gustave Le Bon señalaba de su época con lo que

hoy se afirma de las redes: «El individuo integrado en una multitud adquiere, por el simple hecho del número, un sentimiento de potencia invencible, merced al cual puede permitirse ceder a instintos que, antes, como individuo aislado, hubiera refrenado forzosamente. Y se abandonará tanto más gustoso a tales instintos cuanto que por ser la multitud anónima, y en consecuencia irresponsable, desaparecerá para él el sentimiento de la responsabilidad»[16].

Hallar en las personalidades permanentemente díscolas o en las masas crédulas la causa última de la decadencia supone evitar el plano en el que Ortega ha planteado el problema. En primera instancia, porque identificar el gobierno de las minorías con el de la excelencia es introducir una variable irreal, como si el mérito fuera el camino habitual de la conformación de las elites. El poder no funciona de esa manera y se gana o se pierde por muchos otros motivos, pero la virtud no suele ser ni el principal ni el más frecuente. Las sociedades se organizan, y esto ha ocurrido a menudo históricamente, en redes de poder minoritarias, pero la forma en que se configuran no proviene del reconocimiento de la excelencia. En ocasiones, los gobernantes han poseído cualidades estimables, pero han sido excepciones a la norma. Ese gobierno de los mejores era una aspiración de Ortega y, por tanto, un proyecto político, pero resulta difícilmente constatable en la Historia.

En segundo lugar, y como elemento esencial, poner el acento en las masas cimarronas es un modo popular y usual de no afrontar los dilemas de la época, ya que reconvierte en puramente culturales problemas que son estructurales. Los sistemas comienzan su decadencia cuando el motor se para, y eso sucede cuando su centro se coagula. Dado que Ortega afirma que es la minoría directora la que, al volverse particularista, inicia ese proceso, tanto en el plano territorial como en el de clase, carece de sentido obviar el punto de partida. Sin embargo, en lugar de señalar el fracaso de las elites, prefiere poner el acento en la negativa del hombre común a ser dirigido, lo que, a la postre, complica muchísimo cualquier solución.

Ocurre frecuentemente en las épocas de decadencia. Las elites en declive, que se enfrentan a resistencias sociales crecientes, se

lamentan de su pérdida de poder y tratan de encontrar una justificación que resguarde su legitimidad. Al señalar algo informe, como un pueblo que aisladamente considerado es racional, pero que sometido a engaños (que en nuestra época denominan desinformación o noticias falsas) se convierte en un pozo instintivo fácil de manipular, se cae en la misma trampa particularista que Ortega criticaba. Las elites pueden atacar a las masas revistiéndolas de características negativas, pero pertenecen a la misma sociedad que ellas y, como bien ha señalado el filósofo español, las conforman, por lo que no cabe lanzar contra las masas una acusación que no regrese hacia las elites mismas. Sin embargo, este desplazamiento de la responsabilidad hacia unas partes de la sociedad que se dejan llevar por pasiones oscuras, permite a las minorías directoras mantener una legitimidad superior y configura el orden social como una suerte de lucha de clases entre letrados e iletrados, sectores raciones e irracionales, formados y no formados, científicos y crédulos. Posibilita mantener el sentido común del lado de las elites, que representarían la razón y el conocimiento, frente a sectores desestructurados de la población que se dejan llevar por los instintos. Por tranquilizador que resulte devolver los problemas sociales a la pelea entre la razón y la pasión, aboca en realidad a un inmovilismo que sólo puede ser resuelto mediante opciones impositivas que obliguen a las masas a seguir, por su bien, el camino que las minorías directoras les marcan, y ya conocemos lo que eso quiere decir. En momentos de declive, las elites, enfrentadas a dificultades, se vuelven contra el pueblo, al que culpan de los males que deben afrontar, y, en lugar de tomar consciencia de las causas e intentar solucionarlas mediante proyectos integradores, apuestan por los disgregadores, cuyo propósito es dominar el descontento y no disolverlo. Eso explica también muchas de las disfunciones que ha vivido y vive nuestro sistema.

Esa prevención frente a poblaciones que no saben gobernarse a sí mismas no constituye una pulsión orteguiana, sino que ha estado presente en los sistemas de gobierno europeos del siglo xix y principios del xx. Los controles constitucionales de muchos países europeos estaban tejidos con estas suspicacias, lo que fomentó la creación de instituciones, como los tribunales constitucionales y administrativos, que tenían como misión esencial ejercer una supervisión constante sobre la política. En otros casos, los militares tomaron un papel principal en los gobiernos, ya que ejercían de recurso securitario último frente a la agitación que suponían sociedades atravesadas por el ascenso de la burguesía y el naciente proletariado. La cultura militar, con su nacionalismo, el amor a la patria y al deber, su respeto a la jerarquía y la obediencia a la corona, era idónea para avalar la continuidad de las instituciones dominantes en tiempos convulsos. Por un camino o por otro, las elites de la época buscaban instrumentos de estabilización de sociedades que estaban mutando y que podían girar hacia pulsiones revolucionarias. Lo popular como sinónimo de riesgo era una constante.

Después de la Segunda Guerra Mundial, esas tensiones fueron rebajándose, en la medida en que las democracias fordistas liberales permitieron que la política ganase cuerpo y mando. Algo de la anterior suspicacia permaneció, ligada a la Guerra Fría. En esa época, el sur de Europa era percibido desde el ámbito anglosajón como un espacio potencialmente peligroso por razones culturales, fruto también de la desconfianza con que los protestantes observaban a los católicos. Cuando toda Europa Occidental estaba gobernada por democracias, en el sur los militares estaban al frente de gobiernos de países como Portugal, España o Grecia, lo que parecía totalmente aceptable a los expertos en política exterior estadounidense, ya que éramos Estados que tendían a la rebelión y a la falta de aceptación de la autoridad: gobernantes firmes que aplicasen mano dura eran precisos para mantener la estabilidad

frente a la amenaza comunista.

Esta idea ha adquirido una expresión diferente en nuestra época. El momento más manifiesto de estas tendencias reside en la construcción de una esfera tecnocrática conformada por un conjunto de expertos independientes. Apoyándose en un conocimiento especializado, demasiado complejo para el conjunto de la ciudadanía, configuraron una red, ya fuese en el Banco Central Europeo, en las instituciones de la UE o en los organismos internacionales, que operaba por encima de los gobiernos nacionales. El recelo respecto de las poblaciones y de los políticos que las representaban estaba muy presente, ya que ese exceso de democracia que llevaba a los ciudadanos a exigir más prestaciones públicas y a los políticos a satisfacer esos deseos a través de un gasto mayor hacía necesaria una esfera de supervisión y vigilancia con poderes decisores que corrigiesen las disfunciones económicas de las democracias. Eran personas cuya legitimidad no nacía, como en el pasado, de su experiencia militar, ni tampoco de su capacidad interpretativa de las normas y de los principios generales del ordenamiento de un país, sino de un conocimiento económico que permitía decidir objetivamente acerca de las medidas necesarias para un Estado o un conjunto de ellos. Esa esfera tecnocrática ha operado en varias escalas, desde la tarea de prescripción de las instituciones internacionales hasta la de supervisión directa y exhaustiva de los «hombres de negro», o, cuando era necesario, mediante el nombramiento de un tecnócrata, como pasó con Draghi, para dirigir un país. En todos los casos, la legitimidad partía del mismo lugar: la existencia de poblaciones que se resistían a adoptar las reformas necesarias y que precisaban de disciplina económica y de un control firme que las obligase a tomar el camino adecuado. Las minorías selectas volvían a dirigir a ciudadanos iletrados que se dejaban llevar por sus impulsos y a políticos que no valoraban los efectos de sus acciones porque buscaban ante todo ser reelegidos. El viejo sentimiento antiparlamentario del siglo xix encontró a finales del xx y en los inicios del xxi una expresión renovada, ahora en una dimensión global.

Ortega pertenecía a esta misma tradición ideológica que no percibía la política tanto en términos partidistas y de enfrentamiento entre izquierdas y derechas como desde la necesidad de conservación de

una esfera ilustrada que empujase las sociedades hacia el lado correcto. Desde esa visión era comprensible la famosa fórmula enunciada por el filósofo: «España es el problema, Europa la solución». La mirada anglosajona respecto al sur de Europa durante la Guerra Fría y la acción de supervisión y control de las instituciones económicas y de la UE tras 2008 eran plenamente orteguianas. En España, como había señalado el pensador, se daban rasgos de carácter que nos conformaban como un pueblo revoltoso y demasiado proclive a negar la autoridad de los mejores. Los españoles éramos un pueblo que odiaba «a toda individualidad selecta» y que, «siendo vulgo», se juzgaba apto «para prescindir de guías y regirse por sí mismos». Las masas, «una vez movilizadas en sentido subversivo contra las minorías selectas, no oyen a quien les predica normas de disciplina». La verdadera razón del gran fracaso hispánico es «la rebelión sentimental de las masas, el odio a los mejores, la escasez de estos»[17].

Esa desconfianza respecto de lo español ha sido recurrente entre nuestras elites. Su reacción de las últimas décadas, y más especialmente desde 2008, se ha materializado en la insistente apelación a las instituciones internacionales y a la misma UE para que trajesen algo de cordura a la política española y presionaran para poner fin a las disfunciones nacionales. En la medida en que los españoles éramos incapaces de actuar con la prudencia y la frugalidad precisas, éramos presa fácil de políticos oportunistas que ignoraban la necesidad de realizar reformas económicas profundas. Resultaba precisa una presión exterior, urdida en términos tanto expertos como morales, para domesticar esos instintos y dirigir España hacia el lugar correcto. Todavía hoy, en una época sistémicamente diferente, esas apelaciones a que la UE arregle lo que se percibe roto en la esfera nacional siguen estando presentes; a menudo en términos partidistas, pero siempre desde la profunda desconfianza en lo español, como si la visión de Ortega hubiera penetrado hasta la raíz en la mentalidad de nuestras elites.

Sin embargo, esa lectura de la orteguiana «España como problema y Europa como solución» es hoy un sinsentido. En parte, porque se ancla en una dirección económica perniciosa tanto para nuestro país como para Europa; en segundo lugar, porque el diagnóstico realizado en España invertebrada constituye un reflejo nítido de los

profundos males europeos contemporáneos.

La vanguardia mundial

El cúmulo de dificultades que Ortega describe en la España de hace cien años son también problemas de la Europa contemporánea. La vertebración deficiente, un motor gripado que ha pensado en términos propios, unas elites ignorantes de la posición estructural en la que se encuentran en la época de la desglobalización, el aumento de las tensiones internas entre las distintas regiones que componen el continente y una actitud que se asemeja a la de una fortaleza asediada mucho más que a la de un territorio en ascenso dan forma a los dilemas que debe afrontar la UE.

Son problemas que tarde o temprano tenían que aparecer, porque la Unión Europea, que ha sido una extensión de la idea alemana, fue el espacio en el que la globalización tuvo su centro ideológico principal. El futuro había llegado y, con él, otra expresión del poder. En la época del fin de la Historia, la convicción de que tanto los intercambios mercantiles como la fuerza de la ley darían forma a un orden nuevo, en el que la geopolítica y la fuerza de las armas quedarían relegadas a su aspecto disuasorio, arraigó con gran éxito. Alemania era el país perfecto para confiar en esa solución. Después de dos guerras mundiales perdidas, con una sociedad que conocía bien los peligros de la militarización, con una población considerable –más aún tras la reunificación germana– y con una notable fortaleza económica, era el espacio indicado para proclamar que la era del derecho y del comercio había llegado para quedarse. El entusiasmo alemán fue secundado por muchos países europeos que se vieron atraídos por lo que significaba una Europa comercial y económicamente unida, que defendía valores firmes y que prometía paz y prosperidad. El caso de España es significativo, ya que el país albergaba un gran deseo de incorporarse a la esfera europea después de décadas de aislamiento. La llegada de la democracia suponía la condición de posibilidad para sumarse a una región próspera y moderna, y esa voluntad de puesta al día disparó el entusiasmo por integrarse en el bloque europeo.

Hasta 2008 el cuestionamiento de la Unión Europea fue minoritario entre las poblaciones del continente. La UE se construyó desde la confianza en que representaba el futuro, que esa alianza entre moneda y ley construiría el mundo, y, por tanto, situarse en contra de la Unión, de sus propósitos y de sus valores, implicaba un deseo peligroso de aferrarse al pasado, a la ideología y la demagogia, a la nostalgia de los viejos Estados-nación. El mundo se iría transformando gradualmente en democracias liberales sostenidas en el libre mercado y en la ayuda al desarrollo, y las naciones convergerían en un sistema económico común y un orden institucional global. La Unión Europea no era una propuesta regional sino un modelo para el mundo.

Como se ha indicado, a la cabeza de ese proyecto estaba Alemania. Económicamente poderosa y militarmente débil, era la primera interesada, por sus circunstancias y por su historia, en impulsar un orden internacional basado en reglas y en el poder blando: «Europa era la vanguardia mundial y Alemania, habiendo digerido a fondo sus lecciones históricas y geográficas, se consideraba a sí misma como la vanguardia dentro de la Unión Europea»[18].

Toda esa efervescencia fue rompiéndose a partir de la crisis financiera de 2008, con poblaciones cada vez más reacias a formar parte del proyecto europeo y con la traumática salida del Reino Unido. La guerra de Ucrania ha supuesto un golpe muy duro a esa arquitectura, y la desglobalización trae complicaciones adicionales al continente. En el camino entre el entusiasmo inicial y las dificultades actuales, cabe preguntarse qué salió mal. Si era tan buena idea, ¿por qué ahora la UE se ve envuelta en problemas serios?

Las respuestas estaban latentes desde su misma construcción. La idea de un espacio en el que la política y la geopolítica iban a estar ausentes tenía mucho de idealismo. El rechazo expreso de aquello que había hecho fuerte a los territorios históricamente, como era la dirección política, la unidad económica y la protección frente al exterior, contenía la creencia de que bastaba con configurarse como potencia económica e ideológica para jugar la partida en los nuevos tiempos. Una idea de esa clase sólo podía generar problemas, y así fue desde sus inicios, pero entonces el viento soplaba de espaldas.

La UE, al supeditar la política a la economía y olvidar la geopolítica, fue un reflejo perfecto de la globalización. Por tanto, ha sido también el espacio que más ha sufrido sus deficiencias y el que tiene un encaje más difícil en un momento como el presente.

La primera debilidad interna tuvo que ver con una articulación defectuosa: organizar la unión a través de una moneda, el euro, dirigida por un banco central independiente de las decisiones democráticas y con el único mandato de evitar la inflación, sin unión fiscal, sin presupuesto común y sin una estructura política a la misma altura que la económica, llevaba necesariamente a que aumentasen las disparidades entre los distintos Estados y regiones que conformaban el espacio europeo.

Las lecciones orteguianas sobre los particularismos resultan especialmente pertinentes en este caso, ya que la UE no sólo los toleró, sino que se configuró desde una estructura que los fomentaba. No se trataba únicamente de que las decisiones relevantes debieran tomarse por unanimidad, o de que los países políticamente díscolos puedan encontrar vías de escape a través de las propias normas comunitarias, ni de que las sucesivas ampliaciones introdujeran en el mismo espacio a países con necesidades, visiones, culturas y aspiraciones diferentes, sino de que el carácter particularista estaba presente en el mismo punto de partida.

El diseño del euro suponía una gran ventaja para Alemania, ya que le permitía impulsar su industria y las exportaciones, que se beneficiaron de un tipo de cambio más bajo que el que hubieran conseguido con el marco, con lo que el país germano consiguió superávits enormes y continuos, y grandes facilidades para financiarse, como los bonos a 10 años a interés muy bajo o incluso a tipos negativos. A Alemania le iba especialmente bien con el euro, y esto ratificaba su carácter de ejemplo para el mundo. Si en otros países la unión tenía un efecto perjudicial, era a causa de una gestión política inadecuada o por la resistencia a abandonar prácticas dañinas. Dicho de otra manera, si a otras zonas les iba mal es porque no habían imitado suficientemente el modelo germano. Dado que la fórmula que el centro de la UE estaba siguiendo era la correcta, bastaba con imitar su camino para convertirse en otra

Alemania. En esa retórica se han desenvuelto muchos años europeos, en los que se ha pasado por alto que esas divergencias eran estructurales y dependían poco de los cambios internos que se impulsaran en países concretos. El centro de Europa, su motor, estaba actuando en términos particularistas y, en lugar de dotar de impulso al conjunto de la UE, estaba recogiendo los réditos de una arquitectura que le beneficiaba.

Alemania estaba repitiendo a nivel regional el movimiento que EEUU llevaba a cabo a escala global. Si una moneda, el dólar, permitía a los estadounidenses expandirse, al mismo tiempo que les posibilitaba financiar sus déficits, Alemania ampliaba sus posibilidades exportadoras gracias a la existencia del euro, que le evitaba la apreciación continua que hubiera sufrido con el marco, y captaba grandes cantidades de capital porque se había constituido en el refugio seguro de la zona euro.

Al actuar de esta manera, Alemania y Francia, potencia geopolítica reconvertida en simple lugarteniente, producían las condiciones de la desvertebración europea. Del mismo modo que, a resultas de la globalización, las grandes ciudades crecían y los territorios que las rodeaban perdían posibilidades y recursos, las partes afortunadas de la UE veían cómo sus cifras macroeconómicas mejoraban, mientras el resto iniciaba un proceso de declive. En el nuevo contexto cada país utilizó una táctica para resituarse y cada Estado buscó sus ventajas. Irlanda se constituyó como paraíso fiscal; Holanda actuó de manera similar aprovechando su posición como plataforma de acceso a la UE y centro logístico, ventaja que le otorgaba el puerto de Rotterdam; Hungría fabricó bienes de consumo industrial para empresas alemanas; Chequia y Eslovaquia se especializaron en la industria automovilística, Austria en la tecnología de producción avanzada y Polonia en máquinas y vehículos. En esa distribución de espacios alrededor del país dominante, los Estados meridionales fueron perdiendo recursos, potencia e influencia, Francia incluida. España se especializó en el turismo, en la construcción inmobiliaria y en los servicios. Como el resto del sur de Europa, su espacio industrial se redujo y reconvirtió su economía en una de bajos salarios para resultar más competitiva[19].

Los evidentes conflictos que provocó una construcción desigual

fueron pasados por alto. A menudo surgían tensiones, que eran resueltas argumentando que la solución era más Europa, no menos; que había que caminar en la dirección de una mayor integración, política y económica, lo que nunca terminaba de suceder. Había pocos incentivos para que ocurriera, dado que la relación de fuerzas beneficiaba los intereses particularistas del centro de la Unión. A partir de 2008, esas diferencias alcanzaron niveles de oposición significativos, dada la manera intelectualmente burda en que fue solucionada la crisis. Pero, puesto que la Unión era un modelo para sí misma y para el mundo, era muy complicado reconocer que tenía fallas. Y si existían, eran mucho menores que los beneficios que aportaba. La acusación se devolvía a quienes la realizaban: si hubieran seguido la senda correcta y los déficits de modernización se hubieran corregido, los problemas de la deuda nunca hubieran estallado.

Era inevitable, pues, que las identidades nacionales regresasen con fuerza y que la falta de cohesión generase hostilidad hacia la UE. La salida de Reino Unido fue una demostración palpable de esa animadversión, y en otras muchas zonas crecía el deseo de separación, que se combatió con el marco discursivo de la guerra de clases orteguiana entre formados y no formados: personas bienintencionadas, pero con escasa claridad de pensamiento, se dejaron llevar por las pasiones, fueron engañadas por los ambiciosos políticos británicos, por sus falsas promesas y por las fake news, y se revolvieron contra un orden que en realidad las beneficiaba.

Dado que esa actitud no soluciona el problema de fondo sino que lo empeora, la aparición de la desglobalización y la guerra de Ucrania van a suponer mayores tensiones. Si no se da una respuesta integradora, en el sur europeo las posiciones que pretenden distanciarse de la UE aumentarán, como sucederá, por razones contrarias, en los territorios del norte: una vez que Alemania y sus socios han girado hacia el este como espacio de provisión de mano de obra barata, consideran prescindibles a los territorios mediterráneos, a los que perciben como simples deudores. El Este, por su parte, posee una agenda propia que se ha dejado sentir especialmente en la guerra de Ucrania. Los particularismos, que dominaron en la época en que la UE era un ejemplo para el mundo,

se sentirán con más fuerza ahora que el giro geopolítico, con la invasión rusa y el golpe estadounidense sobre el tablero global, nos dirige hacia un escenario diferente. La política y la geopolítica, aquello que Alemania quiso evitar, han iniciado su venganza.

La altivez ideológica

Alemania es hoy un país con notables dificultades, y por méritos propios. Parece un contrasentido incidir en el mal momento germano, el Estado con más músculo económico, financiero y productivo de la eurozona, sobre todo si se lo compara con España o Italia, pero lo cierto es que ha dilapidado todo aquello que la estructura de la UE puso en sus manos. Uno de sus principales errores fue, paradójicamente, el de no saber manejar la economía. El exceso de capital que le generaron su posición en el euro y las reformas internas que instigó, como detallan Pettis y Klein[20], se invirtió de manera incompetente, entre otras cosas, en el ladrillo europeo, en las cajas españolas o en las subprime estadounidenses, con resultados catastróficos. En lugar de orientar esas grandes cantidades hacia la economía productiva, Alemania especuló con ellas y provocó una innecesaria y avariciosa exposición a los derivados que los bancos estadounidenses le vendieron. Las malas inversiones germanas supusieron que España tuviera que rescatar con dinero público las cajas de ahorro para que los bancos germanos no resultaran aún más dañados y, con ellos, la esfera financiera global.

Ese fue un instante crucial, por cuanto hubo que decidir qué camino tomar para superar la crisis. Fue el momento de cambiar el paso y de recomponer la Unión para que adquiriese una posición más sólida. Fue entonces cuando se pudo tomar conciencia de las trampas a las que abocaba la insistencia en la expansión y el enfoque en el exterior. Pero se prefirió persistir en la fórmula que beneficiaba al norte europeo, y Alemania, convencida de que bastaba con apretar los presupuestos públicos de los Estados meridionales para regresar al momento de efervescencia anterior, prosiguió con su proceso de desarme político y geopolítico. La era Merkel no fue un periodo dorado, sino «el momento en que Alemania perdió su ventaja tecnológica debido a un enfoque mal dirigido a los superávits fiscales y la falta de innovación»[21]. El resultado fue dinero dilapidado, falta de cohesión interior y pérdida

de valor tecnológico.

Pudo haber sido de otra manera: si Alemania hubiera dedicado el exceso de capital a una finalidad distinta, si hubiera comprendido algo tan evidente como que su fortaleza dependía de impulsar un mercado interno poderoso, que debía fortalecer industrias estratégicas y retener áreas clave, como la tecnológica y la digital, y que debía recomponer el poder adquisitivo de su población para impulsar el consumo y el crecimiento, las cosas serían hoy diferentes. Si hubiera sido consciente de que la UE debía avanzar en el camino de crear un espacio europeo fuerte, en lo económico, lo político y lo geopolítico, las facturas de esta época serían mucho más fáciles de afrontar.

No ocurrió así. Alemania siguió confiando en su lugar ejemplar en el mundo global, lo que la llevó a depender todavía más de los mercados anglosajones en lo financiero, de EEUU en las nuevas tecnologías, de Rusia en la energía y comercialmente de China. No poseía ninguna de las capacidades estratégicas que permiten asentarse en una posición relevante. Es complicado desaprovechar todas las oportunidades que Alemania tuvo en la mano para sí misma y para Europa, pero lo cierto es que las tiró por la borda. Y si bien los errores son fáciles de señalar a posteriori, también lo eran en su momento: bastaba con recordar los engranajes que han hecho fuertes a los territorios a lo largo de la Historia.

Más allá de lo ideológico, la UE afrontaba dificultades orteguianas para cambiar de rumbo que iban más allá del interés alemán en perpetuar ilusoriamente su posición de ventaja. Una vez que el proyecto se detuvo, no hubo reemplazos, ni territoriales ni de clase, que otorgaran un nuevo empuje a la Unión. Francia, el segundo país más importante de la misma, quedó relegada a un papel extrañamente subordinado y seguidista, cuando nada de lo que estaba ocurriendo le procuraba beneficio alguno, pero careció de la iniciativa y de la energía precisas para proponer una nueva dirección. Las elites económicas de los países europeos sacaban partido de la arquitectura global y continuaban fijadas en su interés privado, aunque este fuera de corto alcance. Y los cuerpos dirigentes de la UE, la tecnocracia europea, respondieron desde una perniciosa mezcla de idealismo y altivez. La forma en que

desarrollan sus tareas, las funciones que desempeñan y su carácter opaco suponen la constatación de un deseo, el de la ausencia de la política y del parlamentarismo en Europa, una construcción en el vacío que Peter Mair describió con precisión. Son un cuerpo de elite con un carácter y una forma de pensar propios, que se desenvuelve en un entorno construido desde la suficiencia y que opera sin un parlamento que pueda ejercer de contrapeso real. Esa falta de democracia y de transparencia es entendida como una necesidad para Europa, como una garantía de conocimiento técnico no contaminado por la política. Se ha conformado así un cuerpo encerrado en sus propias convicciones y con un poder notable, y la conjunción de estos factores no puede dar otro resultado que un sector aplanado, sin nervio, sin capacidad de reacción y sin talento estratégico. Sus certezas no son pragmáticas para esta época, como no lo eran para la inmediatamente anterior, pero se dictan desde la soberbia de quienes se sienten en un escalón superior, el de la técnica y la ciencia, respecto de las decisiones políticas. Por lo tanto, nada brillante, innovador o pragmático podía salir de ese espacio, porque vivía encerrado en una ciudadela en la que no entraba la luz. El anquilosamiento que Ortega señalaba en la España de hace un siglo encontró una continuación en las capas tecnocráticas europeas.

Las elites funcionariales no operan de este modo por simple voluntad. Han sido conformadas por un espíritu concreto, por una comprensión del mundo que apenas les deja margen para una acción diferente. Esa mirada ideológica, y a estas alturas enormemente cándida, que caló en los huesos de la construcción de la Unión Europea, encontró en estos cuerpos sus mejores aliados. Han sido los principales convencidos de que el mundo se estructuraría mediante el comercio, las disputas se dirimirían en organizaciones internacionales a través de las leyes, y la economía de mercado ofrecería la paz y la prosperidad que siglos de ideología y de nacionalismos habían impedido. Desde esta abstracción de la realidad han gobernado las elites europeas, hasta que la realidad ha venido a llamar a la puerta en forma de guerra.

Los colmillos del poder

Incluso después de la llegada al poder de Trump y de la intención declarada de los EEUU de Biden de cerrar las puertas al ascenso chino, Alemania y la UE continuaron pensando en la posibilidad de desempeñar el papel de potencia equilibradora. Como si se resistieran a abandonar lo perdido, pretendían seguir encabezando el orden liberal mundial, el respeto a las reglas, el multilateralismo y su arquitectura institucional. Lo malo no eran las intenciones, sino la carencia de medios para llevar a la práctica su propósito: parecían confiar en que la simple enunciación de los valores convencería al resto de potencias.

El deseo de conservar esa posición conciliadora iba acompañado de un plan de fortalecimiento. Alemania aspiraba a permanecer en un lugar mediador porque seguía creyendo en el proyecto, pero también porque le generaba ventajas. Su industria tenía en mente un desarrollo de amplio alcance. Antes de la guerra, estaba tejiendo sinergias con China, Rusia, Kazajistán o Ucrania, en un espacio que reunía zonas logísticas, productivas y exportadoras de energía con las importaciones de bienes industriales alemanes y chinos. Era una línea de puntos que conectaba Berlín con Pekín y recorría el territorio euroasiático[22]. Pero esa posibilidad de expansión precisaba de la puesta en marcha del gasoducto Nordstream 2, al que EEUU se había opuesto de manera tajante y que, a pesar de ello, había seguido adelante hasta terminar su construcción.

El plan alemán deseaba estrechar unos lazos que la época estaba rompiendo. Una vez lanzada la guerra entre EEUU y China, Berlín pretendía proseguir con una iniciativa que resultaba difícil de digerir para Washington. Entonces Putin invadió Ucrania y el golpe fue significativo. No se trataba únicamente del desacople energético, sino que partía por la mitad su plan de desarrollo. La aspiración estadounidense de separar Europa de Rusia y, por lo tanto, de reducir los vínculos con China la ha acabado realizando Putin con un gesto de desdén máximo respecto de la UE. Las

consecuencias de este giro radical están todavía perfilándose, pero implican la entrada en un contexto completamente distinto para Alemania. El aumento del precio de la energía supone disminuir radicalmente la competitividad exportadora alemana y, con ella, su posición económica internacional y, por tanto, su relación con Pekín. Alemania debe replantearse ahora cuál será su salida económica, cómo articulará sus ligazones con EEUU y cuál será el papel que desempeñe la UE en ese nuevo tiempo.

Lo cierto es que Alemania y Europa están particularmente mal posicionadas para librar la batalla geopolítica. En esta nueva guerra fría lanzada con la desglobalización, en la que China y EEUU mantienen batallas continuas por consolidar y aumentar sus mercados y por contar con la energía y los suministros precisos, el principal conflicto está teniendo lugar en el ámbito tecnológico, en el que la UE no está hoy en condiciones de participar en la carrera como jugador principal.

Al mismo tiempo, el poder duro, como es el militar, no es una de las grandes fortalezas europeas, y el entorno financiero, el otro gran campo de batalla, tiene el dólar como moneda de reserva mundial. Las sanciones a Rusia han aumentado la necesidad de los países en desarrollo, capitaneados por China, de desvincularse a medio plazo del poder regulador de la moneda estadounidense, y el euro no tiene ningún papel en ello. Además, los sectores industriales europeos sufrirán sustancialmente. Pocas opciones exitosas se adivinan para Alemania en el nuevo mundo. Y, de seguir por este camino, la derrota germana repercutirá con fuerza en el resto de la UE, especialmente en el sur.

Es un destino lógico para una zona geográfica que se creyó un modelo a imitar al mismo tiempo que se hacía dependiente del exterior: en lugar de fortalecer todo aquello que le era propio, desde la industria hasta su mercado interior, desde el nivel de vida de sus ciudadanos hasta toda su industria (y no sólo la alemana), prefirió confiar en un sistema global en el que era un actor que carecía de los colmillos del poder. Cuando el viejo orden ha comenzado a disolverse, han quedado al desnudo los defectos estratégicos en los que incurrió esta Europa modélica. Se apostó por los valores en detrimento del poder, y quizá no tengamos ni uno ni los otros.

Ahora hay que regresar al juego geopolítico, y lo cierto es que la UE tampoco cuenta con la fortaleza interna que sería precisa. Por separado, los países europeos carecen del músculo necesario para desempeñarse como actores de gran relevancia en la nueva guerra fría, y la posibilidad de ir juntos queda dificultada por una arquitectura institucional que prima los particularismos, así como por una dinámica que los ha acentuado. Al mismo tiempo, las dificultades económicas que deterioran el nivel de vida de sus poblaciones conducen a la ruptura de la cohesión interna, que asoma en las diferencias sociales, en la separación entre regiones en declive y ciudades globales, y en sus menguantes clases medias. La UE se ha vuelto orteguiana: los particularismos, la detención del motor, unas elites anquilosadas, la mediocridad de sus clases expertas y el humor social agrio definen a una Europa austrohúngara. Y todo ello en un instante en que las dinámicas mundiales obligan a jugar la baza del tamaño.

La UE afronta un momento existencial, de reinvención o decadencia, de aumento o disminución sustancial de su poder. Y aquí conviene recurrir a Ortega: «Parece que la unidad es la causa y la condición para hacer grandes cosas. ¿Quién lo duda? Pero es más interesante y más honda, y con verdad de más quilates, la relación inversa; la idea de grandes cosas por hacer engendra la unificación»[23]. El instante europeo requeriría diseñar un proyecto diferente, en términos fortalecedores y cohesivos, y con un decidido enfoque hacia el interior. Las épocas de necesidad también pueden empujar hacia transformaciones positivas, y la misma existencia a medio plazo de la Unión depende de su capacidad de reinvención. Pero ese giro debe pasar por encima de muchos obstáculos y de notables resistencias, por lo que es probable que vivamos una época en la que los factores disgregadores sean mucho más potentes que los unificadores.

---

[1] José Ortega y Gasset, España invertebrada, Barcelona, Espasa, 2011, p. 47.

[2] Ibid., p. 51.

[3] Ibid., p. 66.

[4] Ibid., p. 81

[5] Ibid., p. 67.

[6] Ibid., pp. 67 y 68

[7] Ibid., p. 68.

[8] Ibid., p. 68.

[9] Arnaud Montebourg, L'engagement, París, Grasset, 2020, posición 534 [edición para Kindle].

[10] Ortega y Gasset, op. cit., p. 80.

[11] Ibid., p. 83.

[12] Ibid., pp. 83 y 84.

[13] Ibid., p. 95.

[14] Ibid., p. 101.

[15] José Ortega y Gasset, La rebelión de las masas, Barcelona, Espasa, 2005.

[16] Le Bon, citado por Sigmund Freud, Psicología de las masas y análisis del yo, Madrid, Alianza, 2010.

[17] Ortega y Gasset, España invertebrada, cit., p. 137.

[18] Thomas Bagger «The World According to Germany: Reassessing 1989», The Washington Quarterly 41, 4 (2018), pp. 53-63. Doi: [10.1080/0163660X.2018.1558609].

[19] Marco D'Eramo, «¡Rusia tocada, Alemania hundida!», El Salto [https://www.elsaltodiario.com/analisis/rusia-tocada-alemania-hundida].

[20] Matthew C. Klein y Michael Pettis, Trade Wars are Class Wars, New Haven y Londres, Yale University Press, 2020.

[21] Wolfgang Munchau, «Merkel's successor must confront

Germany’s decline» [https://www.ft.com/content/b0dc8008-4f4a-11ea-95a0-43d18ec715f5].

[22] Joseph Halevi, «Il neomercantilismo tedesco alla prova della guerra», Moneta e Credito 75, 298 (2022) [https://rosa.uniroma1.it/rosa04/moneta_e_credito/article/view/17742].

[23] Ortega y Gasset, España invertebrada, cit., p. 60.

CAPÍTULO 3

Rencor

Un pacto roto

Las clases sociales se reorganizaron durante la globalización, lo que provocó la aparición de una perspectiva política distinta. En ella, y de manera muy significativa, el análisis de clase pasó a un plano secundario: se creyó que había dejado de ser determinante. La gran variedad de mentalidades y modos de vida entre personas que ocupaban una posición semejante llevaba a concluir que tal complejidad no resultaba reducible a un elemento material y que un nivel económico similar no proporciona una visión del mundo compartida. Las preferencias políticas quedaban marcadas por otros aspectos, como la edad, el género, la ubicación geográfica o el nivel de formación.

Sin embargo, dado que la clase es la posición estructural que se ocupa, abre y cierra posibilidades. Más allá de que exista conciencia subjetiva de la capa social a la que se pertenece y que, por tanto, las opciones políticas se organicen o no en torno a ella, marca un punto de partida vital, unos intereses y un tipo de mentalidad que no pueden soslayarse. El nivel de recursos que se poseen, las relaciones que se forjan y las oportunidades de las que se dispone están directamente relacionados con los entornos en los que, económica y socialmente, las personas viven y se desarrollan. Hablar de clases es importante políticamente, porque significa poner el acento en los recursos y en las opciones cotidianas que proporcionan, en la calidad de vida a la que se puede acceder, en el tipo de enfermedades que se pueden padecer y en el tiempo libre del que se dispone, que es una de las marcas materiales más acuciantes de nuestro capitalismo.

El elemento político más relevante de esta época, quizá el nuclear, dados los elementos simbólicos y materiales que contiene, es la debilidad de la clase media. Se trata de un concepto de definición esquiva y frecuentemente malentendido, pero que dice mucho acerca de la organización de una comunidad. En las últimas décadas, «clase media» era una expresión con la que se identificaba

la gran mayoría de los ciudadanos de un país. Más allá de los recursos de los que se dispusieran, buena parte de la sociedad afirmaba pertenecer a ese segmento, ya fuera por la autopercepción, por la posición objetiva o por un deseo aspiracional. Hoy no existen grandes diferencias, la sociedad en general sigue definiéndose como clase media, pero el concepto ha adquirido matices sorprendentemente negativos.

La clase media está presente en los discursos políticos y económicos con notable frecuencia. En tanto segmento social dominante, se la invoca habitualmente, pues para un partido con vocación de poder sería una táctica contraproducente posicionarse en contra. Las formaciones de centro y de derecha señalan de continuo su aprecio por ella y no dejan de interpelarla. La defienden, enarbolan su bandera, exhiben sus valores, mas su aprecio es similar al de aquellos que alaban los pueblos perdidos en la montaña: les atraen como espacio exótico, pero residen en la gran ciudad. De hecho, la mayor parte de las medidas económicas que estos sectores políticos han impulsado en las últimas décadas han contribuido al continuo debilitamiento de los estratos intermedios: los bienes necesarios para la subsistencia, desde la vivienda hasta la energía pasando por el transporte, se han encarecido; el poder adquisitivo de los salarios ha menguado sustancialmente; el margen de los pequeños negocios se ha reducido enormemente, y el coste de la reproducción de la posición social se ha elevado de manera considerable. En países como España, dada su elevada deuda, la subida de los impuestos ha sido obligada, y los han sufragado las clases medias de forma directa y las trabajadoras a través de los impuestos indirectos; sin embargo, se han reducido para las capas que verdaderamente tienen recursos, las más ricas. Este conjunto de circunstancias revela cómo ese aprecio discursivo tiene una traslación práctica dudosa, porque se dice amar aquello que se está destruyendo.

La animadversión de la izquierda contra la clase media proviene, por el contrario, de su herencia ideológica, pero también de la equiparación de las clases medias con las altas y medias altas, probablemente fruto de la influencia académica anglosajona. La imagen típica que difunden es la de una población que reside en urbanizaciones o en PAUs, que se encierra en barrios de calles anchas y escasos viandantes, que lleva a sus hijos a universidades

privadas, que ostenta cargos representativos en empresas del Ibex o que ha heredado un buen número de bienes inmuebles de cuyas rentas vive. Es un segmento de la población vinculado con la derecha, que desprende un aire clasista y reaccionario, y al que se debe combatir políticamente. Esta percepción, muy presente entre los activistas, funciona incluso haciendo abstracción del origen social de los integrantes y cuadros de los partidos de izquierda y de muchos de sus votantes.

Una sociedad dominada por la clase media, sin embargo, no apela a una posición estructural concreta y contingente, sino a una organización de la vida en común destinada a favorecer el bienestar económico: conlleva una articulación estatal que prioriza el reparto en lo material, que presiona en los extremos –en los más pobres para elevar su nivel de vida y en los más ricos para que su poder no sea excesivo– y que evita que los bienes esenciales se conviertan en mero objeto de especulación. En lo político, la clase media se traduce en consistencia y continuidad, y, por tanto, en estabilidad sistémica. Para alcanzar esos objetivos se ponen en marcha estrategias que permiten a segmentos amplios de la población contar con las bases precisas para una existencia digna y para trazar planes de futuro, de manera que intereses y valores encuentren un punto de apoyo en las instituciones. Conceptualmente, implica un modo de gobierno que prioriza la cohesión, la solidez y la estabilidad.

Esa esencia está en su mismo origen: la clase media en la sociedad democrática de masas se estableció realmente a partir del deseo de cohesionar sociedades fragmentadas, como lo fueron la estadounidense tras la Gran Depresión o la europea de la posguerra, y de la voluntad de ejercer de freno ideológico a la amenaza comunista en la era de la Guerra Fría, una tarea que no podía realizarse sin una concepción de la vida en común que favoreciese al conjunto de los ciudadanos y que redujese las incertidumbres. Ya que la vida es azar, era preciso que al menos en un ámbito, el de las necesidades materiales cotidianas, la confianza de los ciudadanos en el sistema fuese grande.

La idea de clase media forma parte de un mecanismo de gobierno que ha aparecido en momentos escasos de la Historia y que debería

encontrar una lectura favorable en tiempos como los nuestros. Las sociedades con desigualdades crecientes son muy inestables políticamente, y episodios impensables como el asalto al Capitolio son su producto, como lo es la gran polarización de los últimos años. A pesar de sus ventajas, la clase media es un concepto que ha debido enfrentarse a múltiples críticas, ya que su visión existencial y su propósito ideológico son poco compatibles con esta época.

La mentalidad de clase media se convirtió en sinónimo de obsolescencia y de resistencia a avanzar en lo cultural, en lo económico y en lo político. El discurso dominante desde hace años ha rechazado y combatido a esas personas que aspiran a la estabilidad, a las que se ha tachado de demasiado cómodas para reinventarse. En lo profesional se las señala como conservadoras, individuos que acogen las innovaciones a regañadientes y oponen continuas resistencias al progreso. Son, además, poco eficientes, como esos cuadros intermedios cada vez menos necesarios, los microempresarios que viven al día, los autónomos que no han sabido encontrar un área innovadora o los trabajadores del sector servicios que se han visto relegados a empleos poco cualificados por su incapacidad para evolucionar. Todos estos elementos han conformado un discurso sostenido acerca de personas grises, poco ambiciosas y faltas de originalidad que aportan a la sociedad lo que un sándwich mixto a la gastronomía. Era gente que vivía en un mundo permanentemente aspiracional, que sólo buscaba imitar los signos distintivos de las clases altas y cuyos deseos vitales se construían mediante la necesidad de destacar: eran un ejemplo perfecto de «quiero y no puedo».

Este desdén se ha prolongado en lo político con la aparición de los populismos, ya que sus bases sociales fueron definidas como renuentes al cambio, clases asustadas que reaccionaban con ira hacia lo que no conocían y que pretendían regresar a un mundo huido. Las clases medias y las populares nacionales, que se hicieron equivalentes, fueron objeto de desprecio en la medida en que prolongaban en el terreno del voto las resistencias que antes habían opuesto a la evolución de la economía y al mercado de trabajo. Ligadas a estos discursos, también aumentaron las críticas al tipo de vida que defendían, muy aburrido y normativo, poco seductor y sinónimo de dominio del patriarcado, ausencia de cuidado

ecológico y desprecio por el diferente.

Es necesario comprender en qué momento se produjo ese giro que cambió los valores sociales dominantes, hasta qué punto la mentalidad de clase media se volvió un problema y qué significa en el fondo el rechazo a esta capa social. La clase media era el espacio que demostraba en la práctica que existía un pacto entre capital y trabajo que abogaba por la contención del primero. Cuando ese equilibrio se rompió con la globalización, se hicieron precisos nuevos valores que debilitasen las resistencias, puesto que la forma de pensar que aspiraba a la estabilidad y la seguridad estaba muy arraigada socialmente. Dado que buena parte de las clases estructuralmente trabajadoras, las que estaban ascendiendo en la escala social y las que ya se habían asentado en lugares económicos seguros, se consideraban de clase media, la identificación con sus ideales era muy común.

Ese carácter masivo, sin embargo, no impidió que se transformase en un estrato disfuncional en el instante en que el pacto construido durante la salida de la Segunda Guerra Mundial decidió quebrarse. La estabilidad interna no resultaba necesaria: el comunismo ya no estaba al otro lado del telón de acero, no se precisaba la salvaguarda del bienestar en Europa como instrumento de confrontación ideológico y la apertura global y la competencia entre países derivada de la nueva configuración exigían más ímpetu y menos tranquilidad, más energía y menos seguridad. Las clases medias y las trabajadoras occidentales debían perder nivel de vida, tanto por el ajuste de sus salarios como por el aumento de los precios de los bienes esenciales, para adaptarse a la nueva época y convertirse en competitivas.

De modo que la clase media era un argumento electoralmente útil, dada la insistencia de las poblaciones occidentales en identificarse con ese estrato, pero económica y socialmente prescindible. Muchas de las críticas hacia este segmento social, y el desdén con que se lo retrata, son un reflejo claro de los reproches contra las masas esgrimidos en tiempos de Ortega. Las clases medias dejaron de llamarse así para ser tildadas de nacionalistas, anticuadas u obsoletas.

Llegó el instante en que cualquier alusión a la estabilidad y a la

seguridad fue considerada reaccionaria, tanto por la derecha, que veía cómo sus votantes preferían otras fuerzas políticas, como por la izquierda, que defendía a la clase obrera salvo cuando pretendía vivir mejor y entonces se convertía en xenófoba y protofascista. Cada vez que escuchaban términos como seguridad o estabilidad, lo que oían era una retórica que quería asegurar su posición frente a los inmigrantes, la verdadera clase obrera. Las clases nacionales en descenso habían dejado de ser un espacio político al que dirigirse para convertirse en una extensión de las masas iletradas, crédulas y anticientíficas.

A pesar de todo, las aspiraciones y creencias que forjaron la clase media siguen vigentes en nuestra sociedad, y más aún en la medida en que el discurso de la innovación y la reinvención continua ha resultado ser un instrumento para deteriorar las opciones vitales y económicas de buena parte de la población. La reacción en sentido contrario está ya presente, y la política de los últimos años se ha visto agitada por grupos sociales que exigían un freno. Este movimiento era difícilmente perceptible en su carácter de clase tanto por las derechas como por las izquierdas; dado que los análisis de un lado y de otro habían optado por hacer abstracción de los conceptos estructurales, no les era posible entender la ligazón entre la posición social y los valores que estaban emergiendo.

La desaparición de la clase media, no obstante, es un fenómeno al que se debería prestar especial atención, porque contiene la historia de cómo la sociedad fue rompiéndose, de cómo se fueron formando nuevos valores, de cómo las clases sociales cobraron nuevas expresiones y de cómo las contradicciones latentes están explotando en este momento histórico.

Sofisticación y vulgaridad

La sociedad desigual que surge tras la caída en desgracia de la clase media se fundamenta en un elemento clave: el factor trabajo ha quedado deteriorado y los recursos que se obtienen de él son cada vez más escasos. Los sectores de la sociedad que viven de su esfuerzo, como los empleados del sector servicios, los de la logística, los pequeños comerciantes, los autónomos, los asalariados de pymes o los obreros industriales, se desenvuelven en una economía intensiva en mano de obra barata, al mismo tiempo que las viejas clases profesionales, sometidas a una reorganización empobrecedora impulsada por la tecnología y la digitalización, sufren también una devaluación de sus retribuciones.

En unas economías, las occidentales, en las que la deslocalización fue una constante y que sufrieron una pérdida sustancial de tejido productivo (con la fuga de industrias y el empequeñecimiento de las que quedaron), las ocupaciones se fragmentaron fundamentalmente en dos tipos: las que servían a las personas y las que generaban valor para el capital. La economía real, la que producía bienes y servicios, hubo de desenvolverse en condiciones perjudiciales, y todas aquellas tareas que tenían un sentido directo, el de abastecer necesidades de las poblaciones, se pauperizaron. La desaparición de las clases medias no creó nuevas clases, sino que provocó una insistente bifurcación.

Los mecanismos de reproducción de la posición social, o de avance en la misma, se estrecharon. La educación, la puerta de acceso prioritaria, dejó de proporcionar las oportunidades laborales que encaminaban a una vida de clase media. Muchos títulos universitarios ya no conducían hacia un buen salario y tampoco permitían emplearse en el sector para el que se había recibido formación, mientras otras credenciales académicas, más novedosas, abrían la puerta a un futuro laboralmente brillante. Esta separación, que es una expresión más de la acontecida en el conjunto de la sociedad, posee elementos muy clarificadores. La explicación usual

de esta divergencia de trayectorias señala cómo una serie de disciplinas, en general las ligadas a las Humanidades, dejaron de tener validez laboral, al tiempo que otra clase de conocimientos, como el matemático o el informático, estaban en auge. Las necesidades de las empresas habían cambiado, por lo que era razonable que la mano de obra que se formaba en materias poco demandadas sufriera una frustración en sus expectativas. Era imperativo reorientar a los estudiantes hacia áreas en las que sus capacidades tendrían desarrollo.

Esa justificación sólo retrataba parte de la realidad. La mayor separación no se produjo entre materias sino entre posiciones sociales. La cualificación académica posee un valor muy diferente dependiendo de los lugares en los que se obtiene. Un título de un centro de elite internacional proporciona ventajas mucho mayores que el de universidad local o nacional, incluso cuando se cursan disciplinas poco demandadas. El acceso a ese tipo de instituciones no está sólo relacionado con las capacidades intelectuales del alumno, sino que depende de la inversión realizada. Supone abonar clases particulares desde edades tempranas, una formación cursada en los colegios adecuados, por lo general privados, y una trayectoria universitaria costosa, que implica mensualidades elevadas, estancias en el extranjero y posgrados prestigiosos, con los gastos de manutención aparejados durante toda la etapa formativa. Es una trayectoria que está al alcance de un porcentaje reducido de la población, un camino muy distinto de aquel tras el que los formados en las universidades públicas nacionales, que proporcionaban becas para las personas con menos recursos, conseguían hacer valer laboralmente una titulación.

Las clases medias y medias bajas actuales, conscientes de este cambio, han aumentado la inversión en educación y suelen costear los estudios de sus hijos en universidades privadas nacionales, ya que confían en que un mayor prestigio ayudará en la salida al mercado laboral. No obstante, en la medida en que esta bifurcación se acentúe, el resultado será una mayor inversión para conseguir el mismo fin: salvo en profesiones muy demandadas, que permiten el acceso laboral a un mayor número de egresados, las clases medias altas y las altas competirán con el resto con mucho más éxito, ya que su punto de partida es notablemente mejor.

La bifurcación educativa incluye un momento segregador adicional a la hora de acceder al mercado de trabajo cualificado, aquel que abre la puerta a las empresas con más prestigio. La cualificación académica, el expediente, es un factor entre otros, no el decisivo. El nivel socioeconómico, que proporciona los códigos relacionales y los modos de comportamiento adecuados, así como la red de relaciones preexistente, es mucho más relevante a la hora de alcanzar ese objetivo que una formación brillante. En la mecánica reproductiva contemporánea, los hijos de la elite son los que consiguen los empleos en las firmas de elite.

Si la educación, una vía de acceso típica a un mejor nivel de vida, ya no proporciona esa posibilidad, tampoco el resto de caminos que se utilizaban para prosperar en la sociedad del siglo xx han corrido mejor suerte. Además del empleo público, hoy en contracción, la creación de pequeñas y medianas empresas fue otro de esos medios para ascender socialmente. Vivieron, hace ya décadas, un momento de auge que permitió elevar el nivel de vida de sus propietarios, muchos de los cuales provenían de clases trabajadoras, lo que fomentó la creencia de que la iniciativa emprendedora y la consolidación de una posición material sólida estaban relacionadas. Sin embargo, las posibilidades se han reducido también en ese campo, en el que se dejan notar, con mucha frecuencia, las marcas de clase.

Los bienes y los servicios para las masas se han concentrado en grandes contenedores, ya sean plataformas digitales, hipermercados, grandes tiendas de mobiliario o de electrodomésticos, centros comerciales poblados por franquicias o cadenas de bares y restaurantes impulsadas por grupos de inversión. Son áreas de comercio que fueron propias de los pequeños empresarios y en las que ya no pueden competir; incluso en el sector (extrañamente denominado) de la restauración, las dificultades para poner en marcha negocios que funcionen han aumentado sustancialmente. Las pequeñas empresas, más allá de las tiendas de conveniencia de horarios extensos, han tratado de encontrar un espacio propio situándose en los productos de gama más alta, donde la calidad puede establecer una diferencia. Ese posicionamiento conlleva precios más elevados, con lo que el cliente objetivo tiende a ser de clases medias altas. Al mismo

tiempo, son hijos de esas clases medias altas los que, por tener un acceso más sencillo al capital y por conocer mejor las necesidades de su público potencial, se atreven a emprender, a menudo intentando conciliar el negocio con la autorrealización. Por diferentes motivos, ese camino de ascenso social en el que una persona de clase obrera, al percibir oportunidades en un ámbito que conocía bien, acababa poniendo en marcha su propia empresa parece estar a punto de agotarse.

Las startups son otro espacio reservado a las clases altas, que poseen los recursos para formarse en áreas innovadora y los cauces relacionales que les permiten el acceso al circuito de capital. En ese proceso de externalización de la innovación que constituye este tipo de firmas, sólo quienes tienen las puertas de los inversores abiertas para exponer sus ideas y modelos de negocio pueden alcanzar cierto éxito.

La educación y las pequeñas empresas funcionan como ejemplo de hasta qué punto la sociedad de clase media se ha partido en dos, y de cómo, a pesar de ello, tratamos de conservarla en nuestro inconsciente colectivo. La idea de que, a pesar de las constricciones típicas de los momentos de dificultad, mantenemos un nivel de vida en general satisfactorio, es la preponderante. Pero, si nos atenemos a las señales, esa esperanza dista mucho de ser cierta: los niveles de bienestar actuales se alejan de los que precisa una sociedad estable; el declive no es puntual sino continuo. Es una sociedad que se aferra a los signos distintivos de la clase media cuando hay cada vez menos opciones de conservarlos.

Uno de los síntomas más significativos de estas transformaciones es el tipo de empresas que se crean. La mayoría de iniciativas que se ponen en marcha hoy no provienen de un deseo de ascenso social sino del instinto de supervivencia. Suelen ser microempresas impulsadas por la necesidad de crear el propio puesto de trabajo, o para generar ingresos adicionales, o bien una salida angustiada de una situación de desempleo, o un simple soporte para el viejo pluriempleo, ahora encarnado en el freelance. Son proyectos defensivos que buscan una salida de situaciones económicamente complicadas mucho más que una esperanza de mejora.

El consumo es buena muestra de cómo la sociedad se está

separando. Frente a unas clases medias altas que aprecian los alimentos sanos y ecológicos, la cocina ligera y sofisticada, la ropa que conjuga distinción y marca, las costumbres deportivas y el cuidado del cuerpo (al que pueden dedicar atención diaria), y cuyo gasto va dirigido principalmente a ganar tiempo y calidad de vida, el resto de clases sociales ha sistematizado prácticas con las que tratan de estirar al máximo sus recursos: las marcas de descuento han sustituido a los hipermercados como lugares preferidos de compra, la segunda mano se ha popularizado a través de nuevas aplicaciones, se recurre a plataformas de nueva creación para comprar ropa más barata, la búsqueda de gangas en las rebajas se ve complementada por la compra en los outlets o en la red, los viajes se ajustan a las fechas en que se pueden conseguir precios más baratos mediante ofertas[1]. Se trata de un consumo típico de las clases populares de otras épocas que, al generalizarse, muestra cómo esa sociedad de clase media ha regresado a tiempos en los que el ahorro era obligado como mecanismo de supervivencia. Hoy, estas capas medias, pobres en excedencia, tratan de aferrarse a la ilusión de que van a conservar su posición, como se aprecia simbólicamente en el consumo, cuando la bifurcación económica las conduce a una situación muy precaria. Sin embargo, no se trata de un proceso que únicamente afecte a una clase social. Es transversal, y los cambios en las elites vienen mediados por movimientos similares.

El militar contra el financiero

La desaparición de la clase media y del tipo de gestión social que implicaba no podía tener otro efecto que el aumento de las asimetrías en el poder y en los recursos. Puesto que el equilibrio entre capital y trabajo ya no sujeta a las elites, estas despegan hacia lugares cada vez más lejanos del resto de los ciudadanos y conforman espacios segregados, física y económicamente. Por tanto, para entender los cambios acontecidos hay que empezar por los desplazamientos en el seno de las elites, por la modificación de su estructura y por los valores que han creado.

Considerar estas transformaciones como el punto nodal de la época tiene sentido por diferentes motivos. En primera instancia, por una dinámica general: los centros de las estructuras ejercen como motor y, en consecuencia, los reajustes que se produzcan en ese ámbito serán siempre una gran fuente de influencia para toda la sociedad. Además, los cambios enormes que han sacudido las décadas precedentes han sido promovidos desde el vértice de la pirámide social. Como último elemento ha de subrayarse la falta de agencia del resto de clases a la hora de promover alteraciones estructurales o de introducir grandes límites; en parte porque su poder equilibrador ha quedado disminuido sustancialmente en la arquitectura global, al no reproducirse en esa esfera las instituciones intermediadoras existentes en el Estado-nación, en parte porque las clases populares y las medias carecen de un proyecto propio, definido y organizado, que pueda ejercer de contrapeso. Participan en las elecciones, pueden hacer caer a un líder o aupar a otro, pero su capacidad de forjar reformas sistémicas es dudosa. Es una fuerza amplia pero desorganizada, y en esos contextos las minorías organizadas ejercen la dirección social.

La primera transformación que han sufrido las elites ha sido ideológica y ha supuesto un difícil equilibrio, a menudo amistoso y en otras ocasiones hostil, entre las ideas y convicciones heredadas y las nuevas posiciones. Las clases dominantes de la potencia

hegemónica son un buen ejemplo: estaban vinculadas con el ejército, con el sector petrolífero, con la alta administración del Estado, con la judicatura y con las grandes empresas productivas, y eran habitualmente nacionalistas y religiosas. Ese fue también el carácter habitual de las elites de los países del bloque occidental. Tras la caída de la Unión Soviética, con el auge financiero y la llegada de la globalización, esas posiciones de poder fueron zarandeadas, en especial mediante un desplazamiento interno por el cual grupos de esas elites (sobre todo, sus hijos) desecharon las viejas ocupaciones para ocupar un lugar en las industrias predominantes en el nuevo capitalismo. También surgieron, al hilo del cambio tecnológico, nuevos líderes económicos, lo que provocó una renovación del vértice de la pirámide social. En ese corrimiento de tierras, las profesiones exitosas se alejaron del habitual vínculo con el Estado-nación y se desplazaron hacia los puestos de relevancia en bancos, bancos centrales, fondos de inversión, capital privado y empresas tecnológicas. Algunas profesiones, como las firmas de abogados, las empresas contables y las consultoras, vivieron un gran desarrollo porque se ajustaron hábilmente a ese nuevo contexto. Hubo puestos tradicionales, como los de grandes instituciones del Estado, caso de la judicatura, que conservaron su prestigio, pero ya desde una perspectiva declinante, como sucedió con muchos directivos de empresas nacionales o con los catedráticos de universidades prestigiosas.

Esas nuevas elites tenían una perspectiva muy distinta. Todas ellas, directa o indirectamente, estaban ligadas al ámbito financiero, cuya mentalidad era completamente expansiva. Después de una primera etapa en la que, a través de nuevos métodos de gestión, transformaron radicalmente las empresas tradicionales, destinaron sus esfuerzos a buscar nuevos sectores y espacios geográficos en los que crecer: el capital necesitaba de más áreas rentables. La creación de fondos de pensiones que se gestionaban en el mercado y la conversión en privadas de grandes empresas públicas fueron parte de esa evolución, pero, dado que la característica del sector era el movimiento continuo, debían estar siempre a la caza de oportunidades. La tecnología fue un ámbito prioritario de la inversión, pues se esperaba de ella grandes desarrollos y notables rentabilidades, ya fuera con la creación de empresas innovadoras, ya mediante la especulación y la intermediación financiera. En esa

búsqueda continua de espacios, de la que forman parte la deuda de los Estados o el crecimiento inmobiliario, también le llegó el momento a la energía, y la revolución verde fue un área particularmente interesante para muchos inversores, sobre todo para los fondos de gestión pasiva.

La diferencia entre las viejas y las nuevas elites estaba muy marcada, porque se enfrentaban dos lógicas muy diferentes: la del militar y la del financiero, la del Estado-nación fuerte y la de la expansión global; una más sedentaria, otra más nómada; una más espartana, otra más ateniense. Ambas convivieron sin problemas durante mucho tiempo. La hegemonía del dólar alentaba la expansión financiera, pero también permitía a EEEUU captar grandes cantidades de capital con las que financiaba su déficit y, con él, la inversión en la industria de defensa. El Gobierno de George W. Bush fue un buen ejemplo de esa paz, ya que la industria militar y la petrolífera obtuvieron beneficios, pero Wall Street también consiguió reformas muy relevantes y lucrativas, y logró que China ingresara en la Organización Mundial del Comercio.

Las fricciones, no obstante, tenían que aparecer en algún instante, porque se trata de dos visiones del mundo muy distintas. El Gobierno de Obama, con el giro hacia el Pacífico y el comienzo del desinterés por Oriente Medio, ligado al aumento de la producción de petróleo y gas en EEUU gracias al esquisto, fue un punto de inflexión; como lo fue el Gobierno de Trump, que acentuó las diferencias. Las conexiones entre unas elites y otras son muchas, ya que no forman parte de dos sectores completamente separados, pero sus divergencias se están dejando notar de una manera palpable. En especial en dos asuntos que son un reflejo de las controversias de fondo, como el cambio climático y China. Acoger decididamente las políticas verdes supondría una notable inversión a la que el mundo financiero es muy favorable, ya que es un área nueva de desarrollo, pero choca con los intereses de las viejas elites respecto a los combustibles fósiles. El asunto chino es todavía más problemático, porque adoptar una postura de enfrentamiento decidido con la potencia emergente, como sugieren los halcones y prefieren los militares, conduce a la desarticulación de la globalización, que es la estructura que Wall Street necesita para continuar con su crecimiento. Por eso una parte de las elites propone una posición

más dura, mientras la otra es partidaria de conservar, en la medida en que sea posible, las dinámicas presentes. En la pelea entre ambas facciones se desarrolla el grueso de la política de nuestro tiempo. Curiosamente, el detonante de la transformación del orden internacional ha sido Putin, líder de un país que se apoya en las energías fósiles y en su poderío militar, que posee un acentuado sentimiento nacionalista y es defensor de la religión y de los valores ancestrales.

Las elites nacionales también han sido atravesadas por estas transformaciones, aunque de un modo diferente, dada la posición secundaria de España en el ámbito militar y financiero global. Las clases dominantes se han desplazado desde unos espacios de poder, como la alta administración, los puestos directivos en las grandes empresas nacionales o en la banca, las fuerzas armadas y la judicatura, hacia los puestos de gestión en las empresas cotizadas, las firmas de consultoría o la abogacía, y principalmente hacia la intermediación entre el capital global y las oportunidades de inversión en territorio español.

Ese movimiento ha minado a ambos tipos de elite: las vinculadas al Estado (alta administración, fuerzas de seguridad y defensa, judicatura) conservan poder, pero se desenvuelven en un ámbito de actuación muy definido, el nacional, cuya importancia ha disminuido sustancialmente. Las vinculadas con el ámbito financiero son mucho más administradoras locales que propietarias. Las grandes empresas nacionales ahora son mayoritariamente cotizadas que dependen de accionistas extranjeros, con lo que sus directivos suelen ser gerentes muy bien remunerados de propiedades ajenas y no dueños de la propiedad.

El sector productivo español también ha perdido mucho peso, ya que la mayor parte de las firmas locales han sido adquiridas y sus antiguos titulares se han convertido en personas con dinero pero sin poder. Y en el nuevo contexto tampoco se aprecian fortalezas: las empresas nacionales existentes son una presa fácil para el capital foráneo; distamos mucho de ser una potencia tecnológica y energética, y las áreas en las que España todavía posee vigor, como el turismo o el sector inmobiliario, están siendo penetradas por capital extractivo. En ese contexto, las elites, tanto las que deben su

fuerza al viejo Estado-nación como las ligadas a las finanzas o al entorno productivo, se ven abocadas a la pérdida de influencia respecto de sus pares internacionales. La emergencia de los partidos populistas o el auge de los secesionismos las han unido frente a un enemigo interno común, pero ese movimiento defensivo simplemente aparca las claras divergencias que existen entre ellas, que se irán ampliando en la medida en que la bifurcación de las elites internacionales vaya apareciendo. La división entre las clases que apuestan todavía por la globalización y las que abogarán por una desglobalización más dura, en especial en lo militar, será un elemento de fricción. La geopolítica desempeñará un papel importante en la unión o división de las elites nacionales.

Las elites contra sí mismas

La segunda gran división dentro de las elites es consecuencia de las tendencias económicas dominantes en la mundialización. Las últimas décadas han marcado una división nítida entre los rendimientos del capital y los del trabajo que ha repercutido en los estratos con más recursos. En ellos también se está produciendo una guerra de clases que no tiene lugar entre el 1% de la sociedad y el 99% restante, como suele señalarse, sino entre el 0,1% con más recursos y el 9,9% inmediatamente siguiente[2]. La acumulación de capital rentista ha convertido las sociedades occidentales en más desiguales, lo que también ha producido efectos en los estratos superiores, que no son inmunes a las tendencias generales.

Las dinámicas expansivas han beneficiado enormemente a quienes operaban en los sectores que abrían caminos en el exterior y en el futuro, como los ligados a la inversión internacional y a las empresas innovadoras. Las brechas en la remuneración se abrieron primero entre las firmas de las nuevas elites y el resto, de modo que las big four, los grandes despachos de abogados globales, las empresas financieras, los hedge funds, el private equity, las empresas monopolistas y las tecnológicas de Silicon Valley retribuyeron a sus directivos con cantidades impensables hasta la fecha.

El segundo paso ha sido someter a estas firmas al mismo proceso de redistribución hacia arriba que ha tenido lugar en la economía real. Las empresas que mejores retribuciones ofrecían también se han separado entre los estratos de mayor poder dentro de las mismas y el resto de empleados, cuyos salarios ya no alcanzan el brillo que tuvieron en su momento de esplendor. Lo acontecido en las empresas con más prestigio y que mejores condiciones económicas ofrecían es un ejemplo más de cómo el cisma que la nueva gestión económica produjo entre las clases medias y las elites se repite ahora entre las clases medias altas y las elites, e incluso dentro de estas últimas.

La desindustrialización, la consolidación de los grandes grupos y la financiarización contribuyeron no sólo a concentrar la riqueza en los sectores más afortunados de la sociedad, sino que favorecieron enormemente a aquellos que, dentro de las elites, estaban ligados al capital, a su circulación y a la generación de rentas. Quienes dependían de los ingresos del trabajo, por desempeñar sus tareas en un sector productivo o en el seno del Estado, vieron cómo su nivel de vida descendía en comparación con la facción de las elites que se había posicionado en los sectores financiarizados. El problema no acababa ahí, porque la reproducción de la posición social se ha vuelto mucho más cara para las capas medias altas, y han de gastar mucho más en vivienda, educación o sanidad para disponer de los bienes típicos de su clase, al mismo tiempo que la estabilidad y la continuidad en sus empleos, como ha ocurrido con la gran mayoría de las clases sociales, decaen sustancialmente. Ya no hay lugares seguros y económicamente rentables salvo para el 0,1%.

Las viejas elites podían conservar puestos de prestigio, pero sus retribuciones estaban muy por debajo de lo que el nuevo entorno financiero y tecnológico ofrecía, y esa ha sido una herida difícil de restañar. Por eso el paso por los cuerpos de alta administración suele ser, o un momento de tránsito hacia la empresa privada, como ocurre con los abogados del Estado españoles, o una manera de influir en el Estado, como sucede con los financieros experimentados que pasan a desempeñar puestos de gestión en el Gobierno estadounidense o en la Fed.

Esa partición dentro de las elites tiene un sentido funcional. Las clases profesionales fueron necesarias en la segunda mitad del siglo xx como instrumento de gestión que permitía canalizar el trabajo físico hacia la producción adecuada. Muchas de ellas desempeñaban un papel principal en el seno de las empresas, ya que aseguraban la planificación eficiente del trabajo y la ausencia de fricciones entre los empleados y la compañía. Los analistas simbólicos, al mismo tiempo, procuraban que ese trabajo generase réditos mediante la difusión adecuada de los productos con diseños más atractivos o abriendo nuevas líneas de negocio. Eran una clase esencial en la estabilización del sistema económico, una suerte de ingenieros de la gestión que daban sentido y dirección a la actividad productiva y que, por tanto, poseían una relevancia social, un prestigio y una

remuneración acordes con esas funciones.

A partir de los años 80 se desarrollan formas innovadoras de gestión que tuvieron su centro en la ruptura con el pasado: las cualidades hasta entonces vigentes se definieron como un problema que impedía avanzar. Fue la época en que las grandes empresas cambiaron de perspectiva y priorizaron la orientación hacia el accionista, en la que los fondos comenzaron a tener un gran peso en la economía productiva y en la que los Estados iniciaron los procesos de privatización de las empresas nacionales. Ese movimiento supuso una transformación sustancial de los procesos de gestión, que priorizaron la deslocalización y la externalización, y pusieron el foco en los intangibles, la expansión internacional y las fusiones y adquisiciones. Los directivos, en consecuencia, ya no debían aportar seguridad y previsibilidad sino valor y crecimiento; los cuadros intermedios quedaron debilitados, porque eran percibidos como demasiado caros y prescindibles, y las tareas intelectuales se dividieron entre aquellas que inventaban formas de mejorar la rentabilidad y las sujetas a obsolescencia. El núcleo de la retribución ya no era el trabajo sino la generación de valor para el accionista, lo que implicó una bifurcación sustancial en los salarios. La clase gerencial vivió ese cambio lentamente al principio y después a pasos acelerados.

Las viejas elites perdieron influencia y recursos porque su tarea era administrar, no innovar para producir rentas. El magistrado de un alto tribunal, el general o el funcionario del cuerpo A de la Administración pertenecían a la clase que debía gestionar, mientras que quienes conseguían una retribución mucho mayor eran aquellos que generaban modos de multiplicar el capital. Las diferencias económicas entre unas y otras elites aumentaron considerablemente, pese a que la repercusión simbólica del cargo que ocupaban continuase siendo similar: el tipo de vida que unos y otros se podían permitir era muy diferente.

Esta separación se ha trasladado hacia las escalas inferiores, de modo que muchos profesionales antes prestigiosos (investigadores científicos, profesores universitarios, cuadros intermedios, especialistas) subsisten en trabajos deficientemente remunerados y deben emplear mucho tiempo y recursos para asentarse

laboralmente. La misma obsolescencia que afectó a los trabajadores industriales, al pequeño comercio o a las pymes ha empezado a golpear a los trabajos cualificados, incluso a los que se imbrican en los sectores con más éxito. Las mismas fórmulas financiarizadas recorren el ámbito laboral y empujan sus salarios hacia abajo.

Los rencores de elite

Esta separación en las agendas, en las mentalidades y en los recursos ha tenido consecuencias sustantivas en nuestras sociedades. El cisma entre las elites ha generado resentimiento entre ellas, por los distintos modos de vida y las trayectorias desiguales, pero también desplazamientos ideológicos y cambios culturales que se han convertido en un campo de batalla más.

Las transformaciones acontecidas en las últimas décadas requerían de una explicación que asentara la legitimidad de los nuevos tiempos y justificase por qué había nuevas clases que eran merecedoras de retribuciones tan desiguales. La primera interpretación de las nuevas posiciones provino de los discursos sobre la gestión empresarial: en la medida en que las compañías habían conseguido ser más rentables, quienes habían liderado su éxito merecían un salario mucho mayor. Ese argumento explicaba no sólo la distancia con la sociedad, sino que exculpaba las diferencias que se producían entre las mismas elites. La época necesitaba innovación y productividad dirigidas a generar beneficios al accionista, y quienes habían entendido esos requerimientos merecían una posición económica mejor. Mas esto sólo había podido ocurrir gracias a que esos nuevos gestores y expertos habían sido capaces de deshacerse de las resistencias. No se trataba únicamente de tener nuevas ideas, sino de ponerlas en marcha, y para ello era preciso combatir las inercias de una forma contundente y eficaz. Era una tarea de transformación íntegra que doblegaba los viejos modos de hacer.

Muchas de estas clases profesionales que abogaban por la innovación se habían convencido de su avanzada posición ideológica en el capitalismo[3]. Tanto en Silicon Valley como en Wall Street eran conscientes de que los tiempos necesitaban otras figuras de referencia y valores mucho más evolucionados, y el legado contracultural fue una fuente de inspiración. Debían combatir el sentido común dominante, ya que eran personas

capaces de anticiparse al futuro y de descubrir nuevas formas y posibilidades. Esa actitud fue penetrando profundamente en sectores como el tecnológico, pero también en todos aquellos que aspiraban a aportar fórmulas de negocio o productos diferenciales. Ese carácter anticipador fue enormemente rentable y conformó la imagen pública de muchas figuras de referencia de la época: eran quienes se asomaban al futuro y traían al presente lo que habían entrevisto.

La aparición de esta clase de líderes produjo una reconversión en las capas sociales que los acompañaban, la mayoría provenientes de profesiones liberales. Eran conscientes de que, de no aportar otro tipo de valor, la época las dejaría fuera, por lo que mutaron en una tecnocracia del sector privado cuya tarea consistía en difundir la buena nueva. Su agenda comenzó a ser más atrevida, tanto por convicciones morales como por la sensación de que ese arrojo les aportaba una diferencia. En especial, porque creían que la evolución debía alcanzar muchos más campos que la simple generación de beneficios para el accionista, lo que los llevó a difundir programas sobre responsabilidad social corporativa, transparencia y horizontalidad en las empresas y sobre la imprescindible revolución ecológica. El nuevo mundo necesitaba valores que debían ir más allá de la readaptación productiva de empresas y Estados: el ser humano podía vivir mejor, porque contaba con medios técnicos para ello, y había que seguir avanzando decididamente en ese terreno. Se difundieron, instigadas por estas clases innovadoras y adecuadamente contraculturales, nuevas formas de alimentarse, de mantenerse saludable, de crecer espiritualmente, de invertir el dinero, de tener relaciones sexuales y de disfrutar de la vida.

Este programa, que constituía una forma de recuperar el terreno perdido para las clases expertas que se hallaban en una posición ambigua, y que aportaba una agenda de valor al nuevo capitalismo, encontró eco entre el sector de los asesores y consultores, en los canales académicos y comunicativos, o en el entorno de la creación cultural, y caló en clases formadas y urbanas, así como entre generaciones más jóvenes que aspiraban a formar parte de las elites.

Esta resituación de las clases expertas alrededor de valores

tecnológicos, ecológicos y morales funcionó en primera instancia como un complemento a la necesaria transformación social que debía conducir a las clases populares y a las medias hacia la nueva funcionalidad productiva. Suponía una contrapartida avanzada y evolucionada para el conjunto de la sociedad, ya que aportaba las bases para una vida privada bastante más amable y unas formas de relación, con los demás y con el planeta, mucho más enriquecedoras.

Estos discursos, que nacieron en las elites, sólo podían funcionar en la medida en que se trasladasen con entusiasmo a la totalidad del cuerpo social. Las clases innovadoras entendieron que esa tarea de difusión y convicción era indispensable para impulsar una transformación evolutiva adecuada, y tomaron para sí el papel de impulsores del cambio.

Este programa no podía desarrollarse plenamente sin solucionar las tensiones que se estaban produciendo dentro de las elites, que debían afrontar una doble contradicción. La falta de convicción del 0,1% con relación a este proyecto fue decisiva, ya que lo percibían como un complemento interesante, pero siempre que no se contrapusiera a la generación de rentabilidad rentista. Cuando ocurría así (lo que era frecuente), se centraban en lo importante y relegaban estos discursos al ámbito de las relaciones públicas. Por otra parte, los cambios culturales que se proponían irritaban a las viejas elites, ya molestas por su nueva posición económica, de modo que no pensaban ceder un ápice en este terreno.

Como resultado de ambos conflictos, los innovadores, los moralmente convencidos, eran cada vez menos tenidos en cuenta. Desde luego, por las poblaciones occidentales, que al principio recibieron los mensajes con complacencia, pero que adoptaron posturas más hostiles conforme las dificultades económicas se hacían más complicadas de soslayar. Este hecho, no obstante, no podía ocultar el punto central: eran sobre todo las elites las que estaban poniendo freno a su programa. El malestar creció entre estos innovadores sociales: percibían un mundo de grandes posibilidades que eran arrojadas por la borda.

En lugar de afrontar las resistencias internas, estas clases avanzadas desplazaron su descontento hacia abajo y, como suele ocurrir,

culparon a la gente común, hostil a los cambios, del recorrido limitado de sus propuestas. En cierta medida, el discurso financiarizado, que había responsabilizado al pueblo de la crisis de 2008 por sus costumbres poco convenientes de gasto excesivo, encontró una continuación en los argumentos que afeaban a las poblaciones occidentales sus prácticas dañinas para el medio ambiente, sus hábitos de consumo poco saludables y su persistencia en las actitudes machistas y racistas. Por un lado y por otro, el ciudadano común era señalado como el responsable de los males.

Las guerras culturales reales

Este conflicto discursivo, esta tensión entre el 0,1, el 1 y el 10%, entre viejas y nuevas elites, entre la innovación y la costumbre, tiene gran importancia en la política de nuestro tiempo. El giro que se produjo fue crucial: si bien en un primer instante tanto las clases financieras como las contraculturales señalaron, como se acaba de indicar, al pueblo y a sus costumbres como el principal problema que debían solucionar, en la medida en que los proyectos de sus facciones diferían, hicieron algo típico en la Historia cuando se trata de solventar tensiones en las clases dominantes: recurrieron a la gente común como factor que inclinase la balanza.

El éxito de Trump radicó en su pulsión antielitista. Las apelaciones a un sistema que no funcionaba y que había sido amañado, la insistencia en el cabildeo de Washington como mecanismo de compra de votos y el rechazo de una esfera institucional que estaba trabajando permanentemente contra el pueblo formaron parte continua de su campaña. El Brexit también contó con elementos antielitistas evidentes, sólo que limitaba su oposición a las elites europeas, e incluía en ellas a las británicas que llamaban al Remain. Los discursos antisistema de esas derechas habían vuelto contra una facción de las clases dominantes el menosprecio que las elites en su conjunto habían mostrado respecto de la gente común. Más allá de los argumentos que utilizasen en público, la realidad es que habían identificado un profundo sentimiento antielites en las poblaciones anglosajonas y se estaban sirviendo de él en su lucha contra los enemigos de su propia clase.

Los demócratas estadounidenses y los progresistas europeos aprendieron la lección y utilizaron las mismas claves culturales y antisistema a la hora de alcanzar el poder político, aunque eligieran un camino diferente. En primera instancia, porque se apoyaron en un discurso prosistema que decía defender la institucionalidad y combatir ese autoritarismo que esperaba a la vuelta de la esquina, pero, sobre todo, porque su apelación a la gente común fue mucho

más fragmentada. Como no creían que las clases populares existieran, se centraron en activar a las minorías; como no percibían la existencia de un todo, utilizaron a las partes. Sus posiciones antielites señalaban que el problema no es que hubiera racistas en EEUU, sino que el sistema los amparaba y los exculpaba; que las instituciones eran mayoritariamente reaccionarias y defendían de facto el patriarcado; que la xenofobia del sistema impedía que los inmigrantes pudieran tener una vida digna, y así sucesivamente. Ya fuera mediante la apelación a las clases trabajadoras nacionales, que constituían el pueblo, ya a las minorías, que eran los proletarios verdaderos, cada parte política trató de poner a las masas de su lado en esa pelea entre facciones de las elites cuyos proyectos comenzaban a ser incompatibles. Así se construyeron las guerras culturales contemporáneas.

Mientras estas peleas tienen lugar, la separación estructural entre la mayoría de la gente y las elites continúa avanzando. De momento, sin grandes resistencias, porque no existe una articulación política de las clases surgidas de la desaparición de las capas medias y porque el malestar se canaliza a través de los discursos culturales. Sin embargo, estos enfrentamientos entre la lógica del militar y la del financiero, entre las clases innovadoras y las tradicionales, entre las generadoras de valor y las nacionales, continúan como telón de fondo y producirán nuevas tensiones.

El rencor de las elites

La dinámica quebradiza, inestable e insegura que ha introducido en todos los estratos de la sociedad la pérdida de peso del factor trabajo produce efectos en ámbitos que van mucho más allá de los materiales. El más habitual es la sensación de que el futuro será peor que el presente: la idea de progreso en la que se habían socializado las generaciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial se ha quebrado. Más allá de lo que cada ciudadano espere de su porvenir, el sentimiento compartido es que, como sociedad, los años próximos no van a ser nada favorables.

Como en todas las épocas de transformación, se generan desajustes en los valores y en las emociones que afectan a todas las escalas sociales. Y en momentos como el presente, en que la percepción es negativa porque disminuyen las posibilidades de ascender en la escala social o de mantener la posición, lo usual es que las expectativas enturbiadas den fácilmente lugar a reproches, malestares y rencores.

El descontento de clase está muy presente entre las elites, ya que es utilizado al mismo tiempo como explicación y como justificación. En los estratos nacionales con más recursos ha arraigado la idea, que ya señalaba Ortega, de la permanente torpeza española, de una parálisis emanada de nuestro carácter que impide realizar las reformas precisas para que nuestro país se alinee con el exterior y se convierta en económicamente moderno. Sin embargo, lo que se inició como un proyecto de transformación de España se ha convertido en un lugar común en el que las elites se refugian para justificar su abdicación. Cuando un país no es fuerte, incluso las clases con más poder y recursos terminan ocupando un espacio subordinado. Y estas, en lugar de plantear vías de salida que refuercen las capacidades españolas y que, con ello, mitiguen su papel secundario, han emprendido una huida individual, a menudo a costa del territorio en el que viven. Su desprecio por el carácter nacional no es más que inacción culpable. Al establecer un marco

fijo, «este país es así y no tiene solución», sus acciones particularistas quedan justificadas: pueden mirar por sus propios intereses sin ningún remordimiento.

El rencor de clase está presente con más intensidad en esa parte de las elites que ha perdido poder e influencia, así como en las clases medias altas vinculadas a ella. La sensación de no estar obteniendo lo que merecen, de falta de reconocimiento e incluso de injusticia, conforma su manera de ver el mundo. En ocasiones, ese sentimiento emana de segmentos de la sociedad que ocupan cargos simbólicamente poderosos, pero cuya retribución, influencia y aprecio social distan mucho del que fue, como sucede entre las viejas elites nacionales ligadas al Estado. Perciben entre las poblaciones una pérdida de valores, un desprecio por la institucionalidad y una falta de respeto por las figuras simbólicas que les hace volverse con resentimiento hacia la sociedad en la que viven. Mas lejos de afrontar cómo la actual distribución del sistema económico las aboca a la pérdida de peso social, suelen culpar de los problemas, y de su misma situación, a los políticos ambiciosos y a una masa crédula y egoísta.

La otra clase de rencor que se vive entre las elites contiene el mismo sentimiento, pero desarrollado por caminos muy diferentes. Las clases innovadoras detentan una posición de superioridad por su condición de conectores con un futuro mejor. Dado que la realidad desmiente ese carácter de avanzadilla y tampoco obtienen el reconocimiento material y simbólico que estiman merecer, se vuelven contra aquellos que ejercen de freno por motivos culturales o económicos. Son estratos sociales que defienden el progreso y la innovación, pero que deben enfrentarse a una sociedad coagulada que se niega a avanzar y que les impide ocupar el lugar que les pertenece. La insistencia en los populismos de derechas, su enemigo preferido (y viceversa), proviene de ese marco, ya que encuentran en él los pretextos adecuados para un continuo afeamiento de las posturas más extravagantes o radicales. Dado que su clase defiende y da forma a una esfera racional, científica y avanzada, las noticias falsas, las conspiraciones y el negacionismo son objeto constante de sus dardos. Se constituyen interesadamente en altavoces de toda clase de posturas descabelladas, ya que es la insensatez ajena la que les ratifica en su altivez y desdén por la gente común.

Unas y otras elites encuentran en las poblaciones poco distinguidas, nada sofisticadas y voluntariamente atrasadas la explicación de los males sociales y la ratificación de su sentimiento de superioridad. Esta pulsión elitista, sin embargo, no dice mucho de nuestra época, ya que el afán diferenciador de las clases con más recursos siempre busca y encuentra elementos de distinción y desprecio.

El rencor de las clases medias

Más significativa resulta la actitud de las clases medias altas, y de buena parte de las medias, respecto del incumplimiento de sus expectativas. El cierre de posibilidades para encontrar una posición simbólica satisfactoria va de la mano de la pérdida de nivel de vida en términos comparativos (respecto de quienes están encima en la escala social) y de las dificultades para obtener empleos con una remuneración elevada en un contexto en el que las carreras se acortan y la competencia es grande.

En ese escenario, las desilusiones no son explicadas como déficits personales o como equivocaciones en la trayectoria profesional sino como fallas sistémicas y derivan rápidamente en malestar y rencor. Quienes más lo sienten no son aquellos que nunca han podido entrar, sino a quienes se les ha entreabierto la puerta para cerrársela después. Mucho más que los excluidos, que son conscientes de que hay oportunidades que nunca tendrán, son aquellos que esperaban un mejor futuro por estar integrados los que más afectados se han visto por el cierre de oportunidades. Su sentir refleja una época: si hasta ahora las esperanzas habían sido renovadas, aunque fuera aferrándose a ellas, en la actualidad la conciencia de que los caminos se están cerrando se ha extendido también a las capas altas y medias altas.

Laboralmente, ese clima se ha consolidado y se manifiesta en las quejas acerca de los salarios, las condiciones laborales, la falta de recorrido y tantas otras cosas que encubren una insatisfacción latente: casi nadie tiene lo que quiere, por unos motivos u otros. Hay una sensación generalizada, que trasciende a la empresa concreta, de que lo conseguido y lo merecido no están a la misma altura que se deja sentir en todos los estratos de edad y de género: unos se sienten estancados, otros dicen cobrar muy por debajo de lo que deberían, aquellos temen el despido, unos sienten que no les dejan desarrollar sus ideas, otros están dolidos por no ascender. Por diferentes razones, materiales o simbólicas, el descontento está muy

presente.

Lo significativo es que ese malestar no se vuelve contra las empresas, ni contra el sistema, ni genera un sentimiento antielites, sino que reconvierte la hostilidad en conspiración. Quienes creen ser mejores conforman grupos a partir de la convicción de que cada uno de los integrantes tiene algo especial que los diferencia y los hace únicos, y que no es suficientemente apreciado. El colectivo no se reúne alrededor de una visión común o de una idea de futuro, sino que se sustancia en la formación de redes de interés destinadas a la mejora personal. No aspiran a un bien superior, sino que son una reunión coyuntural de resentimientos y aspiraciones insatisfechas, a los que la pertenencia a una pequeña masa otorga refugio y compensación emocional; por eso sus lazos son tan frágiles y tan susceptibles de ser traicionados. En la empresa privada, y más aún en las grandes, el descontento se articula a través de estos grupos informales mucho más que por medio del sindicato, al que ven poco útil para el objetivo último, que es brillar y ascender.

Estas comunidades heridas pueden ser ocasionalmente críticas hacia arriba, pero fundamentalmente son hostiles hacia los lados y hacia abajo. Lo que las reúne y diferencia es su deseo de distinción, que sólo puede justificarse mediante su distancia respecto de quienes están a su lado. Quieren llegar lejos, no lo consiguen, y esa autoimagen poco favorable la compensan mostrando su hostilidad con los mediocres, con quienes no demuestran talento, con quienes no aportan nada especial; es decir, con sus compañeros o con sus superiores inmediatos. Es una manera de salvar la autoestima que aporta un lado terapéutico, pero que carece de efectividad colectiva, en la medida en que la conformación del grupo consiste únicamente en dar salida a las heridas individuales. No se trata de que no reconozcan a los mejores, como señalaría Ortega, sino de que los reconocen demasiado bien: son ellos, y no son justamente valorados.

Cuanto mayor es su rencor por esas esperanzas frustradas, más se revuelven, pero no contra quienes impiden su éxito, sino contra quienes los rodean. No confrontan con el poder, ni tratan de modificarlo, más allá del apoyo a opciones que les vayan a

favorecer, sino con los que están a su alrededor. Constituyen una peculiar traslación al mundo del trabajo de las actitudes hacia los inmigrantes de las que se acusa a los obreros nacionales: son colectivos que, preocupados por el descenso en el número de empleos disponibles y por la reducción salarial, culpan a la inmigración de un fenómeno estructural. En vez de combatir políticamente esas transformaciones, optan por atacar a los inmigrantes y por acusarlos de robarles el trabajo. Las dinámicas en las empresas contemporáneas tienen muchas semejanzas con este comportamiento, salvo por el hecho de que en la hostilidad entre clases populares nacionales e inmigración yace un componente antisistema: el malestar surge a menudo de la diferencia percibida de trato que quienes mandan otorgan a los foráneos. Pueden quejarse de que los inmigrantes se lleven las ayudas o de que consigan plaza en guarderías públicas o de que la sanidad se vea sobrecargada o de que los empleos se concedan a los extranjeros, pero su descontento nace de la percepción de estar siendo traicionados por los gobernantes nacionales, que se han olvidado de ellos para beneficiar, en su lugar, a los inmigrantes. En su actitud reside un aliento de oposición sistémica que suele resolverse en el rencor hacia los progresistas y hacia quienes defienden la inmigración, pero esa canalización no borra su existencia.

No ocurre así en las tensiones laborales, carentes de todo enfrentamiento con el poder. Aquí el desplazamiento del malestar está imbuido de un elemento de superioridad rencorosa que es muy útil para el funcionamiento competitivo de las empresas contemporáneas. La hostilidad principal va destinada hacia quienes no comparten los códigos del grupo y no pertenecen a sus redes, ya sea porque los perciben como anticuados o demasiado innovadores, ya porque ofrecen señales de independencia o de heterodoxia.

No se trata de un momento aislado del mundo laboral. La competitividad desdeñosa, las individualidades heridas, la articulación del descontento en grupos informales y la utilización de la crítica personal y profesional como arma de distinción y como refuerzo narcisista son características típicas de una sociedad deshilachada. Conforman modos agrios de particularismo que se extienden mucho más allá de los lugares en los que surgen, y generan enfrentamientos que siempre se entienden justificados: los

demás se merecen el desdén o el desprecio, ya que sus características demuestran su invalidez, su atraso, su negativa a evolucionar, sus excesos en la evolución, su innovación utópica o cualquier otro defecto que se les pueda atribuir.

Esa es la razón de que la vida pública esté repleta de acusaciones cruzadas. Desplazar la responsabilidad hacia terceros es propio de una sociedad particularista y conduce hacia la continua búsqueda de chivos expiatorios. La atribución de los males existentes a fenómenos de los que se exagera su potencia permite disculpar la falta de un proyecto y de la posibilidad de establecer lazos alrededor de posiciones constructivas. Se prefiere utilizar los nacionalismos, el centralismo, la falta de autoridad, la ausencia de valores, las poblaciones que gastan en exceso, la negativa a aceptar las reformas, a Putin, a los machistas, a los racistas, a las feministas, a los rojipardos, a los jóvenes, a los viejos, a los progresistas o a los fascistas como significantes de los que colgar los pronunciamientos de los que hablaba Ortega, pero siempre sin la mirada estructural precisa como para modificar la realidad.

A pesar de todo

Una sociedad con una visión poco esperanzadora del porvenir está abocada a un sentir oscuro, entre los reproches y la depresión, entre el malestar y la impotencia. Sin embargo, y dado que no es posible habitar de continuo en el fatalismo, también genera reacciones en sentido contrario. Es lógico, puesto que la sociedad se está separando, que esa escisión se traslade a las formas en las que se ve el presente. La dominante, la que impera en la mayoría de la población y que se muestra más vivamente en los territorios en declive, en las clases medias pauperizadas y en las trabajadoras, refleja una notable falta de confianza en el funcionamiento social. Existe una percepción de decadencia que se impone más allá de cuál sea la situación individual y que tiene una traducción política y social evidente.

Las clases favorecidas ligadas a la innovación y los inmigrantes comparten visión, en términos generales: puede que las dificultades sean grandes y que haya que atravesar momentos difíciles, pero su mirada es optimista. No niegan los problemas, pero creen que, a pesar de todo, no estamos tan mal y que hay que ser moderadamente positivos respecto de los tiempos que vienen. Esta perspectiva tiene su punto de apoyo más sólido en lo comparativo: por más que ahora se perciban disfunciones, si analizamos otros momentos de la historia o examinamos cómo les va a otras zonas del mundo, cabe concluir que Europa, y España dentro de ella, cuenta con una vida razonablemente próspera y cómoda. Es un optimismo resignado, ya que no alude a las posibilidades del futuro, sino que se sustenta en el «a pesar de todo», pero está lejos de caer en el desánimo.

Más allá de estas percepciones generalizadas que ofrecen un marco de referencia, hay tendencias que se despliegan en la sociedad, que la recorren subterráneamente y que dicen mucho del estado de ánimo real. El presentismo es una de ellas. Ya que se vive en la incertidumbre, es natural que los planes sean siempre a muy corto

plazo y que la improvisación sea más importante que la planificación. En la medida en que la seguridad y la continuidad no están presentes, tampoco parece tener sentido trazar hojas de ruta y resulta más razonable adaptarse a las situaciones y aprovechar el momento. La mayoría de la juventud se ha socializado ya en esa precariedad vital y ha aprendido a tirar con lo que le cae en suerte. No obstante, es un sentimiento que trasciende generaciones, puesto que la inestabilidad, actual o esperada, aparece como un horizonte común. Por eso no tienen demasiada validez los reproches sobre los niveles de gasto excesivos (viajes, móviles, etc.) que se formulan a los más jóvenes o a clases con pocos recursos. El ahorro y la planificación vital poseen un sentido en la medida en que sirven para organizar el futuro; cuando este es incierto, se tiende a vivir el momento y a preocuparse más tarde de las consecuencias. Esa sensación de provisionalidad teje la mentalidad social, ya que se trabaja a corto plazo, tanto en el plano individual como en el empresarial o en el político.

En ese contexto, en el que lo sólido vuelve a desaparecer en el aire, es natural también que el individualismo se acentúe; en ocasiones, como reflejo de una sociedad cada vez más narcisista, pero también como forma de supervivencia. Si el futuro colectivo muestra tonos negativos, es lógico sacar partido de las cartas que se tienen en la mano para asegurar la subsistencia personal. Este razonamiento se utiliza de forma cínica con demasiada frecuencia, pero no deja de ser una reacción esperable en un mundo muy competitivo, con pocos espacios seguros y en el que hay que redoblar los esfuerzos para establecer una diferencia que permita un porvenir satisfactorio.

Esta continua pelea por sobresalir también produce cansancio y hartazgo, y una parte de la población ha decidido renunciar a la lucha y refugiarse en un entorno más amable y humano, sea este una comunidad de intereses, la familia o la dedicación a actividades que procuren autorrealización. Son espacios que aíslan de una sociedad dura y cínica, y que permiten vivir una existencia íntimamente confortable. Ese mundo de las pequeñas cosas y de los círculos reducidos es una opción creciente frente al desencanto existencial que produce un ambiente tan ingrato. En ocasiones, esta tendencia deriva hacia el egoísmo de pequeños colectivos o hacia

un particularismo de ámbito minúsculo, pero es una salida aceptable, en especial en las clases medias y medias altas, que cuentan con mayores posibilidades económicas de dar ese paso a un lado. También aparecen bolsas de depresión y soledad, de personas y sectores que tienden al desánimo y a la inacción, a dejarse llevar, a no resistir a unos tiempos a los que no saben cómo hacer frente o que sienten que exceden sus fuerzas. La resignación y el repliegue hacia lo privado desde una cierta desesperanza son también una tendencia contemporánea.

En definitiva, en este cambio de época se acumulan sentimientos anómicos que sobrevuelan y moldean las ideas personales y sociales. La mayoría de ellas son opciones de repliegue, como si sólo quedase resistir, en unos u otros términos: no hay visiones constructivas que señalen una meta que perseguir. No deja de ser paradójico que, en una época en la que se insiste continuamente en el progreso y en la que todavía perdura la conexión directa entre adelantos tecnológicos y un futuro mejor, sea la ausencia de proyectos sociales que generen esperanza y confianza lo que la defina más nítidamente.

---

[1] Jérôme Fourquet y Jean-Laurent Cassely, La France sous nos yeux, París, Seuil, 2021, p. 231.

[2] Julius Krein, «The Real Class War», American Affairs III, 4 (invierno de 2019) [https://americanaffairsjournal.org/2019/11/the-real-class-war/].

[3] Catherine Liu, Virtue Hoarders, Mineápolis, University of Minnesota Press, 2021, pp. 4 ss.

CAPÍTULO 4

El frente interior

Somos nosotros

El regreso de la geopolítica, la definición del orden internacional a partir del poder y de los recursos, está recomponiendo las relaciones entre países, lo que comportará consecuencias económicas, políticas, sociales y laborales inevitables. La guerra fría entre EEUU y China supone una nueva era, por lo que implica de desglobalización, pero también por la difícil posición en que sitúa a numerosos Estados, comenzando por Alemania y sus socios de la UE, que están condenados realizar complicados equilibrios y, si el rumbo no cambia, a convertirse en zona subordinada mucho más que en un actor internacional de primer orden.

Las crisis de los imperios, el momento en que la debilidad hace acto de presencia, son momentos de transformación y de riesgo. Las épocas de fortaleza, con su ausencia de enemigos destacables, producen una cohesión notable: las elites conocen las reglas del juego y se desempeñan lo mejor posible dentro de ellas, y las fuerzas reformistas y las impugnadoras carecen de la energía y del poder necesario para introducir variaciones sustanciales en el sistema. Suelen ser tiempos en los que la legitimidad del sistema no es discutida. Desde esa perspectiva, Occidente ha vivido cuatro décadas con algunas turbulencias, pero de notable paz estructural. Los cambios que se han sucedido poseían una línea de continuidad: los protagonistas se alternaban, gobernaban unos presidentes u otros, pero los acontecimientos se orientaban en la misma dirección.

Cuando las grietas comienzan a aparecer en la estructura, cuando actores con poder creciente tensionan el sistema y los pulsos no son ganados con contundencia, surgen preguntas sobre cómo afrontar el instante y reaccionar a los desafíos. Son preguntas políticas, que apelan a la capacidad de reorganización, a la inteligencia a la hora de leer la época y a las soluciones creativas que emplean; son interrogantes que remiten, en última instancia, a la comprensión sobre lo que hace fuertes a los Estados, interior y exteriormente.

En los últimos años las respuestas no han estado a la altura de las preguntas. Cada vez que se ha debido hacer frente a una perturbación sistémica, la reacción ha ido en la dirección de empeorar los problemas. Las desastrosas respuestas al 11S o a las primaveras árabes, que agravaron las tensiones en una zona esencial para la estabilidad como Oriente Medio, deberían haber constituido una señal inequívoca de que el rumbo debía variar. La reflexión acerca de las causas de la crisis de 2008 tendría que haber generado un replanteamiento económico que apuntalase el edificio, en lugar de introducir dinero en el sistema para pintar las hendiduras. En el caso de la zona euro, estructuralmente disfuncional en cuanto al reparto de poder y de cargas, fue aún peor, porque amplió las diferencias en vez de reaccionar en términos estratégicamente inteligentes. Al igual que la respuesta al 11S fue el keynesianismo militar, la de la crisis de 2008 fue un keynesianismo destinado a apuntalar el sector financiero: se proporcionó mucha munición a quienes estaban disparando hacia el lugar incorrecto. La pandemia introdujo matices en la respuesta y se desarrollaron medidas heterodoxas, pero en esencia la idea fue la misma: destinar deuda y recursos públicos a mantener los niveles de beneficio del sector financiero y a sostener a las grandes empresas privadas. Y cuando ha surgido la crisis de Ucrania, el giro ha consistido en aumentar la inversión militar y en reorientar urgentemente el suministro energético. Era necesario un replanteamiento mayor, pero los sucesivos tensionamientos sistémicos no han dado lugar a soluciones eficaces y apropiadas.

La inteligencia estratégica de Occidente ha sido escasa. Más bien se ha dejado llevar por las dinámicas precedentes y ha intensificado las acciones que realizaba hasta entonces, como si los males que se manifestaban no hicieran más que ratificar las creencias dominantes. Desde esa perspectiva, la solución nunca es cambiar la dirección, sino persistir en lo que ya se hace, pero con más vehemencia; parece que redoblando los esfuerzos los problemas desaparecen. Esa preferencia por la sobrerreacción en lugar de por la modificación del rumbo suele causar males mayores que los que la acción inicial sugería.

Occidente lleva décadas mirando hacia el futuro y hacia el exterior. Las ideas de crecimiento basado en grandes avances tecnológicos

que conducirían hacia un discurso disruptivo, y en transformaciones incesantes apoyadas en la innovación continua han forjado la mentalidad de nuestro tiempo. Era una visión optimista, porque trasladaba la convicción de que, si nos preparábamos y adaptábamos, el porvenir iba a ser brillante en todos los terrenos: España sería la Dinamarca de Europa, los trabajos sucios y pesados serían eliminados, viviríamos muchos más años, y así sucesivamente. Lo cierto es que esa orientación hacia el futuro no ha producido los efectos prometidos y en muchos casos ha supuesto una involución: formas laborales típicas de finales del xix y principios del xx han regresado, las diferencias entre Estados nos devuelven a dinámicas imperiales y la innovación se ha coagulado en la producción de fórmulas para abaratar los costes o crear nuevos monopolios en vez de inventar nuevas soluciones. En cuanto al enfoque hacia el exterior, que aparejaba la convicción de que el orden internacional iba a girar alrededor del comercio, las interconexiones y el imperio de la ley, ha mostrado ya sus déficits y ha conducido a la desorganización de territorios y clases sociales.

Como era natural, la profunda decepción causada por estas propuestas ha tenido efectos sobre el estado de ánimo de las sociedades europeas, que cada vez confían menos en el futuro y en las que sentimientos como el temor o la impotencia comienzan a configurar el humor social. El elemento político más novedoso tiene mucho que ver con esta mudanza en las percepciones, que han generado un eje electoral distinto. Las variables de voto suelen atender al género, a la edad, a la residencia en núcleos urbanos, al nivel de formación o a la profesión de los electores. Sin embargo, en los últimos años ha emergido un factor cada vez más relevante, el que divide a las poblaciones entre perdedores y ganadores en el proceso de globalización, pero entendido desde su relación con el tiempo: quien cree que va a vivir peor que sus padres y que el futuro traerá pocas novedades positivas es mucho más probable que opte por posiciones políticas rupturistas[1].

Esta perspectiva electoral ha sido un síntoma evidente de cómo la confianza de las poblaciones occidentales en los proyectos dominantes estaba desvaneciéndose. Lo peculiar, sin embargo, es que esta relación con el tiempo ya no pertenece sólo a las clases perdedoras de las últimas décadas, sino que se ha trasladado hacia

quienes promovieron el proceso globalizador. La guerra de Ucrania ha supuesto un golpe en el tablero internacional de gran magnitud, y no porque el ideario construido alrededor de la economía liberal, la defensa de las instituciones y las conexiones internacionales haya encontrado un freno coyuntural, sino porque ha vuelto a colocar el futuro en el centro de los discursos, pero esta vez desde una óptica oscura.

La desglobalización es la reacción a esa desconfianza en el porvenir que explica de manera precisa los motivos de la nueva guerra fría. Es un enfrentamiento por el futuro que se funda en la prevención acerca del crecimiento chino en el terreno de la innovación. La pelea entre potencias se ha disparado en el momento en que Pekín se ha desarrollado tecnológicamente: sus avances en la recogida y tratamiento de datos, la computación cuántica y la inteligencia artificial y sus posibles usos militares han provocado una contundente reacción estadounidense, que se dejó sentir en la oposición radical a que se implantase el 5G chino en Europa. La convicción de fondo es que la hegemonía se dilucidará a partir de la innovación: el país que más avance tecnológicamente será el que se sitúe en mejor posición; por eso la intención estadounidense no es tanto romper las relaciones con Pekín cuanto frenar el desarrollo de la potencia emergente para impedir sus progresos en áreas vitales.

El giro de EEUU hacia el Pacífico no viene determinado por el poder actual de China, sino por el que puede llegar a tener. Pekín ha sido un régimen funcional para EEUU y para su desarrollo económico y financiero, y Washington carecía de intención de quebrar esa relación provechosa. Sin embargo, para mantener su ventaja, que es todavía notable, necesitaba detener las líneas de desarrollo chino. La oposición al plan «Belt and Road», el repliegue nacionalista desarrollado desde Trump y la insistencia en Taiwán se asientan en esta prevención sobre el futuro. Mientras Pekín se contentaba con ser la fábrica del mundo y con exportar bienes baratos a Occidente, EEUU no se sentía en peligro. En el instante en que China dejó de ser únicamente un espacio de producción deslocalizada y dio signos de sus grandes avances tecnológicos, la guerra fría comenzó a desplegar sus efectos.

Esta reacción, que contiene una innegable lógica geopolítica, parte

también de una premisa equivocada, que continúa enfocada en el exterior y que suele conducir hacia peligrosas reacciones preventivas. Es una constante de los regímenes en decadencia: preocuparse mucho más por el control y por el crecimiento de los enemigos que por lo que debería ser su prioridad, fortalecer sus capacidades. La Primera Guerra Mundial es un buen ejemplo de este tipo de respuesta, ya que el término guerra preventiva estuvo presente en todos los planes estratégicos que dibujaron, y con gran antelación, los ejércitos de los grandes países europeos. Su punto de partida se basaba en un permanente sentido de la urgencia: dado que la confrontación bélica resultaba inevitable a medio plazo, quien actuase antes obtendría ventajas decisivas. No se trataba sólo de que golpear primero concediese cierta superioridad, sino de una convicción más profunda: si la guerra se iniciaba pronto, los enemigos no habrían podido desarrollar todas sus fuerzas y serían todavía débiles; si se demoraba la confrontación, los países rivales habrían tenido tiempo de crecer, de desarrollar su armamento, su logística y su músculo bélico, y la victoria que en ese momento parecía probable y rápida se convertiría en imposible. Esa creencia de que el futuro sería mucho más peligroso si no se llevaban a cabo las acciones adecuadas contribuyó en gran medida a que la Primera Guerra Mundial se produjera, porque forjó una mentalidad que hacía la confrontación inevitable: la que pensaba que cuanto antes, mejor.

Esa perspectiva también estuvo a punto de iniciar una confrontación atómica durante la crisis de los misiles en Cuba. La convicción de los halcones estadounidenses de que la guerra se ganaría en ese instante, aunque fuera con inevitables pérdidas, hacía preferible responder bélicamente al desafío soviético si los misiles no se retiraban: mejor la victoria con daños en ese instante que la derrota en el futuro. Sólo el buen juicio y la sangre fría de un par de dirigentes excepcionales permitieron que reinase el sentido común, que las diferencias se solucionasen mediante el diálogo y que el desastre nuclear no tuviera lugar. En esto consiste también la trampa de Tucídides, en dibujar el futuro como inevitable y reaccionar conforme a ese marco prefijado.

Hay otra manera de actuar, pero implica situar la mirada en el interior y en el presente; supone reconocer las debilidades y las

disfunciones de un sistema, que es el camino previo a su reparación, en lugar de seguir proyectando en un hipotético futuro toda clase de riesgos. Permanecer en la perspectiva exterior conlleva la búsqueda permanente de responsables, enemigos y causalidades que, al emplazar fuera el origen de los problemas, incita al inmovilismo. Esa óptica es parte de una ideología que ha dominado nuestras sociedades y que ahora comienza a manifestarse en las relaciones internacionales. Tiene que ver con un contexto de decadencia en el que las elites sienten que están perdiendo poder y quieren retenerlo, pero se niegan a introducir modificaciones en la estructura. El problema real son las clases y los países que pretenden modificar esa organización, y no las disfunciones en sí mismas; por tanto, las respuestas deben dirigirse a responder de manera contundente a quienes plantean los desafíos (incluida esa parte de las elites que, por apego a ideas equivocadas o por simple debilidad, no apoya tales acciones). La desglobalización ha nacido anclada en esta perspectiva rígida.

Actuar de esa manera supone obviar la otra parte del cuadro: las confrontaciones también se ganan fortaleciendo las capacidades propias. Ese cambio de eje supondría abandonar la visión ideológica dominante y llevaría a afrontar el momento occidental poniendo el acento estratégico en el interior y respondiendo a los dilemas concretos de un momento histórico a partir de la constatación de que el problema no son ellos sino nosotros. Las opciones autocráticas en Europa han surgido porque se las ha impulsado: son el producto de un mal funcionamiento de nuestro sistema, no el fruto de las pulsiones morales de actores irracionales. Las opciones autoritarias fuera de Occidente han sido toleradas, como ocurrió con China, porque resultaban convenientes para mantener el nivel de beneficios del ámbito financiero. La arquitectura global, tal como estaba construida, se basaba en que los superávits de unos eran los déficits de otros, y eso ha operado tanto en las relaciones entre Estados dentro de la UE como en las relaciones de los grandes países con el resto. Y esa disfunción se ha reproducido a nivel interno, lo que ha desorganizado la economía productiva de Europa y, con ella, el nivel de vida de sus ciudadanos. En definitiva, en lugar de articular un modo de relación social y económica que no condujese a la suma cero, se han buscado permanentemente excusas exteriores e interiores, en forma de Estados fallidos y rebeldes, y de

poblaciones reacias al cambio e inmunes a las reformas, que justificasen la permanencia de los modos erróneos de gestionar las sociedades.

El cambio de eje contendría también un elemento esperanzador: en la medida en que las disfunciones han surgido por un funcionamiento inadecuado, bastaría con corregir el rumbo y arreglar lo roto para que el motor se pusiera de nuevo en marcha. Esa visión, además, permitiría tomar conciencia de un hecho ineludible: que el orden en el que se quiere persistir ya no existe. No volverán los tiempos de la globalización feliz; Rusia ha desafiado la arquitectura global, China está forjando sus propios caminos y el contraataque estadounidense es y será muy tenaz: la lucha está lanzada. En tal contexto, no se puede regresar a una casa destruida, pero se puede construir otra.

La importancia del territorio

Uno de los factores políticos más relevantes de los últimos meses es que las demandas de seguridad y protección han dejado de ser privativas de los grupos sociales en declive para convertirse en prioridades sistémicas, al menos en términos geopolíticos. La guerra de Ucrania, la amenaza rusa y el ascenso chino señalan un nuevo panorama en el que las clases globales acogen tales reivindicaciones, no desde una perspectiva social, sino desde la civilizacional. No sólo se trata de que haya que defenderse de Putin en el aspecto militar o de las consecuencias del desabastecimiento energético, sino que, desde su óptica, se ha de afrontar un peligro mayor: las autocracias cobran cada vez más poder en el mundo, la influencia de los valores occidentales declina y los movimientos reaccionarios que desean acabar con la democracia son cada vez más fuertes.

Por primera vez en mucho tiempo, las clases globales están dando marcha atrás en su programa dirigido hacia el futuro y hacia el exterior y dibujan un marco de retroceso. Al actuar de esa manera, reconvierten la línea temporal en espacial y promueven un inevitable repliegue sobre el territorio. Es cierto que su apelación a las fronteras se centra en grandes espacios, y se subrayan los riesgos que los tiempos traen para la Unión Europea o para Occidente mucho más que para Estados concretos, pero no deja de señalar un importante cambio de mentalidad. Lo significativo en este movimiento es el modo en que las elites traducen a una escala mucho mayor formas de pensar que estaban plenamente presentes entre las poblaciones occidentales.

La globalización trazó una división nítida. Los grandes centros urbanos estaban poblados por las elites, las clases medias altas, la menguante clase media y la clase trabajadora del sector servicios y de la logística. Eran espacios de actividad incesante, donde reinaba el movimiento y en los que se encontraban y se perdían oportunidades laborales o simplemente se acudía a buscarlas. En las

ciudades pequeñas y las intermedias, así como en el medio puramente rural, la situación era muy distinta: su declive resultaba notorio y, salvo las clases medias altas tradicionales (cuyos hijos emigraban), el resto de la población estaba formado cada vez más por funcionarios, pensionistas y mano de obra poco cualificada. Las condiciones de vida y las posibilidades económicas de unos y otros lugares eran muy distintas.

Las consecuencias políticas de esa secesión han sido amplias. En el Reino Unido, en EEUU o en Francia, países cuyo sistema político prima a los grandes partidos y donde las elecciones suelen solventarse entre dos candidatos, la división fue notable. En ellos, la idea de futuro marcaba claramente la decisión electoral. En las poblaciones de las zonas con menos vitalidad había calado la idea de que el porvenir iba a ser peor que el presente, y que las generaciones actuales vivirían peor que las de sus padres, lo que reorientaba el voto hacia aquellos candidatos que «prometían con más vigor poner fin a la espiral que los arrastra desde hace varias décadas»[2]. «Make America Great Again» o «Take Back Control» fueron lemas surgidos de ese sentimiento, al igual que ocurrió en Francia, donde el territorio resultaba determinante en el voto. Lo peculiar en todos estos casos era cómo el contexto influía en la elección política con independencia de cuál fuera la posición social y económica. Si se residía en una ciudad pequeña o en un entorno rural que vivió tiempos mejores, la visión dominante era la de decadencia, lo que acababa calando incluso en aquellos sectores de la población que tenían una vida holgada. Del mismo modo, si se trabajaba en un sector en el que los salarios y las oportunidades estaban en descenso, incluso cuando personalmente se contara con una posición desahogada, el declive percibido abocaba a una visión negativa. En estos casos, las elecciones políticas dominantes eran aquellas que insistían en la necesidad de seguridad y protección. Si, por el contrario, se residía en grandes ciudades, donde las oportunidades estaban más presentes, el voto iba a parar a opciones prosistema, más globales, europeístas y abiertas, incluso cuando la posición personal no resultase satisfactoria. En Francia o en EEUU, el voto de las zonas rurales iba a parar a Le Pen o a Trump, y el de las grandes ciudades a Biden o a Macron. Los votantes jóvenes, los precarios y los progresistas urbanos preferían a Sanders o a Mélenchon, pero en última instancia, en las elecciones a cara o

cruz, apostaban por los partidos más abiertos y globales.

La diferencia política entre unas y otras zonas resultaba muy significativa, porque el voto de los perdedores y de quienes vivían en regiones en declive iba a parar a partidos nacionalistas, es decir, a aquellos que aseguraban que iban a defender con más vigor los intereses comunes: el territorio otorgaba unidad y una visión compartida. Esa oferta resultó particularmente atractiva para las clases medias en declive y para las obreras, y no sólo porque las otras opciones políticas apostasen por la apertura y acogiesen vivamente el cambio tecnológico y económico que las había perjudicado, sino porque «son los desposeídos los que tienen interés en una demarcación franca y clara. Su único bien es su territorio. […] La frontera iguala poderes desiguales (aunque sea un poco). Los ricos van donde quieren; los pobres van donde pueden»[3].

En resumen, el territorio emergía como un espacio esencial de definición del voto, ya que actuaba como contenedor del descontento y como facilitador de un cambio necesario. La oposición entre una opción nacionalista que ejercía de protección frente a las amenazas, y una visión global e interconectada ha marcado la política electoral en estos años. En principio, España parece libre del arraigo de estas tendencias, pero no es del todo cierto. El territorio ha sido un núcleo claro de definición política, aunque en un sentido diferente del europeo. Las opciones nacionalistas periféricas, procés incluido, han marcado decisivamente el voto nacional; las formaciones de nuevo cuño, como las pertenecientes a la España vaciada, surgen de este mismo sentimiento, aunque se limiten al ámbito regional; y Vox creció gracias a hacer bandera del territorio español y de los intentos de quebrar su unidad que provocaban los secesionistas. El hecho de que la división no haya aparecido en términos nítidos y articulada a través de dos formaciones hegemónicas no resta valor a la importancia de los límites territoriales como elementos decisivos de voto.

El tiempo convertido en espacio

La reorganización ideológica en torno al territorio es la que está dando forma a la desglobalización: no es un momento aislado de la política occidental, sino una constante en la que el mundo ha comenzado a moverse. El caso de China es significativo, dado que ha sido el Estado más consciente de la importancia de proteger un espacio propio. Pekín lleva muchos años trabajando a medio y largo plazo mediante planes de refuerzo nacional que conjugan una vertiente interna, la de la mejora económica de sus poblaciones y la protección de sus industrias esenciales frente al exterior, con la expansión continua en otros mercados para situar sus productos y asegurar sus suministros. El factor territorial se ha asentado en un nacionalismo orgulloso que se ve reforzado por su increíble desarrollo y por su nueva posición internacional, que le permite desafiar al país hegemónico tras muchos años de subordinación. China ha dejado atrás «el siglo de la humillación» y pretende recuperar el lugar que su propio nombre le indica: China significa «nación central» o «reino del medio».

Esa mezcla de crecimiento económico y de pundonor territorial ha generado una legitimidad significativa entre sus nacionales. Grandes capas de la población han salido de la pobreza, muchas personas han conseguido mejorar su posición social y el número de nuevos millonarios chinos es muy elevado. La idea dominante es que el bienestar continuará aumentando, y que incluso quienes ocupen posiciones poco afortunadas en la escala social tendrán su oportunidad de prosperar, ya sean ellos o sus descendientes. Esa visión positiva del futuro da forma a un sentimiento social que relega a un segundo plano la naturaleza autoritaria de su régimen. Del mismo modo que la clase media franquista desdeñaba las cuestiones políticas porque la sociedad desarrollista impulsaba hacia una época de mejora social generalizada, las clases medias y medias bajas chinas aceptan un nivel amplio de control a cambio de la prosperidad económica. Esta reunión de lo individual y lo colectivo a través del territorio, que liga el avance personal con la

suerte de su país y con su recorrido internacional, es una convicción muy extendida en China, como antes lo fue en Europa. En otros Estados, la mayoría asiáticos, que han crecido económicamente gracias a la estructura global, esa unión entre población y territorio también ha sido común.

Sin embargo, la tendencia que despunta con la desglobalización es el regreso del nacionalismo por otros caminos, y quizá Rusia sea el mejor ejemplo. No es la prosperidad la que agrupó a los rusos en torno a una idea nacional, sino su opuesto. La caída de la URSS supuso un shock para ellos, que no sólo perdieron muchos territorios que se independizaron, a menudo en términos hostiles, sino que vivieron una doble crisis, la del descenso brutal en el nivel de vida para buena parte de sus poblaciones y la desorganización de la vida cotidiana. La conversión de las mafias en el poder informal y continuo que estructuraba el día a día tuvo crueles consecuencias para las poblaciones rusas. Al poco tiempo de la llegada de Putin al poder, el país comenzó a recomponerse, porque el nuevo dirigente trajo orden, reestructuró las instituciones, aunque fuera autoritariamente, y disciplinó a los oligarcas para someterlos al Estado. En ese cambio asentó su popularidad interior, ya que se percibió como un avance enorme respecto de los tiempos de caos. El desarrollo continuó siendo socialmente desigual, pero al menos se había recuperado la paz cotidiana. En una segunda fase, el regreso del orgullo nacional se convirtió en la oferta cohesionadora de Putin. El país seguía manejándose en una economía neoliberal, los oligarcas continuaban teniendo poder y las diferencias económicas estaban muy presentes, pero Rusia avanzaba como potencia y recuperaba la posición internacional que le era debida. La antigua gran potencia volvía a ser mucho más que una gasolinera con armas, y era el momento de recobrar la influencia y el poder que el desplome de la Unión Soviética le había restado. La guerra de Ucrania ha intensificado esa posición ideológica según la cual hay que construir una Rusia grande y soberana, que mantenga a EEUU fuera de su territorio y que impulse otro modelo de relaciones internacionales. Dado que las sanciones obligan a un repliegue interno, Putin quiere aprovechar ese cierre para convertirlo en una virtud y regresar no sólo al alma rusa sino a su antigua productividad y a la construcción de capacidades nacionales que conviertan el Estado en mucho más autónomo. Si el resultado de ese

desacople con Occidente, ligado a la suerte final de la guerra de Ucrania y de los efectos de las sanciones, es favorable a Putin, habrá logrado su propósito de ofrecer un sentido nacional al esfuerzo y sacrificio de sus poblaciones, y otros países seguirán su camino.

En todo caso, el repliegue en el territorio como elemento cohesionador y como camino de salida para los perdedores está siendo muy relevante. Se vivió con el Brexit o con la llegada de Trump al poder, y ahora puede elevarse a una dimensión mucho mayor. Los territorios que se sentían en declive y que deseaban recuperar la pujanza reclamaron el auge perdido mediante la desconexión global. La protección y la dignidad que les habían sustraído en las décadas anteriores las trataban de reconquistar mediante la recuperación de la fortaleza nacional, el único camino de salida que percibían como posible. La clase había sido sustituida por el territorio como factor político primero.

Una tercera recomposición del tiempo en espacio y del desplazamiento de las tensiones entre clases hacia las tensiones entre Estados está teniendo lugar con la conformación de bloques internacionales. La guerra de Ucrania ha reforzado las alianzas occidentales a través de la coincidencia militar, en cuanto a defensa de valores y posicionamientos estratégicos, entre EEUU, Europa, Canadá, Australia, Japón y Corea del Sur. Por su parte, los países BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) están articulando nuevas formas de relación entre ellos, han aumentado su influencia en África, Oriente Medio, Asia y América Latina, y aspiran a liderar a los países subdesarrollados frente a Occidente. En esa sacudida que es la desglobalización se están formando nuevos espacios de poder cuya intención última es trazar líneas de acción que conduzcan a un buen número de países hacia una menor subalternidad respecto de EEUU.

Lo peculiar del enfrentamiento entre ambos bloques es el discurso que lo canaliza, según el cual los países que han estado subordinados a Occidente cuentan por fin con una alternativa para desarrollarse frente al Norte egoísta. Esa repetición en el plano internacional de la vieja lucha entre pobres y ricos es relevante, ya que amplía la escala: las tensiones internas que tienen lugar en Occidente, con regiones de un país enfrentándose por el reparto de

los recursos y con las zonas en declive separándose cultural y políticamente de las prósperas, se reproduce ahora en la dimensión internacional.

En esta nueva competición aparece un aspecto muy relevante: las regiones que están comenzando a impugnar de manera decidida el orden internacional cuentan con fortalezas no desdeñables. El bloque occidental, optimista y global, se había centrado en la innovación como espacio en el que iba a tener lugar la lucha por el futuro, de manera que los países que lograsen liderarla se convertirían en los dominantes. Sin embargo, esa perspectiva está pagando el precio de haber olvidado elementos básicos. En la energía parece evidente, y la guerra de Ucrania nos lo ha subrayado: la necesaria renovación verde no ha logrado desarrollarse lo suficiente como para suplir la necesidad de petróleo, gas y carbón, y tampoco Europa había trazado planes alternativos si fallaban sus principales suministros.

No es el único campo en el que las debilidades estratégicas se han dejado sentir: Occidente se ha convertido en un espacio dedicado a la venta, a los servicios, a la creación de símbolos, a la creatividad rentista y a los juegos con algoritmos financieros, y sólo ha reservado una pequeña parte de su actividad a la producción y a la innovación, lo que nos ha costado caro en la pandemia y con la guerra. Mientras tanto, el bloque BRICS y sus potenciales aliados cuentan colectivamente con grandes masas de mano de obra, industria, agricultura, industria, productos de uso cotidiano y redes energéticas.

Por decirlo con otras palabras, lo básico no está en nuestras manos. Gran parte de lo que necesita Occidente está fuera de su territorio y sus vínculos con los países proveedores son ambiguos. EEUU ocupa una mejor posición, ya que el fracking le ha permitido convertirse en un gran productor mundial de petróleo y gas, y ha iniciado un repliegue relocalizador que le concede mayor margen, pero eso no termina de ser una buena noticia para sus aliados, ya que potencia el riesgo de que EEUU actúe cada vez más por su cuenta y sin considerar intereses comunes. En todo caso, por unos y otros caminos, esta reconversión de la línea temporal, la que se dirigía hacia el futuro y hacia el exterior, en una línea espacial, con el

nuevo papel de los territorios, señala de manera palpable cómo la soberanía está regresando al primer plano.

El paradójico retorno de la soberanía

La constatación de que la desglobalización está en marcha la han subrayado los Estados más poderosos del mundo, EEUU y China, que han actuado de maneras claramente hostiles a los consensos liberales de la era global. Los aranceles, el impulso a su industria y la gran inversión pública en sectores estratégicos muestran a unos EEUU diferentes de aquellos que propugnaban la apertura de fronteras y el reinado de la OMC. China es una economía capitalista, pero dirigida por el poder político y con sectores de su mercado cerrados a empresas extranjeras. No obstante, el fortalecimiento del poder estatal y la acción en términos nacionales, que ya había estado presente desde la crisis de 2008, se intensificaron durante la pandemia, y no sólo en las dos grandes potencias. Las medidas que se han tomado desde 2020 han estado directamente relacionadas con la utilización de capacidades soberanas en todos los Estados que poseían los instrumentos para ello. Incluso ocurrió en la UE, que desplegó una serie de acciones públicas, insistentes y decididas, en clara contraposición con la ortodoxia dominante hasta la década pasada: la defensa del euro a través de la compra de bonos estatales, vigente desde el «whatever it takes» de Draghi, se vio extendida con el covid y se amplió a la protección de las empresas europeas; se diseñaron tímidos planes de reindustrialización y políticas dirigidas a restablecer la soberanía energética, y las prohibiciones para las ayudas de Estado se relajaron. También los Estados europeos, empezando por Francia y Alemania, priorizaron la protección nacional con la introducción de grandes cantidades de capital para apoyar a sus poblaciones durante la pandemia o para mantener la propiedad de empresas estratégicas.

Esta clase de medidas, todavía más presentes desde la guerra de Ucrania, se revistieron de excepcionalidad, como si se tratase de acciones puntuales que desaparecerían cuando la normalidad regresase. Pero nada apunta a que esa vuelta al pasado esté ocurriendo: ya no hay normalidad a la que volver. El retorno de la

soberanía y de la consiguiente importancia del Estado está tejiendo el orden mundial con insistencia. EEEUU está reforzando sus capacidades energéticas, continúa desarrollando su industria armamentística y desea asentar su expansión financiera y el predominio de sus tecnológicas: es la esencia de su política, y nada hace pensar que no vaya a persistir en ella. China se desarrolló a partir de una planificación orientada al fortalecimiento de su imperio y continúa por esa senda. Países como India, Turquía o Hungría, por citar sólo algunos ejemplos, se han robustecido mediante la acción estatal con el fin de sacar partido de la nueva situación internacional, a menudo jugando a dos bandas, como los antiguos países no alineados.

El regreso al Estado no es una preferencia política ocasional, sino una tendencia en marcha que pone en el centro el reforzamiento de las capacidades nacionales. La vuelta de la soberanía parece un hecho, no una opción: los Estados que más favorecidos están saliendo de este cambio de modelo son aquellos que han apostado por el fortalecimiento de su territorio.

Sin embargo, soberanía es un término que continúa generando suspicacias y evocando fantasmas. Ha sido un concepto negativamente percibido, ya que remitía a las tentaciones autoritarias, a un intervencionismo con ribetes totalitarios, a un deseo de regreso al pasado. La soberanía era un peligro porque amenazaba el orden internacional creado, sus instituciones y la posibilidad de que la economía siguiera creciendo gracias al libre flujo de capitales. Sonaba a una participación intrusiva del Estado dirigida a eliminar la iniciativa individual, a apoderarse de los ámbitos que funcionaban más satisfactoriamente en manos privadas, a ceder ante los impulsos autárquicos imposibles en un mundo interconectado; no era más que el reflejo nostálgico de la negativa a aceptar las nuevas realidades.

Si desbrozamos los hechos del discurso, lo cierto es que esa acción soberana no ha estado ausente de la época global. Todo lo contrario: mientras el mundo, y particularmente Europa, pensaban en términos de apertura, tanto EEUU como China jugaban sus bazas desde una perspectiva de Estado. Dado que la arquitectura internacional establecía unas reglas que permitían excepciones

significativas, el resultado no fue un mundo más abierto sino más dispar: muy pocos Estados, como EEUU, China o Alemania, adquirieron mucho más peso que otros. Esta fue una de las contradicciones principales de los tiempos precedentes: una estructura cuya teoría pretendía promover relaciones más equilibradas causó en la práctica brechas profundas entre Estados, ciudades y clases sociales. La consecuencia lógica fue el aumento de las asimetrías de poder y, en ese juego, los Estados que conservaron las capacidades soberanas salieron mucho más reforzados. No es extraño, pues, que en la desglobalización los Estados giren hacia el reforzamiento de sus capacidades. Lo llamativo de esta transición hacia la soberanía es la paradoja en la que está inmersa: al mismo tiempo que se regresa a ella, se la niega de continuo.

El primero de estos movimientos contradictorios vino impulsado por el lado derecho del espectro político y poseyó una innegable vertiente cultural. Consistía en la defensa de una identidad, de un lenguaje, un carácter, unas costumbres y una historia que se consideraban en peligro como consecuencia de una globalización unificadora. Era una visión que se centraba en los efectos negativos de la invasión del territorio nacional, ya fuera por los inmigrantes con tradiciones y religiones opuestas al cristianismo y a los valores occidentales, por los productos que llegaban al mercado nacional desde países que ejercían la competencia desleal, o por las intromisiones de las instituciones foráneas en asuntos identitarios. En Polonia, Hungría y los países del Este esta estrategia fue evidente, como en Reino Unido, y penetró sustancialmente en muchas derechas populistas europeas. Era una versión de la soberanía que aceptaba las bases de la globalización económica, pero ponía en tela de juicio sus secuelas culturales.

La segunda tendencia provino de una comprensión bipolar de la soberanía, ya que se la utilizaba al mismo tiempo que se la rechazaba. Se recurría de continuo a instrumentos como las ayudas de Estado, a la acción protectora de los bancos centrales o al apoyo decidido a las empresas nacionales, pero se insistía en que no se debía dar un paso atrás en la globalización y que esas eran medidas puntuales que tendrían que desaparecer más temprano que tarde. Sin embargo, cuanto más tiempo pasa, más presente está el empleo de recursos soberanos y más se insiste en la necesaria participación

del Estado.

La tercera ha consistido en aceptar el signo de los tiempos, pero rebajando el tono, como si hubiera que limitar los males a parcelas bien definidas. La soberanía vuelve a estar de moda, aunque reducida a áreas concretas. Es obvio en la energía, así como en el plano militar o en el terreno alimentario. Sin embargo, cualquier intento de llevar la soberanía más allá de estos campos es entendido como profundamente limitador: los prejuicios de la era global sobre el término siguen vigentes. La cuarta es la que se está produciendo en Rusia, así como en los nuevos países no alineados, con una indisimulada participación estatal que pretende reforzar las capacidades productivas, económicas y tecnológicas del Estado para hacer frente a un momento de cierre internacional. La soberanía, en este caso, implica un desacople evidente y un deseo de reposicionarse de una manera más favorable en el nuevo entorno.

Por todas estas vías la soberanía está de regreso. Se puede llamar de otro modo, o reducir las consecuencias de los cambios, o insistir en que la vuelta del poder de los Estados es un paréntesis y que a medio plazo la globalización liberal continuará con fuerza, o tildar este giro de catastrófico, pero el hecho es que está ahí.

No obstante, la soberanía es también un término equívoco, ya que da a entender una potencia y una libertad de acción que nunca se llegan a conseguir. Desde una perspectiva realista, no hay países plenamente soberanos, salvo que exista una única e indiscutida potencia hegemónica mundial. E, incluso en ese caso, los límites a su poder aparecerán de una manera u otra. Más bien, el concepto soberanía designa la capacidad de un territorio de dotarse de cohesión interior y de reducir las interferencias exteriores. La soberanía, como la libertad, no existe; nadie está libre de influencias, presiones y condicionantes. Del mismo modo que no hay individuo que no sea social, no hay país que viva en una esfera impenetrable. Si en el terreno privado se puede aspirar a la libertad, es decir, a escapar de las determinaciones indeseadas y a aumentar la propia potencia, esa capacidad de autodeterminación nunca es absoluta. Soberanía es, por tanto, la aspiración a contar con la mayor autonomía posible.

En el plano internacional ocurre algo muy similar, porque todo

territorio se interrelaciona de manera continua con otros que desean aumentar su poder, y, mientras no exista una organización que reproduzca a nivel mundial las estructuras estatales, siempre se verá influido por otros países de un modo u otro. Soberanía, en ese escenario, alude a la posibilidad de decidir las alianzas que se forjan y, en cierta medida, las condiciones en que tienen lugar, así como a la capacidad real para reforzarse interiormente y contar con mayor potencia exterior. En ese mundo estamos condenados a desenvolvernos: las asimetrías de poder continuarán presentes y darán forma a estructuras internacionales basadas en equilibrios siempre precarios. Las diferencias entre unos órdenes y otros no proceden de la inexistencia de las asimetrías, sino de la manera en que se lidia con ellas y en si se resuelven de maneras constructivas e integradoras o de formas destructivas.

Por tanto, la desglobalización implica un momento de cambio en el que, una vez que la arquitectura global ha quedado deteriorada, cada Estado (o grupo de ellos) intenta reposicionarse a través del incremento de su autonomía. Pero este regreso a la acción estatal no tiene por qué ser necesariamente un momento de riesgo; también es una oportunidad para dar forma a otra clase de sociedad, más cohesiva, en la que exista la posibilidad para las poblaciones de decidir sobre su destino económico, social y político. Puede ser también el momento del regreso a lo sólido.

El problema de la desglobalización selectiva

La guerra de Ucrania ha provocado que áreas como la seguridad y la defensa se conviertan en prioritarias. El gasto militar en los Estados occidentales debe aumentar sustancialmente, ya que, argumentan los estadounidenses, Europa ha vivido protegida por el paraguas de un ejército cuyo coste no ha sufragado en su justa medida. El acuerdo por el que los países de la OTAN incrementarán la adquisición de armamento hasta el 2% de su PIB, un compromiso cuya finalidad para la defensa de los territorios europeos, es parte de ese cambio de mentalidad. Al mismo tiempo, se ha afianzado la conciencia de que las interconexiones globales en esa área deben ser sustancialmente limitadas, ya que muchas de las innovaciones occidentales acaban por abastecer a ejércitos que pueden convertirse en rivales: el desacople debe tener lugar, en especial, en lo que afecta a China y Rusia.

La energía es otro ámbito crucial. La dependencia de Rusia y la debilidad geoestratégica que causa han obligado a Europa a replantearse la provisión de energía poniendo la acción estatal en el centro, tanto para encontrar nuevas fuentes de suministro estables como para reutilizar combustibles que parecían haber sido proscritos, como el carbón. En ese recorrido, y por más que haya existido cierta coordinación entre los países de la UE, cada uno de ellos ha elegido su propio camino, ya sea nacionalizando empresas energéticas, olvidándose de los planes verdes, reposicionándose del lado de EEUU y Marruecos y del gas licuado (aunque perjudique al suministro de gas argelino), como ha sucedido con España, o estrechando los lazos con Argelia, como han preferido Francia e Italia. En un instante de crisis, como ya ocurrió un par de años antes con el covid, se ha reaccionado protegiendo los intereses nacionales.

Esta respuesta en términos territoriales aboca a posiciones contradictorias dentro del bloque occidental. Aunque los consensos sean firmes, su letra pequeña debe leerse con atención. Respecto del

abastecimiento energético, una parte de las elites occidentales y algunos de los países principales entienden que los acuerdos firmados para combatir el cambio climático deben ser puestos en suspenso durante largo tiempo por la gravedad de la situación; que el suministro de petróleo y gas ha de ser prioritarios, y que el regreso de energías que se entendían contaminantes, como el carbón, o potencialmente peligrosas, como la nuclear, es inevitable si se aspira a un grado satisfactorio de soberanía energética. La otra lectura acepta esa suspensión, pero sólo a condición de que, en cuanto las circunstancias lo permitan, el desarrollo de las renovables sea impulsado de manera decidida, ya que es la única manera de compaginar la independencia en el suministro de energía con las necesidades del planeta. Esta facción también aboga por aflojar las tensiones con China, mientras la primera insiste en ser más agresivos si es necesario y en dar pasos adelante a la hora de desconectar Occidente de Pekín.

Los desacuerdos también van a estar presentes en el terreno militar, dados los distintos intereses nacionales. La insistencia estadounidense y británica, que coincide con la posición de la mayoría de los países del Este, en mantener el máximo tiempo posible la guerra de Ucrania se compadece mal con las necesidades de Alemania, del norte de Italia o de Francia, que abogan por una relación con Rusia en la que cierta integración con el bloque europeo pueda tener lugar.

Sin embargo, y más allá de los intereses particulares que se defiendan, parece haber un acuerdo amplio sobre el punto de partida. En la medida en que la guerra fría con China vaya ampliando su radio de acción, tanto más importante será resguardar ámbitos vitales de la influencia del bloque contrario (e incluso de algunos socios), y el nacionalismo, el estatalismo y el proteccionismo van a ser importantes, en este aspecto, en los sectores estratégicos. No es una pulsión momentánea, sino el anuncio de una transformación duradera, y llevar a cabo este programa implica una participación grande del Estado: hay sectores que no se podrán dejar en manos del mercado. En algunas ocasiones, el Estado correrá con el gasto directo y, en otras, como en la energía, se dará una colaboración público-privada en la que las instituciones nacionales ejercerán de aseguradoras de última

instancia si las inversiones no son rentables. Hay diferentes versiones de cómo debe desarrollarse esa participación institucional, pero incluso las más atrevidas, como la de Mazzucato, que aboga por un Estado emprendedor que dirija los procesos, entienden que el papel institucional debe estar restringido a áreas determinadas.

Cabe formular, pues, la pregunta de por qué en sectores como la defensa o la energía el pulso interior debe recuperarse y el Estado debe tomar un papel activo y director con inversiones elevadas si es preciso, pero en el resto de la economía se debe actuar de una manera opuesta. Es una posición bipolar, ya que el discurso nacionalista, proteccionista y estatalista resulta válido en determinados ámbitos, mientras en los restantes el Estado debe seguir comportándose como si la globalización siguiera en marcha. Esta separación extraña configura la desglobalización selectiva en la que hemos entrado.

Es una respuesta contradictoria que conduce a un futuro complicado, en especial en términos internos. El mayor gasto militar y energético generará una factura que sólo puede pagarse, según el funcionamiento actual del sistema, a partir de su repercusión sobre la economía real, por lo que serán las clases medias y las trabajadoras las que correrán con la mayor parte del coste. Es decir, se vuelve a caer en el mismo error de las décadas precedentes: cada vez que un problema ha hecho acto de presencia, se ha cargado el peso de su solución sobre la economía productiva. El Medicare de Obama fue soportado por la clase media y baja estadounidense –fue una mala idea, salvo para un Trump que salió beneficiado del descontento que se generó–; si el sector inmobiliario sufría por las decisiones incorrectas de los inversores, eran las clases medias y las trabajadoras las que pagaban la factura; si Rusia invade Ucrania, la consecuencia última es la contracción en el nivel de vida de las poblaciones occidentales.

Seguir actuando de esa manera implica más parones económicos, más bifurcación social y más desestructuración nacional. Cada vez que nuestro sistema ha encontrado escollos en el camino, ha reaccionado como si hubiera una ley escrita en las estrellas que obligara a una mayoría de sus ciudadanos a cargar con la parte

mayor del sufrimiento, mientras las clases con más recursos continuaban incrementando su riqueza, y a menudo de manera sustancial. La economía real y los integrantes de la misma, trabajadores, autónomos, pequeños empresarios, industrias nacionales, son los que han corrido con el coste último. La desglobalización selectiva transita por el mismo camino y las consecuencias serán muy parecidas; con la peculiaridad de que, al llover sobre mojado, el umbral de resistencia social es ya mucho más quebradizo. Los cambios políticos profundos que estamos comenzando a vivir han dejado suficientes señales en ese sentido.

La desglobalización selectiva es una idea errónea porque exige sacrificios sin aportar caminos de salida. No se trata de soportar un gasto coyuntural tras el que saldremos más fuertes, sino de dar un paso más hacia el declive. Los planes digitales y verdes suponen, tal como están trazados, destrucción de empleo y fragilización de la economía productiva. Las propuestas estándar para mejorar la economía nacional (y la europea), como las reformas para abaratar la mano de obra y ser más competitivos en las exportaciones, la formación continua para que los trabajadores se adecúen al nuevo mercado y la focalización en la productividad, son una trampa para la mayor parte de las poblaciones occidentales. Constituyen una estrategia de salvación individual, no un plan para un territorio, y menos para el conjunto del sistema.

El caso de la formación es ejemplar, porque señala hasta qué punto el objetivo se fija en la diana errónea. La insistencia en la adquisición de conocimientos, ahora de manera continua a lo largo de la vida, puede ser un instrumento útil siempre que se sitúe en el contexto adecuado: contar con mano de obra cualificada es necesario, pero si se tiene dónde emplearla. De nada sirve educar a varias generaciones para que posean competencias elevadas en matemáticas o en informática si no se dispone de los puestos de trabajo en los que puedan demostrar sus habilidades. Normalmente sucede al revés: España carecía de una población formada durante el desarrollismo, pero la existencia de empleos consiguió que cada vez más trabajadores aprendieran los conocimientos precisos para desempeñar sus tareas. China contaba con grandes masas de mano de obra muy escasamente cualificada y, sin embargo, ha crecido enormemente y se beneficia ahora con un buen número de

destacados especialistas. Hay que pensar a la inversa y poner el foco en la creación de empleo, no en la capacidad de la mano de obra. De otro modo, tendremos una población muy formada en trabajos para los que no hace ninguna falta (no es necesario un posgrado para servir copas, vender seguros o pedalear en Glovo) y se provocará que aquellos que cuenten con recursos y posibilidades emigren hacia países en los que su conocimiento encuentre una adecuada traducción salarial. Otros lugares se aprovecharán de nuestro esfuerzo educativo, muchas zonas se despoblarán aún más, el talento de nuestros especialistas no se invertirá en España y continuaremos siendo un país de tercera dedicado al turismo y a cuidar personas mayores.

En estos planes late una peculiar correspondencia con el modo en que se actuó cuando las ciudades pequeñas e intermedias iniciaron su declive. La reacción consistió en transformar estéticamente la ciudad, en volverla agradable a la vista, al menos en sus centros históricos, y en desarrollar iniciativas turísticas para atraer visitantes y quizá nuevos pobladores. Ante la pérdida de empleo y población, se optó por delinear ciudades más bellas, como si el engalanamiento provocase ineludiblemente el regreso de la vitalidad económica. Con la mano de obra formada ocurre algo similar, como si ornamentando a nuestros trabajadores los empleos les fueran a llover. Actuar de ese modo supone una invitación a la emigración mucho más que un plan para mejorar un Estado; es un programa para expedir pasaportes más que una estrategia seria para los tiempos que vienen.

Países como el nuestro no pueden esperar nada positivo de la desglobalización selectiva. La única manera de mantener una posición relevante en ese contexto de competición entre potencias es dotarse de las capacidades necesarias y del poder suficiente para afrontar los nuevos tiempos con éxito. Y para ese objetivo se necesita una inversión elevada. Hablamos de un territorio (y aquí los males españoles y los europeos son semejantes) que no se ha cuidado a sí mismo, que ha deslocalizado buena parte de los procesos productivos, algunos en áreas vitales, que se ha olvidado de la cohesión interna y que no se ha situado bien en las nuevas áreas tecnológicas. Hay que recordar que la experiencia del inicio de la pandemia debería habernos enseñado muchas lecciones sobre

la debilidad europea, y debe subrayarse que la inflación actual es producto de esa negación de lo estratégico: producir en lugares lejanos, en países que pueden dejar de ser aliados pronto y en un mercado concentrado supone demasiada exposición gratuita. Las consecuencias futuras de esa debilidad pueden ser mucho peores que las de un aumento de los precios.

Igual le ocurre a EEUU: puede continuar sumido en una economía financiarizada e incluso así controlar el malestar de su población, pero el resultado obvio será la pérdida de influencia internacional y el auge del bloque liderado por China. En este sentido, hay que ser tajantes con todos aquellos que ven a Pekín como un peligro para las democracias liberales y que insisten en que la prioridad es frenar el ascenso asiático: no lo lograrán sin una acción de recomposición interna y sin un tipo de economía mucho más cohesiva gracias a la cual se puedan reforzar tanto las instituciones como las capacidades estratégicas.

No hay otra manera, si se quiere librar la batalla geopolítica en lugar de utilizarla como excusa para continuar en una economía disgregadora, que asentar las fortalezas internas. La única receta posible tiene que ver con un cambio de eje en el sistema económico, porque de ello dependen no sólo el bienestar de los ciudadanos de los países europeos sino la misma suerte del bloque occidental. Ambos elementos, las dificultades geopolíticas y el nivel de vida empobrecido de los ciudadanos, van a la par, ya que son producto del mismo hecho, la confianza en una manera ineficiente de gestionar la economía que dio forma a una perniciosa estructura global. Podría haber ocurrido de otra manera, porque Europa ha dispuesto de recursos suficientes en estas últimas dos décadas, pero, en lugar de invertirlos productivamente en sus territorios, ha preferido las aventuras inmobiliarias y los productos financieros. Es hora también de que la UE cambie el paso, porque los grandes países ya lo están haciendo, y se corre el peligro de llegar tarde al nuevo escenario. Lo que eso significa lo estamos viendo en las áreas cruciales de la desglobalización selectiva, como la defensa y la energía. Y lo explicó Biden antes de dar marcha atrás: un papel mayor del Estado, inyección de dinero en la economía productiva, papel secundario de los déficits, más planificación, más empleo, más industria, más ambición y mejor nivel de vida para las

poblaciones occidentales.

Una sorprendente planificación centralizada

Meses antes de la guerra de Ucrania, en la salida económica de la pandemia, se abrió una oportunidad. Biden anunció un plan ambicioso de infraestructuras y de empleo, y la UE respondió con un fondo de recuperación que iba en la misma dirección que el estadounidense, aunque fuera mucho menos ambicioso. Por primera vez en mucho tiempo las políticas estatales iban a poner en circulación capital destinado a la economía productiva.

En ese contexto, Biden pronunció un discurso en Cleveland que sorprendió por su rotundidad: el Gobierno iba a impulsar decididamente la creación de empleo; la economía del goteo se había terminado; las empresas debían aumentar los salarios si querían cubrir los puestos que necesitaban; había llegado la hora de que el entorno financiero pagase la parte de impuestos que le correspondía; los buenos empleos, en especial en sectores como el de la energía, debían dejar de deslocalizarse; se tomarían acciones de protección del mercado estadounidense, y EEUU debía convertirse en el mayor exportador del mundo en lugar de ceder ese lugar a China. Coronó esta serie de medidas recurriendo a valores que las fundamentaban: «Mi padre solía decirme: Joey, un trabajo es mucho más que un cheque. Se trata de tu dignidad. Se trata de respeto. Se trata de tu lugar en la comunidad. Se trata de poder mirar a tu hijo a los ojos y decirle: “Cariño, todo va a ir bien”»[4]. Era un regreso en toda regla a los postulados del New Deal y de la vieja socialdemocracia europea: presencia decisiva del Estado, vuelta del proteccionismo en muchas áreas, impulso de los salarios, control del mercado, impuestos mayores para las firmas desterritorializadas; todo ello justificado en el orgullo y la dignidad, y enunciado en Cleveland, Ohio, en el centro de la América que iba hacia abajo.

Biden dijo algo más, algo crucial: «¿Sabéis cuál es la base de la política exterior, la que determina nuestro estatus en el mundo? Una sola cosa: nuestro desempeño económico. Nuestro desarrollo

económico»[5]. Estaba reivindicando un papel principal de la economía política en tiempos convulsos a partir de la constatación del camino correcto: sólo una mayor vitalidad interior, una fortaleza económica que supusiera una mejora en las condiciones de vida de sus nacionales y un afianzamiento de las capacidades productivas permitirían contar con una política exterior firme y sólida.

En esa misma época, China había impulsado un nuevo lema como centro de sus políticas, el de la «prosperidad común». Pekín era consciente de que el crecimiento enorme del país no estaba paliando algunas de sus debilidades internas y que era precisa otra gestión de la economía: se debía mitigar la desigualdad, conseguir que sus ciudadanos tuvieran más recursos, asegurar la contribución de las grandes empresas al bienestar del país y reforzar el mercado interior. Un Estado con 1.400 millones de habitantes dispone de un potencial de desarrollo interno muy grande mediante el cual compensar el frenazo que sus exportaciones podrían sufrir en un tiempo de crisis geopolítica. La respuesta de Xi Jinping iba en la misma línea que la de Biden. Las dos grandes potencias económicas mundiales parecían estar de acuerdo en que era necesaria una nueva orientación y coincidían en el camino que se debía tomar.

Nada de eso se ha cumplido. Biden encontró muchas resistencias, en el Capitolio y fuera de él, para aprobar los planes de inversión prometidos y no demostró ni el ímpetu ni la voluntad precisos para que sus propuestas se hicieran realidad. Pekín, a pesar de tener muchos menos condicionantes políticos, no perseveró en el empeño de reconducir, al menos en parte, su economía hacia el lado interno, ya que las exportaciones continuaron a pleno pulmón y surgieron contratiempos derivados de las inversiones chinas en el sector inmobiliario y en infraestructuras no necesarias. Ambos sabían cuál era la fórmula correcta, pero se negaron a adoptarla por motivos diferentes.

Lo que Biden y Xi Jinping habían afirmado tenía mucho sentido, porque era la ruta idónea. El papel relevante de la economía productiva, con el consiguiente elevamiento del nivel de vida de sus ciudadanos y de sus posibilidades de consumo, permitiría asentar las capacidades estatales y su independencia en áreas estratégicas.

Actuar de esta manera suponía hacer frente a muchas resistencias, ya que implicaba desmontar las ideas económicas y políticas dominantes durante la era global. En Occidente, un punto en particular generaba grandes suspicacias: la participación del Estado.

Este rechazo es llamativo porque los hechos niegan tales prevenciones. Los países que han utilizado políticas estatales activas han salido favorecidos incluso en los tiempos de la globalización. China, Japón, Corea del Sur o Taiwán han usado instrumentos de impulso industrial para sectores específicos, incluidos los subsidios, las rebajas de impuestos y otros mecanismos ligados a las ayudas de Estado, y eso les ha permitido posicionarse sólidamente en la economía internacional. Tras la guerra de Ucrania, estas medidas están generalizándose, al menos en los Estados con más recursos y poder.

El papel relevante de las instituciones públicas, no obstante, va en sentido contrario de creencias arraigadas. Actuar estatalmente sigue sonando a interferencia en un mercado que debe funcionar de manera libre. Es sinónimo de corrupción, regulación, ineficiencia, burocracia y peleas partidistas; constituye una amenaza intervencionista siempre latente y una pulsión autoritaria que debe desactivarse. La planificación, es decir, la participación del Estado como actor importante en la política económica, conllevaría la asignación ineficiente de los recursos, generaría desempleo, aumentaría el coste de la vida y produciría una significativa falta de innovación.

Sin embargo, estas tesis no se acompasan con la realidad, ya que, en una economía concentrada como es la nuestra, la planificación siempre tiene lugar: lo que está en juego es quién desempeña el papel director. Ya en 2016, la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo señalaba[6] que los principales actores de la planificación económica no eran los Estados, sino la banca privada y los fondos de inversión[7]. Por tanto, las críticas a las perturbaciones que causan las instituciones públicas en la economía carecen de validez[8], por irreales, y porque tampoco dicen demasiado acerca de cómo solucionar nuestros problemas. Más bien forman parte de discusiones teóricas, propias de expertos y fáciles de contestar sobre el papel, acerca de quién asigna mejor

los recursos, si el Estado o los mercados. En la realidad es más frecuente concluir que, dependiendo del momento y del caso concreto, a veces hay que impulsar una acción pública imprescindible y en otras ocasiones conviene dejar mayor margen a la iniciativa privada. Además, se trata de un debate que suele plantearse en términos maximalistas, como si hubiera que elegir entre la planificación desarrollada por la burocracia pública o la planificación aún más centralizada de la burocracia financiera de Wall Street, cuando, históricamente, las más exitosas han sido las economías mixtas[9].

En segundo lugar, poner el énfasis en los actores relega a un segundo lugar el asunto central: para qué se utiliza el capital, a qué sectores se destina, quiénes deciden dónde se invierte y con qué propósitos. Las respuestas a estas cuestiones son muy relevantes porque determinarán el futuro. Y son importantes, además, porque en las últimas décadas, y en particular desde la crisis de 2008-2011, la introducción de capital en la economía ha sido masiva a través de los bancos centrales y del dinero barato y, sin embargo, la economía productiva no se ha reanimado, más bien al contrario. En su mayor parte se ha utilizado para promover fusiones y adquisiciones, operaciones apalancadas, inflar las apuestas financieras y crear nuevos monopolios. Es decir, a pesar de que existía capital disponible, no se ha destinado a la economía real y no ha servido para crear empresas, ni para ayudar a las existentes, ni para fortalecer sectores estratégicos, ni para generar nuevas oportunidades en sectores en los que España y Europa podrían tener desarrollo. Incluso la pequeña parte de capital que ha ido a parar a las pymes lo ha hecho en malas condiciones: «En términos relativos, el coste de los préstamos para las empresas más pequeñas ha sido considerablemente más alto que para las demás, lo que las coloca en una desventaja considerable»[10]. Tampoco ha promovido un tipo de economía que fomentase el aumento de salarios y un mejor nivel de vida de los trabajadores.

La explicación de este deficiente empleo de grandes cantidades de dinero está muy relacionada con el entorno financiero y su olvido de la función productiva del crédito. Las finanzas han impulsado conscientemente un nuevo tipo de economía cuyo propósito era deshacerse de los riesgos: la finalidad última era conseguir

inversiones muy rentables, pero siempre seguras. El resultado de este cambio de perspectiva, al que se le ha dado el nombre de financiarización, consiste en una intermediación dirigida a orientar la economía hacia un futuro en el que las rentas sean fluidas y continuas; es la planificación, a través de la aplicación de diferentes instrumentos de control, de una organización cuyos efectos sean altamente previsibles.

Esta idea va contra el mercado mismo, cuya esencia es la incertidumbre, y que, precisamente por someterse a ella, premia más a quienes mayores riesgos toman. Unir seguridad y rentabilidad es una aspiración casi imposible, salvo que se alteren las reglas del juego. Y en eso consiste la financiarización, en el intento de modificar los modos de funcionamiento de la economía de libre mercado para deshacerse de los peligros aparejados en toda inversión.

Uno de los modos típicos empleados para ese objetivo es la concentración de sectores y subsectores. La conformación de monopolios y oligopolios supone un instrumento que perturba la economía, pero que asegura el futuro: dado que el poder que detentan es grande, pueden ponerlo a trabajar en su exclusivo beneficio. Sectores como la electricidad, la telefonía, la banca, las aerolíneas o las cadenas mayoristas operan a través de un pequeño grupo de firmas que controlan la mayor parte de sus mercados. Su capacidad de maniobra es muy elevada, ya que, al contar con mercados cautivos, pueden fijar precios, recortar la calidad de bienes o servicios, anular las prestaciones que no les resultan rentables, apretar a los proveedores, deslocalizar o externalizar, reducir salarios e incluso capturar a los reguladores[11].

Otro modo particularmente eficaz de asegurar la rentabilidad consiste en extraer valor en lugar de añadirlo. Se trata simplemente de identificar espacios con bolsas de capital e inventar mecanismos para trasladar ese remanente hacia inversores. Este objetivo ha dirigido la innovación hacia la invención de fórmulas para captar recursos, como la ingeniería fiscal o contable, y no hacia el desarrollo de nuevos productos o servicios. Las empresas productivas, cuando se ven presas de estas prácticas, sufren especialmente. No necesitan aumentar ingresos, idear mejores

productos o competir eficazmente con otras compañías para obtener beneficios, lo que genera mucha rentabilidad en poco tiempo, pero dirige a las firmas a una situación autodestructiva a medio plazo.

La intermediación es el modo más frecuente en que la economía financiarizada extrae valor. Al convertirse el capital en el punto central del sistema, reducir los espacios por los que los flujos circulan permite controlar los procesos y aprovecharlos en beneficio propio. Un ejemplo es el Chicago Board of Trade –la Bolsa Mercantil de Chicago–, el mercado de futuros más antiguo del mundo. En él se fijan los precios de referencia de los alimentos para todo el mundo, de modo que las decisiones que allí se toman condicionan decisivamente a los consumidores, pero también a los productores, porque determinan a qué precio podrán vender su cosecha[12]. Esa intermediación planificada opera sobre gran parte de los sectores esenciales de la economía real, lo que explica en gran medida los procesos inflacionarios de los últimos tiempos. Pero también ejerce como fuente de influencia para la economía real: buena parte de las nuevas empresas han tratado de reproducir esa intermediación concentradora en áreas del servicio o del comercio. La economía de plataforma, conformada por firmas como Amazon o Uber, nace de esa misma idea.

Aquello que se quería evitar, la perturbación del mercado a través de la intervención de un actor poderoso, el Estado, ha derivado hacia nuevas formas de planificación y centralización dirigidas por actores privados. Muchas de las disfunciones de este tiempo han sido creadas por estructuras que ejercen un control exhaustivo sobre proveedores, trabajadores y clientes con la intención última de extraer más valor para los inversores de una manera regular, fluida y previsible. Este funcionamiento va en contra de las bases del libre mercado, perjudica a los consumidores y productores, deteriora las capacidades públicas y daña sustancialmente la economía real.

No es extraño, por tanto, que las acciones que están llevando a cabo los Estados en el tiempo de la desglobalización tengan que ver con la recuperación del poder perdido. Las debilidades estratégicas, la carencia de instrumentos de reacción frente a las dificultades y los frecuentes obstáculos para tejer planes a medio plazo, justo eso que ha ocurrido en las empresas, han impregnado también a los países.

Mientras la globalización estaba en marcha, parecía un asunto menor, porque se confiaba en una estructura para la que ese poder era innecesario. Pero cuando la crisis sistémica se ha manifestado, los Estados más dependientes de la planificación financiera y que, en consecuencia, habían externalizado sus capacidades productivas y energéticas son los que más están sufriendo.

La nueva participación del Estado en áreas estratégicas está relacionada con una de sus características ineludibles, que va mucho más allá de un tipo concreto de economía, como es la facultad de los territorios para fijar sus objetivos por encima de actores e intereses individuales. Aquí ha residido la gran diferencia de China con Occidente: Pekín permitía la existencia de grandes firmas y las impulsaba, pero a condición de que se subordinaran al interés nacional (y al del Partido Comunista) siempre que fuera necesario; en Occidente eran las redes financieras las que estaban por encima del Estado y, por tanto, las que han mediado poderosamente en las decisiones que este tomaba.

Las diferencias entre un tipo de poder y otro son evidentes y plantean grandes dilemas. Por eso la palabra soberanía vuelve a estar presente, ya que los territorios precisan que los distintos poderes que los conforman estén supeditados a las necesidades comunes. Esto era, en última instancia, lo que apuntaba Biden en su discurso de Cleveland. Había que regresar a la economía productiva y a la fijación de objetivos a través del Estado por una exigencia económica, pero también por un imperativo geopolítico: al introducir capital para crear empleo, aumentar el nivel de vida, reforzar el mercado interior, asentar las infraestructuras y recuperar capacidades estratégicas, se impulsaría la economía productiva, el país se reforzaría y su potencia sería mayor a la hora de hacer frente a los desafíos internacionales.

Lo que estamos viviendo ahora no es ese momento a lo Roosevelt que apuntaba el presidente estadounidense, sino un proceso de desglobalización selectiva que pretende añadir elementos nacionalistas al dominio de la planificación privada. Son tendencias cuya incompatibilidad de fondo señala uno de los problemas más relevantes de nuestro tiempo: la relación entre poder político y poder económico.

La síntesis

Desde el siglo xix, las estructuras económicas y las democráticas han vivido una relación complicada. Las luchas europeas por implantar el sufragio universal contuvieron un buen retrato de los intereses que se enfrentaban y de los problemas que se trataban de evitar. La burguesía pretendía obtener derechos políticos de representación frente a la aristocracia y a las monarquías, que deseaban mantener la democracia censitaria. Para conseguir esos derechos, la burguesía estableció alianzas con miembros subalternos de su misma clase, como pequeños empresarios, artesanos y propietarios campesinos, pero también necesitaba que las capas populares se pusieran del lado de sus reivindicaciones. La aristocracia y la gran burguesía, no obstante, eran reacias a esa ampliación de derechos, porque temían que, con la llegada del sufragio universal, la incorporación de las masas campesinas y el proletariado urbano a la política institucional amenazase el funcionamiento íntegro del sistema: era muy probable que, aprovechando su nueva posición, los desposeídos trataran de modificar el régimen de propiedad. Sin embargo, la implantación del sufragio universal no supuso la revolución que los conservadores temían, ya que la mayoría del pueblo, cuando era llamado a las urnas, votaba por opciones moderadas o conservadoras, cuando no reaccionarias.

Esa prevención contra la participación de las masas en la política no desapareció, sino que se desplazó hacia otras esferas, como los controles jurídico-constitucionales, por si el parlamento daba pasos demasiado atrevidos, o hacia una arquitectura institucional que limitase de hecho el poder de los representantes elegidos mediante la atribución de funciones muy amplias al presidente del Gobierno o al monarca. Cuando las fuerzas obreras, como ocurrió con el partido socialdemócrata alemán, comenzaron a articularse como partidos de masas que aspiraban a gobernar, esas suspicacias aumentaron, y más aún tras la Revolución rusa. El desarrollo de la República de Weimar sólo es explicable desde esta continua prevención.

Ese problema con la democracia se repite hoy, en el sentido de que, si bien está plenamente asentada y aceptada en Occidente, su alcance es más limitado que el que las leyes señalan: hay ámbitos que se resguardan de la influencia popular. La globalización, más allá de cuáles fueran sus ideales y sus valores expresos, ha producido un vaciamiento de la voluntad democrática mediante instrumentos como los tratados comerciales, los tribunales económicos especiales, las decisiones de las instituciones internacionales y el poder de los mercados financieros, que han despojado de su esencia el equilibrio entre capital y trabajo que tenía su representación en los parlamentos. En Europa, los déficits democráticos en la UE son notables, y la misma existencia de un banco central desligado del poder político, con el mandato expreso y único de controlar la inflación y configurado como órgano de expertos, muestra cómo la esfera económica circula por encima de la política. La desconfianza respecto de la participación de las poblaciones en su destino económico tiene una expresión muy nítida en esta distancia entre el ámbito técnico y el político: la gestión económica de las sociedades ha tenido lugar mediante consensos tejidos en instituciones internacionales y espacios de inversión por especialistas ideologizados.

Aquí ha residido una de las mayores contradicciones de nuestro sistema, que ha funcionado de un modo esquizofrénico: mientras el liberalismo dominante exigía un respeto escrupuloso del funcionamiento institucional e insistía en el rule of law a nivel internacional, permitía excepciones continuas en la articulación del sistema económico y autorizaba la creación y el desarrollo de poderes privados que carecían de vigilancia democrática o que estaban sustancialmente desregulados. El liberalismo era un instrumento necesario para supervisar y ordenar el poder estatal y político, pero a condición de permitir que los mercados funcionasen sin ninguna interferencia de la voluntad colectiva. Esto era extraño para la doctrina liberal, que desde Adam Smith era fundamentalmente una técnica de defensa del individuo frente a cualquier clase de poder (político, religioso o económico) y que ponía especial énfasis en su rechazo de la economía rentista. En nuestra época, incluso herramientas tan liberales como el antitrust fueron continuamente minadas en su eficacia, en lugar de asentarlas como instrumento de defensa de los derechos del ciudadano.

Vigilar continuamente la política mientras se desenredaban las redes que permitían controlar el poder económico generó consecuencias negativas y dejó muchos perjudicados por el camino. La resistencia contra el sistema comenzó a crecer, aunque el descontento era fácilmente desarticulado en el discurso público. Puesto que liberales y socioliberales decían defender las instituciones, la ciencia, la objetividad y el sentido común, las posturas que los refutaban podían ser sencillamente desdeñadas como anticientíficas o antidemocráticas, cuando no puramente dictatoriales. Cualquier sugerencia regulatoria o de participación institucional en la economía, por parte de los Estados o de la misma UE, era percibida como una amenaza al sistema en sí; del mismo modo, cualquier argumentación en contra del funcionamiento económico era señalada como un ataque a las bases de la democracia misma. Las virtudes que ese liberalismo aseguraba encarnar sólo podían convencer en la medida en que enfrente contasen con enemigos enormemente peligrosos, y a su construcción se dedicaron muchos esfuerzos.

El funcionamiento discursivo que con tanta precisión describió Alfred Hirschmann en La retórica de la intransigencia no ha evitado que las contradicciones se hayan multiplicado y que los desplazamientos políticos hayan sido frecuentes, incluso adoptando las ideas defendidas por los enemigos políticos cuando han resultado convenientes: el partido conservador británico acabó con el UKIP mediante la absorción de sus propuestas, Biden está manteniendo la gran mayoría de las medidas tomadas por Trump, los liberales económicos han recurrido sistemáticamente al Estado para que arregle las disfunciones causadas por un mercado concentrado y el problema del déficit no ha sido en absoluto relevante cuando se ha destinado a incrementar el gasto en áreas estratégicas.

Estos desplazamientos inconsecuentes van a continuar produciéndose, ya que la era de la desglobalización lo es de tránsito, no de llegada, y veremos cómo ideas despreciadas son ahora acogidas con agrado por las mismas personas que antes las combatían. Es una señal más de que hemos iniciado un camino de resolución incierta, cuyo final puede ser muy distinto del imaginado, del mismo modo que la década de los veinte del siglo

pasado dio paso a unos años treinta notablemente diferentes.

Son movimientos típicos de tiempos agitados, cuando las revoluciones tecnológicas desatan transformaciones productivas, la desestructuración social espera una reorganización que no llega, las estructuras internacionales se reconstruyen y las fuerzas sociales se cohesionan de maneras distintas que en el pasado. En ese contexto, las opciones que podrían denominarse «de síntesis» suelen ser las exitosas, ya que, al unir continuidad y cambio, y hacer compatibles nuevas y viejas ideas, evitan que las poblaciones perciban las modificaciones en el sistema como transformaciones radicales, a las que son hostiles en tiempos de incertidumbre. Lo más frecuente es que las estructuras políticas conserven buena parte de sus características, lo que aporta una legitimidad necesaria, y que los cambios, incluso los sustanciales, se incorporen desde la apariencia de continuidad.

Un ejemplo fue el giro que introdujo Roosevelt: hubo de dejar atrás el capitalismo financiero, apostó decididamente por la economía productiva y puso el Estado en el centro, pero al mismo tiempo ofreció estabilidad para garantizar la pervivencia del sistema democrático. En la misma línea, pero en sentido contrario, tuvo lugar la gran transformación que emprendieron Thatcher y Reagan: en un instante de crisis propusieron revertir las decisiones mantenidas desde el New Deal y llevaron a sus Estados y a la economía internacional hacia un nuevo escenario. Todo eso ocurrió sin transmitir una sensación de ruptura. Más al contrario, la percepción de la continuidad sistémica permite a muchos expertos hablar de la larga época que va desde la salida de la Segunda Guerra Mundial hasta la fecha como si fuese la misma, cuando lo cierto es que hemos vivido en dos tipos de capitalismo sustancialmente distintos.

La siguiente opción de síntesis, en términos cronológicos, la desarrolló China. Era un país comunista, económicamente muy atrasado, que debía hacer frente a la entrada del capitalismo en su territorio, al igual que antes le había ocurrido a la Unión Soviética. Conocedor de las dificultades en ese tránsito que sufrió Rusia, Pekín optó por una postura mucho más prudente e introdujo los cambios por fases. Los dirigentes comunistas debían hacer compatibles las

viejas fuerzas, las inercias y los valores heredados con el empuje arrollador de un sistema económico que había derrotado a sus rivales en la Guerra Fría. En esa transición se mantuvo la sensación de estabilidad, ya que continuó siendo un país comunista regido por el partido, pero al mismo tiempo promovió reformas radicales que provenían del neoliberalismo. El resultado final es un país capitalista dirigido por el Estado, que se sigue llamando comunista, pero cuya legitimidad no ha sufrido en absoluto en esa transformación.

Estas soluciones de síntesis, mucho más que las revolucionarias, serán las que se desplegarán durante los próximos años. Sin embargo, y por más que incorporen nuevos y viejos elementos, nunca se conforman en términos de equilibrio: constituyen una resolución en la que una alternativa se impone sobre otra. Es una evolución en la que hay una parte ganadora y otra perdedora, a pesar de que sea percibida desde la cohesión y desde la ausencia de grandes rupturas. El aliento que recorre a toda opción de síntesis es transformador, cuando no revolucionario: contiene cambios importantes que dirigen hacia otro modelo de sociedad, y eso es algo que hoy debemos tener muy en cuenta.

En todo caso, como en todas las épocas de transformación, la naturaleza del poder político está en juego. En este regreso del territorio y del Estado puede existir la tentación de utilizar la desglobalización selectiva como siguiente movimiento de síntesis, pero eso significaría prolongar el funcionamiento bipolar que condujo a Occidente a una situación de debilidad. El doble carril fijado, con una vía para la defensa y la energía, y otra para el resto de la economía, conlleva seguir anclados en el viejo marco y supondrá mucha mayor tensión, más dificultades de gobernabilidad y nuevas fricciones partidistas.

En ese contexto es probable que se entienda que las sociedades occidentales son ingobernables y que conviene que el poder político sea más fuerte para domeñar el descontento de las poblaciones. Es una posibilidad peligrosa y muy latente: el surgimiento de regímenes que, aunque continúen denominándose democracias, giren hacia resortes autoritarios es una probabilidad no desdeñable. La otra opción sintética consistiría en abordar los problemas desde

una perspectiva constructiva, cambiar el eje económico y fomentar políticas que pongan el acento en la economía real, en los trabajadores y en las empresas realmente operativas, y que apuesten por el reforzamiento del mercado interior gracias a un impulso estatal. Sería un movimiento provechoso en muchos sentidos, ya que permitiría que las sociedades occidentales recuperasen sus capacidades y, por tanto, dejasen de ser un actor en decadencia. Pero más allá de la dirección que se escoja, estamos moviéndonos hacia otro lugar político. Hay que decidir cuál será, y aquí radica el principal problema existencial de Europa y, desde luego, de España.

El frente interno

Nuestra sociedad está presa del desánimo, del malestar, de la falta de energía. Se habla sin cesar de que se deben afrontar grandes desafíos, pero el conjunto social parece poco preparado: priman el presentismo, la polarización o la mentalidad egoísta. Sin embargo, estos tiempos duros albergan también la semilla de un futuro diferente y mejor; es el momento en que la transformación comienza a ser viable, en que se hace posible construir fuerzas que cambien la dirección y que fructifiquen en otro tipo de sociedad. Si se atiende al conjunto de señales políticas y económicas, todo apunta hacia la continuación agravada de los problemas presentes. No será así. Los tiempos que vienen serán peores o mejores, pero no serán los mismos. Los cambios de fondo no ocurren al azar, sino sólo cuando las condiciones estructurales los permiten y los instigan. En la medida en que las contradicciones de los sistemas afloran, en que los caminos conducen a vías muertas, se hace evidente la necesidad de otras fórmulas y emerge la posibilidad real de una renovación. No sucederá de manera inmediata, pero este es uno de esos instantes.

La desglobalización es el punto de partida porque arroja interrogantes poderosos respecto del destino de la civilización occidental, de cómo resistirá a los actores emergentes, de cómo va a afrontar la reorganización internacional y del papel que los Estados van a desempeñar en ella; asimismo, tendrá que responder a qué modificaciones deberán tener lugar en los sistemas políticos y económicos occidentales para hacer frente a las debilidades internas. El desafío chino, con los BRICS ejerciendo de pivote, pretende construir una organización internacional diferente que aspira a liberar a los países menos favorecidos de una era de dominio estadounidense y europeo. Desde su discurso, los Estados han de comenzar a rebelarse coordinadamente contra el orden internacional vigente y a construir una esfera relacional distinta. No obstante, la nueva guerra fría no se está librando desde argumentos ideológicos ligados a la configuración de nuevas estructuras

políticas. No hay un sistema alternativo de fondo: es una pelea por ganar poder, desarrollada en términos territoriales, entre diferentes partes del mundo. Ese movimiento, incipiente pero constante, conduce hacia un momento claramente geopolítico. Cómo reaccionar frente a él, qué armas utilizar y en qué medida, supone uno de los desafíos.

El otro consiste en la constatación de que las sociedades occidentales están encontrando numerosas dificultades para dar respuesta a ese reto a causa de sus tensiones internas: el aumento de las facciones dificulta la toma de decisiones efectivas. Ese enfrentamiento opera también en lo que se refiere a los intereses nacionales, como ocurre en el seno de una UE con puntos de vista muy diferentes, y entre la UE y la esfera anglosajona, cuyas necesidades y lógicas son distintas. En todos esos sentidos, en el social, en el nacional y en el de la relación dentro de los bloques, se van a vivir diversas pugnas que tendrán que elegir finalmente entre una posibilidad cohesionadora y otra disgregadora.

El repliegue nacional que se ha iniciado con la desglobalización puede tener lugar en una dirección contractiva, como el America First, de forma que EEUU haga pagar a Europa los costes del desacople, o que Alemania, ante una posición especialmente difícil, trate de repercutir sobre otros países de la zona euro los problemas que va a sufrir. También podría ocurrir que Alemania decidiera impulsar una Europa diferente, o que EEUU tejiera una alianza económica con la UE y pensara en términos occidentales y no sólo en la huida hacia delante. Esa visión de integración o de disgregación se repetirá en el interior de los países y habrá que ver si, como de costumbre en las últimas décadas, son las clases medias y las trabajadoras las que reciben el impacto negativo, y si los territorios y regiones pequeños e intermedios continúan en el deterioro en el que andan sumidos. Ahí es donde se va a jugar la partida, mucho más que en terrenos de institucionalidad política o de relaciones internacionales con China y Rusia. El frente interno será clave, ya que la única manera de afrontar esta crisis es asentar las fortalezas existentes: ahondar en los elementos disgregadores simplemente pondrá las bases de un futuro peor.

La lección soviética debería ser anotada, puesto que ha sido el

imperio más reciente en caer, y la forma y los motivos de su derrota nos dicen mucho acerca de cómo se libró la Guerra Fría. La contienda pudo ser bélica, pero las características devastadoras que habría tenido el enfrentamiento de las dos grandes potencias nucleares disuadieron de una confrontación directa. La guerra tuvo lugar por otros caminos, y los aspectos económicos, sociales y culturales fueron decisivos, ya que fue en el terreno interno donde las batallas se libraron principalmente. Muchos factores confluyeron en la caída de la URSS, y la carrera armamentística, con el esfuerzo en gasto bélico, resultó crucial, ya que deterioró el nivel de vida de los soviéticos. Sin embargo, fueron su falta de cohesión interna, la legitimidad decadente de sus elites y el deseo de cambios de sus ciudadanos lo que en última instancia ayudó a que el Muro de Berlín desapareciera y la URSS se disolviera. La Unión Soviética quedó agotada por un cúmulo de circunstancias, y una de las más significativas fue el parón que sufrió su proyecto a causa de la mala gestión de sus dirigentes. Cuando las dificultades se manifestaron y el país tuvo que hacer frente a una complicada situación económica, a la presión del bloque capitalista y a la cada vez menor aceptación entre sus poblaciones, la respuesta de Gorbachov fue ofrecer apertura de costumbres, participación democrática y transparencia, que eso significaba glasnost. Trató de solventar en términos de cambio institucional lo que era un problema económico y social: eligió una dirección errónea, como si hubiera interiorizado la forma de pensar capitalista, y ofreció una salida amable que dejaba sin resolver los problemas de fondo. Las elites de la URSS estaban divididas y los proyectos del partido, de la cúpula militar y del servicio de inteligencia, los tres grandes poderes, diferían sustancialmente[13]. Al mismo tiempo, los barones regionales contaban cada vez con más poder, lo que complicaba una salida común. Esa fragmentación interna se hizo más acuciante cuando el país quedó estancado y las fuerzas que constituían su motor, en lugar de unirse, redoblaron sus enfrentamientos. La única opción de supervivencia tenía que ver con coser el país a partir del impulso económico, con un proyecto de futuro que diluyese la fragmentación del poder, que ofreciera una nueva perspectiva material a su población y que supeditara las distintas elites a la nueva dirección. Como nada de eso ocurrió, los focos de descontento se multiplicaron, en especial en lo territorial, y tanto varias regiones de la URSS como algunos países del Pacto de

Varsovia comenzaron un pulso desmembrador. A partir del parón que sufrió su núcleo, los hilos que mantenían unido el bloque comenzaron a romperse y los problemas sociales, los de articulación territorial y los geopolíticos se hicieron mucho más acuciantes. Las elites respondieron arropándose en el poder regional y en el sectorial, y de ahí nacieron tanto las nuevas repúblicas como los oligarcas: pensaron en términos propios y vieron un futuro individual mucho más provechoso si se adherían a un sistema capitalista que les permitiría enriquecerse de manera sustancial y rápida. La última gran guerra, la Fría, se desarrolló mediante la presión interna mucho más que a través del lanzamiento de misiles o de enfrentamientos en el campo de batalla. La nueva guerra fría también tendrá lugar en ese terreno.

Dado que el frente interior será decisivo, las preguntas de Ortega acerca de qué mantiene unidos los territorios, de qué elementos otorgan legitimidad y de cómo se genera aceptación en poblaciones con intereses distintos vuelven a ser pertinentes. En un instante de decadencia y de polarización, la reacción no puede tener lugar únicamente en términos de dominación de un exterior rebelde, lo que llevaría inevitablemente a un grado mayor de autoritarismo interior. La puesta en marcha de un proyecto unitario que reúna voluntades dispersas, que se despliegue desde lo constructivo y que, al asentar en el presente las capacidades propias, ofrezca un futuro mejor, es una demanda de los tiempos. Dado que las propuestas no se construyen haciendo abstracción de las circunstancias de la época, entender las constricciones y las contradicciones presentes es esencial para encontrar un camino viable de salida.

En este sentido, debe constatarse de nuevo cómo, en el repliegue que supone la desglobalización, los territorios tienden a utilizar instrumentos típicos de la soberanía como elemento de refuerzo y de competición internacional. Este es un instante en que los Estados vuelven a contar, y hay zonas geográficas poco preparadas para ese giro. La Unión Europea es sin duda una de ellas, dado que, al no ser un Estado, carece de fortalezas esenciales. Sin embargo, en la misma formulación de sus problemas reside la solución: la Unión Europea podría dar un paso adelante y rearticular las capacidades productivas de un continente a partir de la apuesta decidida por generar una economía de gran espacio con instituciones políticas a

la misma altura. Podría ser el momento en que tomara las riendas, se despojase de todas las debilidades institucionales que la han construido y se organizase con una estructura diferente, mucho más funcional, que le otorgase la fortaleza interna de la que carece. Este podría ser el momento de construcción de una Europa real, asentada en una economía distinta, que priorizase el mercado interno y que aprovechase todas sus opciones: cuenta con muchos millones de consumidores con elevado poder adquisitivo, la suma de las capacidades de los países que la integran es enorme y su potencia conjunta le permitiría desempeñar un papel internacional mucho más relevante. Nada de esto se atisba, porque la idea de una UE unida a partir de un cambio de eje es particularmente antipática a muchos de los Estados que la conforman, e incluso a algunos de sus aliados. Ni siquiera se están dando pasos decididos en el sentido de poner sus instituciones políticas y democráticas a la altura de las económicas y monetarias, o de impulsar una necesaria unión fiscal, y la misma posibilidad de una federación o de una confederación parece muy lejana, dada la creciente animadversión de las poblaciones hacia Bruselas. En ese escenario, lo más probable es que se produzcan coaliciones entre una serie de países con intereses compartidos que defiendan posiciones comunes, en el bloque europeo y de cara al exterior, y que establezcan alianzas que les proporcionen mayor potencia. Pero, si eso no ocurre, y dado que la salida se va a producir en el plano territorial, lo más probable es que la fragmentación se intensifique y que la Unión vaya hacia un momento disgregador en el que sus integrantes demanden una autonomía mayor.

Con independencia de cuál sea la salida europea, la puesta en marcha de un proyecto cohesivo tiene que impulsarse desde el ámbito nacional. La dirección que tome la UE será decisiva, pero eso no evita que España deba actuar de otro modo y apueste de manera clara por estimular la industrialización, por utilizar la inteligencia económica para ganar espacios en el exterior, por planificar relocalizaciones, reforzar áreas estratégicas y ampliar las capacidades propias al máximo. Este va a ser un tiempo de fortalecimiento interior, y muchas visiones de la política industrial pueden ser utilizadas para que no sigamos cayendo en una espiral perniciosa de deuda, escasa inversión, economía de servicios y dependencia completa del exterior. Los tiempos que vienen,

además, exigirán no sólo contar con socios, sino negociar los términos de esa sociedad, y, en la medida en que se posean mayores capacidades, se firmarán mejores acuerdos. España necesita un impulso decidido después de décadas de abandono y este es el instante en que debería ponerse en marcha.

Ese movimiento implica renunciar a muchas de las certezas económicas de la época; obliga a ser realista y partir del momento concreto de la Historia que nos ha tocado vivir, de sus oportunidades y de sus contradicciones, y de la relación de fuerzas existentes; supone hacer abstracción de las verdades establecidas, una vez que se ha comprobado que no funcionan, y actuar estratégicamente en un mundo que lo exige. Las trampas de la globalización, con su permanente mirada hacia el futuro y hacia el exterior, nos han conducido a una posición de debilidad, como españoles y como occidentales, a la que hay que dar respuesta. Y esta requiere poner entre paréntesis los marcos desde los que hemos pensado la política y la economía en los últimos años, incluidas las certezas en las que se han movido la derecha y la izquierda, e ir al hueso, a la organización del poder y de los recursos, para actuar sobre ella. Este es un momento de economía política mucho más que de política económica: el realismo político quizá no deba ser el punto de llegada, pero desde luego lo es de partida.

Desde ahí es posible cambiar el paso, porque los tiempos lo demandan. No obstante, ese repliegue territorial, ya sea nacional o regional, puede ser llevado a cabo de maneras muy diferentes, por eso son necesarias fuerzas sociales que empujen en una buena dirección. Por más que estas aparezcan diluidas en un descontento generalizado, siempre terminan emergiendo, como nos enseña la Historia. El motor de los cambios opera, habitualmente, desde arriba: las elites suelen ser las fuerzas más revolucionarias de la sociedad, y así ha ocurrido en Occidente en los últimos cincuenta años. En otras ocasiones el pueblo entra en escena, y el resultado da en llamarse revolución, como la francesa o la rusa, pero eso sucede en sociedades completamente quebradas. No es el caso. Este es un momento de fuerzas mezcladas, difusas y fragmentarias, pero que acabarán por tomar una dirección y, en ese contexto, las poblaciones volverán a ser decisivas. Esa indefinición social también forma parte de la desglobalización.

La defensa de la civilización occidental

La historia occidental de los últimos dos siglos está recorrida por transformaciones inevitables que tuvieron lugar una vez que la burguesía y el proletariado se conformaron como fuerzas autónomas. Cuando nuevos grupos sociales hacen su aparición y promueven otros valores y otras formas de gestión política, resulta imposible sustraerse al movimiento. Lo demás termina aflorando: los líderes, las oportunidades, los momentos. El lugar en el que desembocan es desconocido y se descubre sobre la marcha, pero las mutaciones en la estructura se suceden, ya que los sistemas no pueden ir en contra de sus sociedades permanentemente.

Nuestro tiempo, sin embargo, carece de fuerzas sociales dominantes, puesto que están articuladas desde la fragmentación típica de los entornos en declive. Por más que tengan muchas características e intereses comunes, se muestran divididas en segmentos sociales: jóvenes, viejos, mujeres, hombres, poblaciones rurales o urbanas, funcionarios, pensionistas, autónomos, empresarios, trabajadores, etc. En esa dispersión, que es funcional, ya que el enfrentamiento de los grupos subordinados entre sí permite un elevado control social, los partidos políticos tienden a dirigirse a estos sectores a través de ofertas que les ofrezcan ventajas. Cada formación elige sus grupos prioritarios cuando hace apuestas de nicho electoral, o multiplica las propuestas parciales para captar el voto del mayor número posible de estos colectivos si su propósito es alcanzar el gobierno. Al actuar de ese modo, se demuestra una visión de la política muy limitada y una preocupante falta de poso ideológico, como si todo se solventase en la mera agregación de preferencias.

El tiempo de sumar fragmentos políticos se está acabando, puesto que las tensiones sistémicas conducen hacia miradas ideológicas mucho más amplias. De momento se han limitado a reunir partes de una sociedad en torno al combate de enemigos comunes, como los progresistas bolivarianos o los filofascistas, pero ese movimiento

tiene un recorrido corto. El momento requiere de una visión diferente, de una propuesta constructiva que genere cohesión en torno a un proyecto. Sería la mejor opción para evitar que la política siga enfangada en una polarización continua desde posiciones de izquierda y derecha, o de la pseudoizquierda y la pseudoderecha que han dominado las últimas décadas. En realidad, reunir los diferentes colectivos que integran una sociedad en una dirección común permitiría que la política volviera a tener peso, en lugar de constituirse como la mera subordinación a programas económicos sobre los que no decide.

Las dificultades para llegar a esta reunión de fuerzas sociales son notables. El neoliberalismo se mueve con mucha más comodidad en el entorno de los grupos dispersos, ya que, en última instancia, estos impiden que emerjan esas fuerzas populares de las que tanto desconfían. El liberalismo estándar prefiere el marco analítico de la agregación de preferencias, porque entiende que representa mejor a una sociedad plural. Quienes han operado en el populismo han intentado dar un salto y alcanzar espacios más amplios, pero lo han hecho desde una agenda cultural, y, por tanto, reducida, o desde la apelación a significantes vacíos que llenaban con un programa extemporáneo. La izquierda marxista desconfía de la posibilidad de esa reunión y entiende que, en el entorno conflictivo que es una sociedad, debe ser el proletariado, a través del partido, el elemento unificador. Ninguna de las formaciones actuales parece dispuesta a considerar la sociedad como un conjunto o, en su defecto, a diseñar programas que respondan a las mayorías sociales.

Habría que recurrir a otro Marx, al analista penetrante de las sociedades de su tiempo, como demostró en El 18 brumario de Luis Bonaparte y Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850, que ofrece pistas interesantes para entender nuestra época. La Francia que describía estaba compuesta, en realidad, por dos polos ideológicos, el de la reacción conservadora y el de la burguesía emergente, alrededor de los cuales circulaban, con distintos intereses, los aristócratas terratenientes, los burgueses industriales, los financieros, los comerciantes, los artesanos, los campesinos y los pobres urbanos. En un contexto en el que el proletariado no existía como tal, puesto que carecía de conciencia de clase y de organización, Marx optó por defender la democracia como modo de

ampliación de derechos políticos y como palanca futura para empresas mayores. Esa intención requería de alianzas con otras clases, una perspectiva que era compartida por el resto de grupos sociales: ya que no existía un bloque dominante, las coaliciones eran inevitables en un momento de cambio social. Como bien narra Marx, esas asociaciones fueron cobrando un carácter reaccionario, porque cada grupo se apoyó en el que estaba debajo en la pirámide social para ganar fuerza e intentar establecer, gracias a ella, una alianza con el grupo inmediatamente superior, pero sólo para prescindir de la alianza con el colectivo inferior cuando dejaba de ser útil: se le utilizaba como escalera. Dado que esta operación se fue repitiendo en toda la escala social, los segmentos con más poder fueron atrayendo al resto y desprendiéndose de él en cuanto les fue posible, por lo que el polo conservador terminó ganando la partida. Francia tuvo varias explosiones populares, como en 1848 o en 1871, pero no existió ninguna revolución. El bonapartismo fue una solución, como la Tercera República más tarde o como Bismarck en Alemania. Podría haber sido de otro modo, porque objetivamente casi todos esos colectivos compartían intereses frente a la aristocracia y a la burguesía financiera, y hubiera bastado con ponerlos en común para que la sociedad hubiera cambiado, pero el miedo pesó más que la esperanza.

Lo que señala Marx en El 18 brumario es interesante hoy porque muestra un mundo agitado, lleno de fuerzas sociales con intereses convergentes y divergentes, y en el que no existen ideologías definidas que las agrupen de manera concluyente. Sin embargo, más que una propuesta política concreta, lo que dominaba la época era un humor social: el temor a que los cambios fueran demasiado radicales y llevaran hacia un momento de ruptura profunda fue mucho más relevante que el deseo de transformación. El refugio en lo conocido, que prometía estabilidad, aunque no fuera provechoso para muchos de estos grupos, fue la tendencia esencial. La Historia tiró de la cuerda hacia atrás y empujó en la dirección del repliegue.

Nuestra situación posee algunas semejanzas, puesto que la fragmentación social impide la formación de grandes bloques políticos y tampoco hay ideologías que hayan impuesto un programa para la época. Las dos grandes ideas son la lucha contra Rusia y contra China, y la acción contra el cambio climático, y

resultan pobres como resortes movilizadores. El comunismo carece ya de arraigo social y el fascismo, por mucho que haya sido invocado como fantasma, tampoco es una opción política que cuente con simpatías entre las poblaciones. El único referente que aparece en el horizonte son las democracias iliberales, pero distan mucho de ser una preferencia mayoritaria de nuestra sociedad.

A pesar de la disgregación ideológica, las tensiones sociales están muy presentes, porque la situación económica, el aumento de la desigualdad, las diferentes visiones culturales y los reajustes geopolíticos no pueden dejar de promover cambios. En ese escenario de segmentos sociales dispersos, de ausencia de ideologías mayoritarias y de vientos transformadores, el temor domina, como en la época retratada por Marx: las opciones que ofrecen protección y certidumbre encajan mucho mejor con el humor social.

No obstante, y esto es lo relevante de nuestro tiempo, ese movimiento de repliegue puede ser beneficioso socialmente. La segunda década del siglo xxi no se parece a las de mediados del siglo xix, en las que se compaginaban los deseos de cambio con el recuerdo de una revolución, la francesa, a la que todavía se temía por el terror que causó. Se quería avanzar políticamente, pero con el freno de mano echado, ya que había fuerzas emergentes, como el proletariado, a las que se deseaba poner coto. Nuestra época es muy distinta, puesto que no hay programas revolucionarios en el horizonte, la confianza en el progreso es declinante y el pasado muestra un atractivo renovado para muchas capas sociales. La necesidad de defensa y protección ha aparecido de nuevo en Occidente, pero no frente a proyectos políticos utópicos, sino contra el creciente declive institucional y económico. En ese contexto, palabras como seguridad, continuidad y protección adquieren sentidos muy diferentes y contienen una oportunidad.

Lo que nos une como civilización europea es un nivel de bienestar, una serie de valores relacionados con la libertad y dignidad del individuo, una articulación político-institucional que permite las diferencias y la resolución pacífica de los conflictos, y una arquitectura económica que equilibra la relación entre capital y trabajo. Es un sistema en el que se han reunido influencias de la Ilustración, del cristianismo, del liberalismo y del socialismo, y que

ha dado un sentido político a la existencia del continente. Es más un proyecto, un lugar hacia el que dirigirse, que una realidad que alguna vez haya funcionado plenamente, pero lo cierto es que las últimas décadas nos ofrecen cada vez menos de lo prometido. El sistema es más frágil, interna y externamente, porque ha perdido capacidades estratégicas, nivel de bienestar y fortaleza política. Es hora de reconstruir lo uno y lo otro, lo interior y lo exterior, y de avanzar hacia un nuevo momento que permita potenciar esa síntesis histórica. Este es el mejor proyecto del que podemos dotarnos en este momento concreto. Por supuesto, habrá quien prefiera visiones más ambiciosas, en un sentido u otro, pero este será un instante de síntesis mucho más que de revoluciones. Y si se producen, serán por el lado peor.

Lo paradójico es que para dar vida a ese proyecto defensivo hay que promover una transformación muy atrevida. Por así decir, hay que volverse revolucionario para ser conservador. Cualquier proyecto que desee preservar las bases de la civilización occidental no puede funcionar sin reorganizar aquello que estructura nuestra sociedad de forma insistente, la economía. Los valores son muy relevantes, pero sólo son posibles cuando se posee la capacidad necesaria para mantenerlos; las sociedades que se asientan en valores lo hacen porque cuentan con el poder para ello.

La reconstrucción exige un cambio de eje económico que nos aleje de los errores cometidos durante la época global y que asiente las opciones de futuro: sin ese giro, cualquier modificación que se produzca será poco más que un parche. El núcleo que permitiría reunir un nivel de vida próspero, libertades políticas y valores occidentales no es otro que la priorización completa de la economía real, la productiva, sobre la financiarizada. Es un propósito fácil de enunciar y complicado de realizar, porque nuestra estructura se asienta en la segunda y porque incide en una de las cuestiones que han recorrido históricamente la economía: la tensión entre los productores y los rentistas, entre quienes realizan el trabajo y quienes obtienen réditos gratuitos.

Los problemas que ha creado la economía financiarizada han sido enormes. El capital no se ha invertido para generar actividad y prosperidad, de manera que beneficiase a la producción y el

consumo, sino para extraer los ingresos que permitirían crecer[14]. Ha secado la economía, ya que los recursos se han destinado a dividendos o recompras de acciones, o al pago de deudas e intereses, y ha impedido que empresas y Estados reinviertan en su fortalecimiento. Ha dificultado enormemente el funcionamiento de las pequeñas empresas porque ha acortado sus márgenes, ha presionado los salarios de los trabajadores a la baja, ha reducido el número de empleos y ha aumentado los precios de los bienes necesarios para la subsistencia, como la vivienda, la energía o los alimentos, a través de prácticas especulativas. La clase rentista ha podido eludir los impuestos y lo que ha dejado de abonar tuvo que ser cubierto por el aumento de la presión fiscal sobre las clases medias y las trabajadoras. Los recursos de los Estados fueron puestos a disposición de la economía financiarizada, como ocurrió durante la crisis de 2008 o durante el covid, cuando se salvaguardó el nivel de rentabilidad de los mercados de acciones y bonos, en lugar de crear prosperidad en las sociedades a través de una inversión industrial y productiva que permitiese mejores condiciones vitales para el conjunto de la población. La economía real cada vez tiene menos espacio, en la medida en que se ve presionada para que sus ganancias se destinen a la esfera financiarizada, de modo que quienes generan riqueza pierden nivel de vida continuamente.

Esta economía rentista ha sido combatida desde el socialismo y desde el liberalismo. Marx llegó a ver en ella una aliada en la medida en que, al hacer más profundas las contradicciones del capitalismo, favorecía las condiciones para la toma del poder por parte del proletariado, convertido en fuerza de salvación última ante la debacle existencial capitalista. Dada la ausencia de fuerzas sociales que propugnen una solución comunista, nada hace presagiar ni que Marx tuviera razón con el desfondamiento del capitalismo, ni que, de producirse, hubiera una formación socialista en condiciones de aprovechar la oportunidad. La apuesta comunista más exitosa hoy es el capitalismo de Estado chino, lo que señala de forma palpable la relación de fuerzas. Más bien, la izquierda debería prestar atención al hecho –que apareció de continuo en el populismo estadounidense de finales del siglo xix– de que la tensión ya no está situada entre capital y trabajo sino entre las finanzas y la economía real: esa es la oposición que rige el capitalismo

contemporáneo.

El liberalismo inicial tuvo muy presente esta oposición y, de hecho, se construyó para solventarla. Smith y Ricardo pusieron énfasis en el rentismo terrateniente, una manera de recoger lo que no se había sembrado: su propósito era que el mercado funcionase de manera libre frente a este tipo de interferencias y que el trabajo y la iniciativa privada fuesen recompensados en lugar de generar una clase ociosa y mayormente hereditaria. El papel de esa vieja aristocracia está hoy representado por la financiarización global y, sin embargo, el liberalismo contemporáneo prefiere hacer abstracción de ello, aunque así traicione de manera radical sus presupuestos teóricos.

Un giro decidido hacia la economía productiva debería ser bien acogido por la izquierda en la medida en que permitiría restablecer el equilibrio entre capital y trabajo, pero también desde la derecha, dado que los rentistas pertenecen a esa esfera de elites globales que tienen como enemigas. Debería constituir una parte esencial del programa de la izquierda, porque esta clase de acción económica es un mecanismo de extracción de recursos de las clases trabajadoras y de las medias, y porque constituye, a través de las inversiones monopolísticas y de las deudas de interés compuesto, una manera de acumulación por desposesión. También debería estar plenamente presente en el programa de la derecha, porque desorganiza la estructura nacional, impide el desarrollo de la industria, presiona a las empresas locales y supedita las elites patrias a las foráneas.

Las fuerzas sociales se construyen por muchos motivos, pero los intereses son un aspecto relevante en esa reunión. Aisladamente considerados, no hay muchos puntos en común entre grupos tan dispares como los contemporáneos. Funcionarios y pensionistas tienen los ingresos asegurados, sean escasos o abundantes, y, entre tanto, los trabajadores por cuenta ajena o los autónomos se mueven en terrenos mucho más inseguros. Los jóvenes esperan un futuro en el que puedan desarrollar sus capacidades y alcanzar un grado de realización en su vida personal y profesional; los mayores aspiran a una vida tranquila y segura, y, si es posible, a ayudar a sus descendientes en las aventuras que inicien. Los empresarios precisan de un entorno propicio para que sus iniciativas se

desarrollen con éxito, mientras que los empleados esperan que sus salarios aumenten y que los ritmos de trabajo no sean tan exigentes, lo que a menudo choca con los requerimientos de sus empleadores. Las aspiraciones de los distintos grupos sociales no parecen tener un grado alto de compatibilidad.

No obstante, hay un eje que reúne a todos ellos, en la medida en que siguen dependiendo del trabajo para su subsistencia y para construir sus proyectos vitales. Los únicos lugares seguros en la sociedad actual son los que proporcionan la inserción en la esfera rentista global y esa es una posición que ocupa un número muy escaso de personas. Todos los demás tienen un especial interés en la economía real, tanto en términos de clase como territoriales. Por más que existan divergencias, la realidad es que comparten intereses en una acción institucional que refuerce las capacidades de la economía productiva y que cierre la puerta a las prácticas extractivas, que son su principal enemigo.

Dado que la planificación se está llevando a cabo desde los entornos financieros globales, sería lógico que tuviera presencia una opción política marcadamente defensora del desarrollo económico y de la reactivación de las capacidades industriales, que clarificase las condiciones para que las pequeñas empresas tuvieran un marco propicio, que permitiera que los hogares participaran mucho más en las rentas en lugar de abonarlas, que las clases trabajadoras contasen con recursos y opciones mayores, y que reconstruyera las sociedades a partir de un nivel de vida más elevado, con más capas de clase media. Y sería particularmente pertinente en estos tiempos geopolíticos porque permitiría contar con fortalezas estratégicas, con un mercado interior sólido y una legitimidad interna apoyada en el bienestar que haría mucho más difícil la ruptura social. Para conseguir esos objetivos hay que girar la estructura económica hacia un lugar muy diferente. Es la única opción posible, ya que este debe ser un momento de reconstrucción, semejante al desarrollado en el final de la Segunda Guerra Mundial. Es necesario pensar una perspectiva de reforzamiento, con todo el ímpetu y con todas sus consecuencias.

Más que palabras

El hecho de que compartan intereses no implica que las fuerzas sociales se reúnan por sí mismas alrededor de una visión común. Al contrario, la Historia ofrece numerosos ejemplos de cómo, a pesar de las coincidencias, los grupos existentes terminan por separarse o por enfrentarse en lugar de trabajar juntos. Ese alejamiento tiene que ver en parte con el humor social dominante, pero los valores desempeñan un papel crucial a la hora de unir y cohesionar.

El motor de las transformaciones en las últimas décadas ha sido cultural. La premisa que forjó sus valores fue la necesaria adaptación del ser humano a unos cambios imprescindibles. Los viejos tiempos habían pasado, pero, dado que los individuos suelen ser proclives a conservar hábitos y costumbres, había que convencerlos de que se desprendieran de ellos. La derecha liberal eligió una vertiente moral e insistió en fomentar la proactividad, el emprendimiento y las personalidades adaptativas. Las personas debían abandonar certezas y seguridades, y refinar comportamientos y actitudes, lo que implicaba una amplia tarea educativa que conllevaba, sobre todo, el desarrollo de la capacidad de los sujetos para aprovechar las oportunidades; y, especialmente, para crearlas.

La izquierda promovió otra clase de valores. Quería construir un modernismo popular que vinculase a la clase trabajadora con las vanguardias culturales a través de ideales ligados a la autorrealización y a la autoexpresión. Había llegado el tiempo de una nueva sociedad que se desprendiera de los anclajes reaccionarios, por lo que una agenda antimachista, antirracista, antihomófoba y prodiversidad fue puesta en juego. Era el momento de la liberación de los cuerpos, del ecologismo y de la celebración y exaltación de las diferencias. Parte del problema era institucional, puesto que esas visiones se habían asentado en las organizaciones, pero sobre todo era personal: la vida cotidiana estaba impregnada de viejas actitudes y los ciudadanos, en particular los menos

formados, las repetían incluso inadvertidamente. Había que desarrollar una labor educativa para que los sujetos cayeran en la cuenta de lo que en realidad estaban haciendo, al mismo tiempo que debían combatirse las formas de actuar reaccionarias que intencionalmente se conservaban. La izquierda se volvió moralista, desafiante y afeadora. Y perpetuamente insatisfecha, porque las personas no cambiaban ni al ritmo adecuado ni en la medida suficiente.

El moralismo que triunfó a izquierda y a derecha fue el correlato del olvido del poder. Del mismo modo que la política europea se centró en lo institucional y en el rule of law, y que Alemania y Europa desdeñaron la geopolítica y creyeron en un mundo de principios, los partidos de uno y otro lado apostaron por los valores como solución de los problemas contemporáneos. Era, por así decir, una economía del goteo moral: si desde arriba se instigaban los valores adecuados y se educaba a la gente para que los aceptase, las sociedades alcanzarían un futuro mucho más esplendoroso y libre. Al olvidarse de lo básico, ni unos ni otros pudieron entender a las poblaciones a las que se dirigían, cuya disposición estaba girando hacia un lugar muy diferente. La seguridad y la estabilidad se convirtieron en demandas cada vez mayores y aumentó la necesidad de protección frente a un entorno inclemente, así como de vínculos más sólidos. Era lógico, dado que la sociedad fomentaba el aislamiento, la distancia emocional y la falta de raíces. Ese movimiento fue canalizado fundamentalmente por la derecha populista, que supo leer mejor el momento social.

Este enfrentamiento entre derecha e izquierda, con la defensa de posturas en teoría opuestas, no ofrece ningún camino de salida. La seguridad y la estabilidad son más necesarias que nunca porque una sociedad asentada y con un grado de bienestar extendido permite que los valores sean mucho más sólidos, pero también más avanzados. Cuando las sociedades se desorganizan, se vuelven anómicas y generan egoísmos y particularismos; cuando prosperan y se consolidan, la legitimidad es mucho más sencilla de conseguir. Cabe recordar que esta fue la base de la mentalidad occidental durante décadas, así como el núcleo de la victoria en la Guerra Fría: las sociedades estables y materialmente equilibradas permitieron que los valores democráticos se afianzasen. Sin embargo, Occidente

decidió volverse moralista al mismo tiempo que desestructuraba sus capacidades. Cuando las disfunciones hicieron acto de aparición, las elites de uno y otro lado reaccionaron señalando como inadaptadas y obsoletas a las capas de población que se resistían.

Las palabras seguridad y estabilidad, en ese contexto, han cobrado un nuevo significado, que no está relacionado con la defensa de las amenazas exteriores o con un mundo reaccionario o con un progresismo desatado. Hay un sentido mucho más pragmático que conforma una manera de ver el mundo y que suele ser desdeñado. El deseo de mirar el porvenir con la convicción de que hay algo esperando al final del camino, de que es posible trazar planes vitales y que se realicen, de que se puede construir un futuro mejor, está cada vez más extendido. Y sólo se puede confiar en el porvenir cuando se confía en el presente.

El trabajo, ese elemento olvidado, cuando no políticamente despreciado, es particularmente útil a la hora de entender qué valores están circulando por la sociedad y qué clase de demandas recorren Occidente. Sin embargo, hay mucha hostilidad contra el trabajo: desde el punto de vista de la derecha, porque suele reducir su dimensión a la del sindicalista aficionado a las mariscadas y, desde la izquierda contemporánea, porque les suena a monos azules y cascos, y cualquier reivindicación ligada a él es interpretada como una traba nostálgica a su agenda modernista. Ambos marcos pertenecen al pasado, pero resultan especialmente cómodos para mantener posiciones de superioridad sin hacer el esfuerzo de ponerse a la altura de la época. Lo queramos o no, el empleo, la ausencia de él, el tiempo que le dedicamos y los recursos que nos proporciona siguen siendo centrales en nuestras vidas. Y el mundo del trabajo está señalando aspiraciones permanentes que necesitan ser atendidas.

Por una parte, la carencia de lugares seguros, únicamente poseídos por quienes se sitúan en los reducidos espacios de conexión con la economía rentista (grandes inversores, directivos de empresas cotizadas o financieras, poseedores de numerosos activos, etc.), supone una presión notable para quienes viven de su esfuerzo. Los distintos participantes en la economía productiva han vivido procesos que han reducido sus recursos y sus márgenes de acción, y

es una tendencia que no ha cesado. En cada capa productiva, los problemas estructurales se acumulan, por más que todavía existan profesiones o sectores en los que las condiciones sean razonables. Muchos autónomos son en realidad trabajadores que prestan sus servicios para una sola firma o proletarios que aportan los medios de producción, e igual les ocurre a muchas pequeñas empresas. Los salarios de los empleados están muy por debajo del aumento del coste de la vida, y no sólo a causa de la inflación. Los servicios profesionales se han dualizado y cada vez más aparecen en ellos bolsas de empleos precarios y mal pagados. El trabajo público ha sufrido una continua externalización que conduce a que muchos trabajadores cobren salarios bajos y encadenen contratos, incluso en puestos que deberían cubrirse legalmente por funcionarios. Por otra parte, los precios de los bienes esenciales, como vivienda, luz, agua, gas o transporte, se han incrementado, y en algunos casos sustancialmente, de modo que hay capas de la población que sólo pueden aspirar al low cost y a las gangas: comida de baja calidad, viviendas en lugares lejanos o con pocos metros cuadrados, educación que no genera grandes opciones a la hora de conseguir un empleo, ropa barata. Las clases trabajadoras y las medias tienen un acceso difícil al capital, y suelen necesitarlo, ya sea para adquirir bienes esenciales, ya para intentar reproducir su posición: las hipotecas alcanzan ya las cuatro décadas; la educación de los hijos implica un mayor coste; la saturación de los servicios públicos de salud promueve la contratación de seguros privados, y la inversión en pensiones privadas es cada vez más habitual. Por un lado y por otro, por el de los gastos y por el de los ingresos, las economías rentistas están presionando a las poblaciones.

De modo que la seguridad y la estabilidad van más allá de la aprobación de normas que impulsen los contratos fijos o que impidan la llegada de emigrantes, que son las soluciones aportadas por la izquierda o por la derecha. Cobran un sentido mucho más trascendente: tienen que ver con quiénes somos, con qué lugar ocupamos en el mundo, con las maneras de percibirnos, con la posibilidad de trazar proyectos de vida. Suponen una demanda de consistencia y de potencia frente a un entorno demasiado cínico y egoísta. Reducir la inseguridad laboral y el declive en el bienestar a su aspecto meramente material supone olvidar la manera en que ambas tendencias perturban las distintas esferas de la personalidad.

Las cuestiones ligadas al trabajo y a la economía productiva nos hablan de profundas necesidades humanas. La aspiración a la autonomía en la realización de las tareas, el deseo de desempeñarlas de un modo íntimamente satisfactorio y el desarrollo de las capacidades personales se manifiestan especialmente en el trabajo. Lo productivo conlleva un sentido de la autorrealización y de la autoestima que resulta muy difícil desligar de la labor en sí. Incluso en los ámbitos más alienantes, como era la cadena de montaje, aparecía una creatividad que los obreros utilizaban para ganar tiempo de descanso, acortar la tarea o realizarla de forma más eficiente[15]. El ingenio aparece en los entornos más insospechados, porque en esa lucha entre la forma y la energía, por decirlo en términos de Simmel, la segunda siempre encuentra lugares por los que emerger.

Nuestra época no se aleja demasiado de aquella que fue dominada por la cadena de montaje fordista. Las tecnologías han permitido implantar nuevas formas de control taylorista que inciden directamente sobre la forma de realización del trabajo, sobre la autonomía en la ejecución y sobre los tiempos de realización, ámbitos que se han convertido en una fuente de conflicto laboral permanente. La sistematización de las tareas, su estandarización, los objetivos marcados para controlar el futuro y la habitual vigilancia tecnológica promueven una aceleración continua y conducen hacia el empobrecimiento cualitativo de los empleos manuales e intelectuales. Los procedimientos cada vez más pautados, la instauración de las mismas fórmulas de gestión, en general emanadas de los MBA[16], y el control acentuado conducen a la pérdida de discrecionalidad y a las dificultades de autoorganización. Los trabajos dejan de ser satisfactorios, incluso cuando la remuneración es suficiente, por la sobrecarga de tareas, por el aumento de la burocracia organizacional, por la dedicación de muchas horas diarias o por la reducción de los tiempos de realización de las mismas, en ámbitos que abarcan desde la entrega de comida a domicilio hasta la limpieza de habitaciones, pasando por la redacción de artículos periodísticos o de escritos jurídicos. En ese escenario taylorizado, que opera también, y de formas muy inquietantes, para autónomos y pequeños empresarios, aparece una necesaria reivindicación de la dignidad y de la identidad convertidas en «desafíos éticos, no sólo materiales»[17].

Desde esta perspectiva es posible dar otras respuestas a las preguntas sobre qué significan conceptos como seguridad, estabilidad y protección. Representan la reacción frente a valores extraños y dañinos, una necesaria respuesta inmunitaria que trata de alejar del cuerpo social a invasores que deterioran de un modo despiadado las necesidades antropológicas del ser humano. La dignidad, la decencia, el sentido sano del amor propio, la posibilidad de la autorrealización y la construcción de comunidades y sociedades en las que esos valores puedan hacerse valer constituyen un modo de pensar europeo, quizá lo mejor que hemos producido en la Historia, y su defensa es imperativa. Las sociedades necesitan un anclaje material y cultural frente a los veloces vientos de los cambios tecnológicos, de los vaivenes económicos y de las prácticas depredadoras. Y en esa pelea, como señaló Franklin D. Roosevelt, «trabajo y seguridad son más que palabras. Son más que hechos. Son valores espirituales, el objetivo genuino hacia el que nuestros esfuerzos de reconstrucción deberían encaminarse»[18].

Un sentido vital

El trabajo también guarda una lección política. Cuando se escribe voluntariamente una novela, se construye un mueble, se cuida un jardín o se realiza cualquier otra actividad que genera satisfacción, sea remunerada o no, el ser humano tiende a reconocerse en lo realizado: el esfuerzo produce un resultado que identificamos como parte de nosotros mismos. La política real está construida con los mismos mimbres, con el compromiso que nace del bienestar íntimo de actuar éticamente, más allá de sus resultados. Ese reconocerse en la pura actividad, inusual en una época donde la política se ha convertido en tácticas y fango, implica también una dimensión temporal diferente. Señala una confianza poderosa, no en el porvenir sino en la acción humana sobre él, como si golpeando repetidamente la roca de la Historia pudiera abrirse, poco a poco, una grieta en ella. Durante mucho tiempo, las esperanzas se han construido sobre los hombros de personas que jamás llegaron a ver su sueño cumplido y que, a pesar de ello, no cesaron en su empeño. Era la confianza en la acción humana y en su fortaleza lo que permitía desestimar la certeza de que nunca se alcanzaría a ver realizado aquello por lo que se luchaba, pero también lo que cimentaba la seguridad de que generaciones futuras cambiarían la sociedad gracias a los esfuerzos actuales. El presente era el momento de una batalla sorda, por más que el resultado llegase en un instante desconocido del futuro. La creencia de que la tenacidad, el sacrificio, la pelea y el continuo empuje acabarían por conseguir los objetivos ha movido muchas montañas, aunque quienes realizasen la mayor parte de la tarea no recibiesen ninguna recompensa.

Dado que las recientes décadas han consistido en una continua adaptación al futuro en lugar de en el intento de construirlo, los ideales y las utopías han dejado de existir porque se vive en un presente continuo, como si las piezas estuvieran ya colocadas y sólo quedase encontrar un espacio personal entre ellas. Si lo máximo a lo que se puede aspirar es a alcanzar un lugar privadamente

confortable, la acción no puede ser más que instrumental y particularista. Ese presentismo nos hace olvidar que se ha actuado de otras formas a lo largo de los siglos: sin ir más lejos, somos hijos y nietos de generaciones que hubieron de sacrificarse, en muchos sentidos, para que sus descendientes tuviéramos una existencia mejor.

Al perder el sentido de la Historia, tendemos a atribuirnos demasiada importancia. El destino habitual, el de la mayoría de las personas, es pelear y perder. Acaso nuestro papel en la vida no consiste más que en colocar una piedra anónima en la pared; pero quizá una encima de otra acaben por dar forma a una casa. A lo mejor no somos más que actores ignorados de la Historia, pero tampoco es relevante, porque la dignidad y el orgullo se forjan en la actividad, no en su resultado. El significado de la vida se construye y no puede depender de que el triunfo aparezca en el horizonte, sino de la acción que se despliega. Sin ese sentido de la autorrealización los ideales se paralizan y lo hace la misma Historia, que se ve coagulada por falta de fuerzas que la empujen en una dirección correcta.

Cuando se pierde de vista la posibilidad de componer un futuro colectivo, se corrompe también la consistencia personal, porque la actividad no contribuye a forjar un sentido vital. Cada cual queda encerrado en sus esperanzas o en los confines de grupos identitarios que se afirman únicamente mediante el rechazo del otro, pero que carecen de la acción constructiva imprescindible para que las comunidades sean tales. Actuar en términos puramente individuales va en dirección contraria a muchas de las necesidades humanas, que están moldeadas en vínculos relacionales, en esfuerzos en común, en lazos con personas y espacios. Y aísla especialmente porque, en el instante en que las personas se unen para defender valores, adquieren una potencia decididamente mayor: la seguridad comienza con la acción.

---

[1] Entre otros, Jérôme Sainte-Marie en Bloc populaire. Une subversion électorale inachevé (París, Editions du Cerf, 2021) o Christophe Guilluy en Le temps des gens ordinaires (París, Flammarion, 2020), así como en sus obras anteriores, documentan

este cambio en el eje electoral y avisan de la construcción de un bloque popular todavía no del todo conformado.

[2] Jérôme Fourquet, L'Archipel français, París, Seuil, 2019, p. 280 [edición para Kindle].

[3] Régis Debray, citado en Fourquet, L'Archipel français, cit., p. 272.

[4] [https://www.whitehouse.gov/briefing-room/speeches-remarks/2021/05/27/remarks-by-president-biden-on-the-economy-2/].

[5] Ibid.

[6] Trade and Development Report, 2016 [https://unctad.org/webflyer/trade-and-development-report-2016].

[7] Roy William Cobby, «Después de la crisis, política industrial», Agenda Pública [https://agendapublica.elpais.com/noticia/13638/despu-crisis-politica-industrial].

[8] Rana Foroohar, «Old economists can teach us new tricks», Financial Times [https://www.ft.com/content/ece567f4-83c1-11e9-b592-5fe435b57a3b].

[9] Michael Hudson, Matar al huésped: cómo la deuda y los parásitos financieros destruyen la economía global, Madrid, Capitán Swing, 2018, p. 17.

[10] Joseph Baines y Sandy Brian Hager, «The Great Debt Divergence and its Implications for the Covid-19 Crisis: Mapping Corporate Leverage as Power», New Political Economy 26, 5 (2021), pp. 885-901. Doi: [10.1080/13563467.2020.1865900].

[11] El interés por la concentración de los mercados ha aumentado sustancialmente en los últimos años. Además de obras como las de Barry C. Lynn, End of the Line o Cornered, y la ya citada Goliath, de Matt Stoller, se han publicado recientemente un buen número de textos relevantes, como Break 'em Up, de Zephyr Teachout, Monopolized, de David Dayen, The Profit Paradox, de Jan Eeckhout, The Myth of Capitalism: Monopolies and the Death of

Competition, de Jonathan Tepper, o The Curse of Bigness: Antitrust in the New Gilded Age, de Tim Wu.

[12] Héctor G. Barnés, «“La era de alimentos baratos se ha acabado”: por qué gastaremos cada vez más en comida», El Confidencial [https://www.elconfidencial.com/economia/2022-07-18/era-alimentos-baratos-acabado-gastar-comida_3460456/].

[13] Wisla Suraska, How the Soviet Union Disappeared, Durham, Carolina del Norte, Duke University Press, 1998.

[14] Michael Hudson, The Destiny of Civilization, Glashütte, ISLET-Verlag, 2022.

[15] Michael Burawoy, El consentimiento en la producción, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1989. Burawoy perteneció a una corriente en los estudios sobre el trabajo, el labour process, cuyo principal representante fue Harry Braverman. Fue un área muy fructífera, hoy algo olvidada, por desgracia.

[16] Los Master in Business Administration han conformado una ortodoxia dominante en el mundo de los negocios en las últimas décadas y han dado lugar a una serie de medidas de gestión aplicadas en todo tipo de firmas.

[17] Jon Cruddas, The Dignity of Labour, Hoboken, Wiley, 2021.

[18] Franklin D. Roosevelt, Discursos políticos del New Deal, Madrid, Tecnos, 2019, p. 19.

EPÍLOGO

Un mapa y un eje

Es difícil hacer teoría al mismo tiempo que los cambios se producen. La velocidad a la que tienen lugar y su dispersión aturden en lugar de clarificar, y las inercias intelectuales acomodan los acontecimientos a un marco que ya no es del todo útil. Es fácil que reaparezcan explicaciones conocidas: esto va de democracias contra dictaduras, de cambio climático o de menos impuestos, de libertad para emprender o de apoyo a los desfavorecidos, de tradición o de innovación. Son aspectos que tienen su importancia, pero suenan más al mundo que se está abandonando que a aquel en el que se está entrando.

Ayuda mucho, en esos contextos, formular unas cuantas preguntas básicas que suelen hacerlo todo más sencillo: quién gana poder, quién lo pierde y cómo se quiere conservar o ampliar. Desde esta perspectiva, los desplazamientos en el orden internacional se aprecian con mayor nitidez. La anterior Guerra Fría quedó marcada por la ideología, por el combate entre dos sistemas, el capitalista y el comunista, de modo que la lucha por la hegemonía quedó supeditada a ese núcleo, cuando no ocultada por él. Hoy ocurre a la inversa: determinados Estados desean ganar poder e influencia, y los aspectos ideológicos actúan como refuerzo en esa pelea, pero distan mucho de ser su motor. China no quiere imponer su modo de gobierno a sus aliados y EEUU ha abandonado su deseo de extender las democracias liberales por el mundo. Las naciones que tienen posibilidades de desarrollo pretenden seguir creciendo y ya no aceptan la hegemonía indiscutida de EEUU, y menos aún la influencia de Europa. Son Estados que quieren modificar la arquitectura global para ganar más autonomía y se apoyan en el nacionalismo como instrumento para conseguir ese objetivo.

Las transformaciones internas en Occidente tienen aspectos en común con las que están aconteciendo en el orden internacional, aunque sus caminos difieran. Las sociedades se han vuelto mucho más desiguales, producto de ese «más es menos» que ha traído la globalización. Tales disparidades, con las tensiones que aparejan, no

se pretenden resolver en términos de clases sociales sino a través del refugio en el territorio. El regreso de los nacionalismos ha sido acogido como solución porque conjuga la esperanza de recuperar la posición perdida como Estado y el deseo de las clases perdedoras occidentales de mejorar su nivel de vida.

Este renacimiento territorial, que desprende un aire noventayochesco, a menudo suele dejarse llevar por impulsos compensadores y trata de combatir el declive con fantasías de grandeza. Resurge el aliento romántico y reaparecen los argumentos que se apoyan en los valores, las tipologías, las tradiciones y el carácter de un pueblo. El alma nacional, la forma de ser estadounidense, rusa, española o francesa, esas esencias que perduran a lo largo de los tiempos, constituyen el núcleo de la reacción. Se da forma así a un combate entre ese romanticismo nacionalista y el idealismo global, lo que no deja de ser una pugna entre dos clases de romanticismo. Esa es la raíz de las guerras culturales, con todas sus ambigüedades y con los diferentes niveles en que se desenvuelven tales discursos, y cuyo efecto último es la proscripción del realismo.

El tercer movimiento que configura nuestra época alude a un diferente reparto del poder interno. Las décadas precedentes han beneficiado de manera sustancial a las elites occidentales hasta que su proyecto ha sufrido un parón. Ya no pueden seguir expandiéndose y aumentando su riqueza y poder en la misma medida porque los países emergentes les ponen freno, lo que conduce hacia una encrucijada: si quieren continuar creciendo, tendrán que compensar internamente lo que dejan de ganar fuera, y eso no puede ocurrir más que a costa de las poblaciones de sus países y de las de sus aliados. La desglobalización selectiva forma parte de ese propósito y contribuirá a que la desigualdad aumente y las tensiones se exacerben. Las decisiones que se tomen en este sentido, sea a través de una dirección cohesionadora o de incremento de las disparidades, serán cruciales a la hora de definir la vida política de Occidente en los próximos años.

Todo eso conforma el mapa de nuestra era. Las tres modificaciones, en el reparto de poder internacional y nacional y en la manera en que las tensiones se vehiculan, mucho más como la lucha entre

territorios que como lucha de clases, están atravesando nuestro tiempo.

En este entorno, recurrir al Ortega de España invertebrada es oportuno porque el texto dice mucho de estos años. Su diagnóstico sobre una sociedad coagulada y particularista, tan pertinente hoy a escala europea y occidental (aún más que en la española), conviene que sea tenido en cuenta. La reacción que propugna, amparada en la necesidad de la unión territorial y social para afrontar momentos difíciles, resulta pertinente. Especialmente porque su apelación no tiene lugar desde lo abstracto, desde un indeterminado «nos irá mejor juntos», sino que empuja para que se produzca a través de un proyecto común: la unidad se construye, no basta con enunciarla. Por último, Ortega piensa España en su conjunto, sin rastro de complacencia y sin ahorrar críticas. El desencanto de la política y la dificultad para reconciliar distintas visiones acerca de la misma sociedad fuerzan a la búsqueda de perspectivas que ofrezcan una óptica integral, y esa es una necesidad imperiosa de nuestro presente.

Los errores de Ortega también son de gran valor. Hubo partes del programa de España invertebrada que se cumplieron, y quizá no por el mejor camino. Su propuesta de un gran proyecto que uniera a los pueblos y en el que las masas aceptaran someterse a la dirección de los mejores (las minorías selectas) se ha realizado muchos años después. No en España, que permanece en su papel de país secundario y fragmentado en divisiones internas, sino con la creación de la Unión Europea. Su idea de que Europa constituía la solución fue premonitoria, sólo que se ha concretado de una manera inesperada: los males que atribuía a España se han extendido al cuerpo europeo, y cabe decir que al conjunto de Occidente.

Su mayor equivocación, la que ofrece una enseñanza más pertinente y explica el declive europeo, es la que ponía el foco en la proyección exterior mucho más que en la política interna, que Ortega entendía como un asunto menor: cuando la grandeza de un territorio quedaba constatada con la expansión de su proyecto, la cohesión interna aparecía de manera inevitable. A veces ocurre así y en otras ocasiones sucede justo a la inversa, como en esta época.

El momento de la historia romana que Ortega elige para apoyar sus

tesis, el de la construcción y expansión de la ciudad, explica en gran medida su perspectiva errónea. Ese instante no es el nuestro, que se parece mucho más al final de la república romana. Al poner el acento en una etapa poco apropiada, hizo abstracción de cómo la falta de solidez interior fue el problema fundamental de Roma en momentos cruciales: el crecimiento exterior era continuo, lo que faltaba era estabilidad.

El «largo siglo romano» terminó con dos guerras civiles en poco tiempo, la que llevó al poder a Julio César y la que consagró a Octavio Augusto. El comienzo de ese tiempo terriblemente agitado puede cifrarse en el asesinato de Tiberio Graco, que marcó el inicio del fin de la república. La política romana estaba infestada de triquiñuelas y corruptelas, y el mismo Tiberio se sirvió de ellas, pero la ejecución de un representante que gozaba de un carácter sagrado e inviolable durante su mandato, como era un tribuno (cargo que ostentaba Tiberio), y el ultraje añadido de que su cuerpo fuera arrojado al Tíber supusieron la constatación de que la violencia quedaba legitimada como medio para resolver disputas políticas. El límite último se había cruzado, de modo que lo que llegó después quedó anticipado en ese acto simbólico.

La historia de los Gracos aporta un elemento todavía más relevante. Cuando Cayo Graco accedió al tribunado apostó por continuar con las reformas promovidas por su hermano mayor. Los senadores se alertaron porque los ánimos populares guardaban memoria de lo ocurrido y sus reivindicaciones continuaban vivas. En ese contexto, Cayo llevó a cabo un movimiento inteligente: trató de poner de su lado no sólo a las clases sociales en las que se apoyó Tiberio, sino a todas las que tenían algo que ganar con las reformas. El campesinado rural, que fue su gran sostén, seguía contando con un papel principal, mas también fijó un precio para el trigo con el objetivo de ganarse las simpatías de la plebe romana, atrajo a sus filas a la clase ecuestre y a los publicanos, y prometió la ciudadanía romana a pueblos itálicos. Tales alianzas no impidieron que Cayo corriera una suerte parecida a la de su hermano mayor (se suicidó ante la amenaza inminente de su ejecución). No obstante, su muerte distó mucho de apagar los fuegos: las esperanzas de cambio que había concitado reaparecieron con insistencia en las décadas posteriores. Los Graco señalaron que la recomposición de la

sociedad romana llegaría mediante la aceptación institucional de las aspiraciones de esas clases sociales a las que la nobleza negaba una participación mayor, y Julio César lo entendió perfectamente[1].

César no sólo ganó la guerra civil apoyándose en el pueblo, del que se nutrían sus legiones, sino que asentó Roma a través del único medio que garantizaba la estabilidad: el reconocimiento de que la sociedad era otra y de que las instituciones existentes, que pretendían preservar el poder para los optimates, debían ser transformadas; el arreglo tenía que producirse en el ámbito interno mediante cesiones políticas y económicas. César reunió a las fuerzas sociales mayoritarias, lo que le permitió ganar el poder y reconstruir Roma; inició un camino que Augusto afianzó. Sin esa recomposición interna, si ambos se hubieran limitado a vencer en el campo de batalla sin pacificar y cohesionar después la sociedad, las guerras civiles habrían regresado.

Esa época romana suele considerarse hoy como aquella en que las libertades decayeron y la democracia dio paso a la dictadura. Al margen de la falsificación histórica, porque la república en su final era una simple oligarquía, poner el acento en el tipo de sistema político implica situarse en un marco analítico ineficaz. Se trataba de elegir, en primer lugar, entre unificación o disgregación, cohesión social o polarización, reducción de las desigualdades o ampliación de las mismas; entre coser lo interno o seguir fijados en la expansión exterior. Si los optimates hubieran escogido la primera opción, habrían conservado el poder; prefirieron aumentar su riqueza y el resultado fue su subordinación completa a la monarquía imperial.

El sistema político resultaba contingente en aquel momento: lo importante era la elección entre un modo de gestión social u otro. Fue la falta de flexibilidad de la república en lo económico y en lo político la que generó perturbaciones profundas que exigían un arreglo, y esa es la lección que Ortega no entendió de la experiencia romana. Es una enseñanza importante hoy, cuando se pone tanto énfasis en la preservación de la democracia. Esta no tendrá lugar sin una recomposición interna que dé una solución cohesiva e integradora a las desigualdades territoriales y de clase, porque en ese terreno se construye la legitimidad. La política es dinámica,

cada época demanda aspiraciones concretas y gira hacia los espacios que mejores respuestas conceden; y eso no es una propuesta sino un hecho. En momentos de desequilibrio y desestabilización, los sistemas necesitan reconstruirse en lugar de seguir presos de transformaciones incesantes: son tiempos peligrosos, ya que pueden moverse en cualquier dirección.

Hay precedentes relativamente recientes en los que se demostró una adecuada comprensión de las exigencias sistémicas. En los albores de la Segunda Guerra Mundial, con el giro de Roosevelt como defensa frente a la desorganización social, o en la posguerra europea por temor a los avances soviéticos, se actuó de una manera integradora y cohesiva en todo el bloque occidental. Ahora se ha de elegir de nuevo entre mantener las estructuras presentes o cambiar el paso y generar estabilidad. Las necesidades geopolíticas están de fondo, ya que España y Europa vivirán grandes dificultades sin el reforzamiento de sus capacidades y sin una mucho menor dependencia exterior.

Este es el eje que marca la división política fundamental de nuestro tiempo: la línea que separa un movimiento cohesionador que trata de arreglar lo que se ha roto internamente (y a partir de ahí ganar fuerza exterior), de otro que aspira a seguir en el viejo marco expansivo y que confía en que la sofocación de las resistencias convierta en irrelevantes los desajustes internos. Este eje es decisivo: sus consecuencias se dejarán sentir en el tipo de economía (productiva o financiarizada) que determinará los recursos y las opciones vitales de nuestras sociedades, en el papel que se atribuirá a la política, en las funciones que cumplirán los Estados, en la clase de sistema político que nos regirá en el futuro y en la manera en que los problemas sociales encontrarán una solución. Ese eje operará en tres niveles: el estatal, el europeo y el occidental. Quizá las lecciones de la Historia sirvan para algo.

---

[1] Al respecto, véase Theodor Mommsen, Historia de Roma. Libro V. Fundación de la monarquía militar, Madrid, Turner, 1983. Las ambigüedades de la política de Julio César son bien conocidas, así como sus alianzas cambiantes. Sin embargo, «el plan de la nueva ciudad concebido por Cayo Graco fue continuado por sus

partidarios y sucesores». Julio César fue uno de ellos, lideró el partido popular y lo conservó en todo aquello que no perturbara la estabilidad del orden que deseaba establecer.

2.ª EDICIÓN
ALBERTO LARDIÉS
LA DEMOCRACIA BORBÓNICA
DE CÓMO LAS ELITES
SE REPARTEN
EL PODER Y EL BOTÍN
FOCA

Augusto Zamora R.
RÉQUIEM POLIFÓNICO POR OCCIDENTE
FOCA

LUIS GONZALO SEGURA
EL EJÉRCITO DE VOX
FOCA

2.ª EDICIÓN
FRANCESC ARABÍ
CIUDADANO ZAPLANA
LA CONSTRUCCIÓN DE UN RÉGIMEN CORRUPTO
FOCA

FOCA